



HERALDOS DEL EVANGELIO



MONSEÑOR JOÃO

* 15-8-1939 - † 1-11-2024

«Una columna en el templo de mi Dios»





Habiéndose destacado como líder universitario católico en su juventud, período en que ya había consagrado enteramente su vida a la Santísima Virgen, João Scognamiglio Clá Dias organizó el Curso de Formación Santo Tomás de Aquino, que más tarde daría origen al Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista y al Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino, afiliados a la Universidad Pontificia Salesiana – *Salesianum*, de Roma, y a la Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín (Colombia), respectivamente.

Profundizó sus estudios teológicos con renombrados catedráticos de la Universidad de Salamanca, como el P. Marcelino Cabreros de Anta, CMF, y grandes maestros de la Orden de Predicadores, de entre los cuales se destacan el P. Arturo Alonso Lobo, el P. Esteban Gómez, el P. Victorino Rodríguez y Rodríguez y el P. Antonio Royo Marín. De algunos de ellos publicó breves biografías en inglés y en español, como gratitud por su sincera amistad y por la formación recibida.

En el desarrollo de su currículo académico obtuvo titulaciones de varias universidades: diplomatura en Teología por el Centro Universitario Ítalo Brasileño, de São Paulo; licenciatura en Humanidades por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, de República Dominicana; maestría en Psicología por la Universidad Católica de Colombia; doctorado en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino – *Angelicum*, de Roma; doctorado en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana.

Además, fundó esta revista mensual *Heraldos del Evangelio*, publicada en portugués, español, inglés e italiano, con una tirada de cientos de miles de ejemplares, así como la revista científica *Lumen Veritatis*, habiendo colaborado asiduamente en ambas.

Obras publicadas

1. Organizador de *Reflexões e exemplos de Santos, oportunos para nossos dias* (1984).
2. *Fr. Santiago Ramírez, OP. A Champion of the Angelic Doctor Advances His Work* (1984).
3. *Fr. Cabreros de Anta, CMF. A Firm Pillar of Canon Law in Our Century* (1986).
4. *Cardinal Stickler. Salesian, Eru-dite and Librarian of the Holy Catholic Church* (1987).
5. *Antonio Royo Marín, OP. A Master on the Spiritual Life, a Brilliant Preacher and a Famous Writer* (1987).
6. Organizador de *Como ruiu a Cristandade medieval? Humanismo, Renascença e protestantismo* (1992).
7. *Mãe do Bom Conselho* (1992-2016).
8. Organizador de *Despreocupados... rumo à guilhotina. A autodemolição do Ancien Régime* (1993).
9. *Victorino Rodríguez y Rodríguez, OP. A Star of Thomism Shines on Catholic Culture Amid the Store of the Contemporary Crisis* (1995).
10. *Dona Lucília* (1995-2013).
11. *Pequeno Ofício da Imaculada Conceição comentado* (1997-2010), en dos volúmenes.

Dotado de un admirable don de oratoria, demostró siempre gran celo en la propagación de las verdades de la fe, infundiéndole valentía en la práctica de la virtud y certeza en la victoria de la Santa Iglesia Católica. Por ello, en una proficia actividad intelectual y pastoral, que ejerció desde los comienzos de su vocación hasta sus últimos días, destacó su faceta de escritor, siendo autor de casi treinta obras publicadas, algunas de ellas con una tirada superior a los dos millones de ejemplares y muchas traducidas a otros idiomas.

Fue condecorado en varios países por su actividad evangelizadora, cultural, científica e incluso militar. En el ámbito de las armas, recibió la Medalla Mariscal Hermes, entregada por el 2.º Batallón de Policía del Ejército Brasileño, y el Diploma Amigo del Regimiento Raposo Tavares, entregado por el 4.º Batallón de Infantería Ligera – Cuartel Quitaúna, ambos de parte del Ministerio de Defensa. Instituciones civiles también lo galardonaron con la Placa de Reconocimiento y el Collar de Honor al Mérito, otorgados por la Asamblea Legislativa del estado de São Paulo, con la Medalla Anchieta, la mayor honra de la Cámara Municipal de São Paulo, y con la Medalla Tiradentes, la mención más alta de la Asamblea Legislativa del estado de Río de Janeiro. Entre las distinciones académicas se encuentran la elevación a miembro de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, de España, y de la Academia Mexicana de Ciencias, así como el Premio PROIN y el título de doctor *honoris causa*, otorgado por el Centro Universitario Ítalo Brasileño.

En el terreno eclesiástico, fue elegido miembro efectivo de la Pontificia Academia de la Inmaculada, de la Ciudad Eterna, y de la Academia Marial de Aparecida, de Brasil. Benedicto XVI lo nombró canónigo honorario de la basílica papal de Santa María la Mayor, de Roma, y protonotario apostólico, además de conferirle la medalla *Pro Ecclesia et Pontifice*, en reconocimiento a su labor en pro de la Santa Iglesia Católica.

por Mons. João

12. *Fátima, aurora do terceiro milênio* (1998-2007).
13. *Rosário, escudo e força dos católicos* (1999).
14. *Jacinta e Francisco, prediletos de Maria* (2000).
15. *Orações do dia a dia* (2001).
16. *Sagrado Coração de Jesus, tesouro de bondade e amor* (2002).
17. *Via-Sacra* (2002).
18. *Os mistérios luminosos do Rosário* (2003).
19. *A medalha milagrosa. História e celestiais promessas* (2003).
20. *Rosário, oração de paz* (2003).
21. *¿Una hora no pudiste velar conmigo? Reflexiones para el tiempo cuaresmal* (2010).
22. *O inédito sobre os Evangelhos. Comentários aos Evangelhos dominicais* (2012-2014), colección en siete volúmenes.
23. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plínio Corrêa de Oliveira* (2016), colección en cinco volúmenes.
24. *Por fim, o meu Imaculado Coração triunfará* (2017).
25. *Plínio Corrêa de Oliveira. Um profeta para os nossos dias* (2017).
26. *São José: quem o conhece?* (2017).
27. *Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado aos homens* (2019-2020), colección en tres volúmenes.



Amor que traspone el umbral de la eternidad

Que Dios asumiera nuestra naturaleza para que a través de un corazón humano derramara sobre nosotros su amor divino es para conmover hasta las piedras. ¡Cómo desea, desde toda la eternidad, entrar en contacto con nosotros! Es un corazón que nos ama sin límites y que infunde en nosotros la bondad, los dones, las virtudes.

Tengo una vaga idea de la intensidad de ese amor considerando lo mucho que amo a cada uno de ustedes, como no se imaginan. Si tuviera la posibilidad, les infundiría en el alma gracias de santidad como nunca hubo en la historia. Pues el amor que desciende de un superior a un inferior ansía con hacer el bien, con llevar al que está abajo al auge de la perfección y a la máxima divinización.

En esta fiesta del amor, cómo me gustaría abrazar a cada uno y manifestarle toda la bienquerencia que les tengo. Ésa es una de las razones por las que deberíamos ansiar muchísimo la eternidad, donde no existen problemas de tiempo ni de espacio. Entonces comprenderemos lo mucho que nos queremos mutuamente.

*Palabras de Mons. João a sus hijos
espirituales con ocasión de la solemnidad del
Sagrado Corazón de Jesús, el 19/6/2009.*

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, 1 de noviembre de 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO



EDITORIAL
Heraldo del Reino del Espíritu Santo



Hijo fiel de la Iglesia
«Con la Iglesia, ivenceremos!»

454



BREVES TRAZOS BIOGRÁFICOS
Misión iniciada en el tiempo y perpetuada en la eternidad



SACERDOTE DE JESUCRISTO
Consumido de celo por la renovación de la faz de la tierra

60



INFANCIA Y JUVENTUD
La aurora de una grandiosa vocación

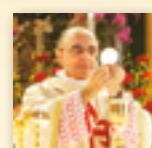


VIDA MÍSTICA
Un misterio sólo entrevisto...

66



DISCÍPULO PERFECTO DE PLINIO CORRÉA DE OLIVEIRA
Un solo corazón, una sola alma



DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO
Un varón eucarístico

72



MONS. JOÃO Y DÑA. LUCILIA
Un tesoro escondido entre las ruinas de la cristiandad



RELACIÓN CON LA SANTÍSIMA VIRGEN
En los brazos de María

78



EL FUNDADOR
Recorriendo el camino de los embajadores de Dios



VÍCTIMA EXPIATORIA
Con Cristo sufrió, para ser glorificado con Él

84

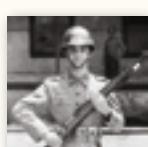


LA PATERNIDAD DE MONS. JOÃO
«¡Es un padre y una madre!»

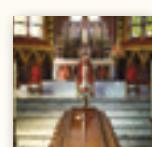


MISIÓN «POST MORTEM»
¿Ocaso o aurora?

90



CABALLERO DE LA IGLESIA
«¡Eres de la estirpe de los héroes y de los santos!»

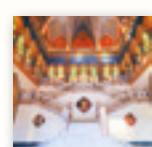


Solemnes exequias por el alma de Mons. João

94

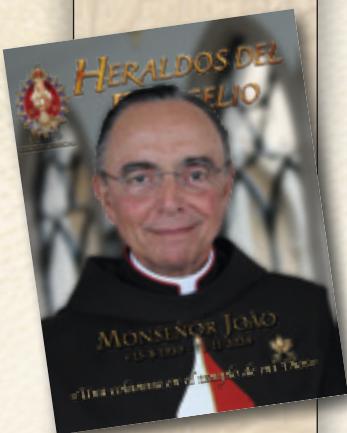
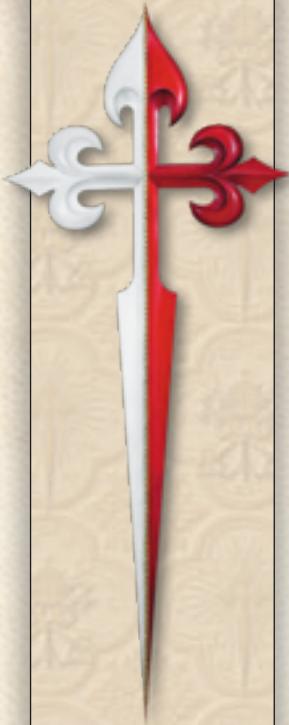


EL FORMADOR
«Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo»



Sobre la piedra edificaré mi desafío

98



Monseñor João
Scognamiglio
Clá Dias, EP,
el 22/10/2014

Foto: Teresita Morazzani

HERALDO DEL REINO DEL ESPÍRITU SANTO

Nunca ha sido tan grato y, al mismo tiempo, tan arduo escribir un editorial para la revista *Heraldos del Evangelio*... Y tanto la satisfacción como la dificultad de la tarea se deben al mismo motivo: en este número especial, nos cabe rendirle un digno homenaje a nuestro fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, que partió para la eternidad.

Nos explicamos. Seguramente el lector posee alguna relación con nuestra institución que le ha llevado a tener en sus manos las presentes páginas y, por lo tanto, alguna vez habrá oído hablar o leído acerca de nuestro padre espiritual. Es muy probable que incluso albergue cierta admiración por su persona y su obra, propensión de la que nos congratulamos. Pero el anhelo que late en el corazón de sus hijos, en estos momentos que siguen a su partida de esta vida, supera con creces tales disposiciones.

Nuestro empeño es que el lector adquiera, respecto de Mons. João, una noción lo suficientemente profunda como para, de alguna manera, experimentar los mismos sentimientos que nos invaden desde el día que tuvimos la dicha de conocerlo en persona, de oír sus sermones, de recibir un consejo de sus labios o, al menos, de ser observados por su mirada y admirar, finalmente, algunas de las numerosas realizaciones que llevó a cabo para la exaltación de la Santa Iglesia.

Sin embargo, como decíamos, tal intento resulta extremadamente difícil, ya que «las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2, 11). Isaías, horrorizado ante la infinita grandeza del Creador y la magnificencia de sus obras, exclamó: «¿Quién ha medido

el Espíritu del Señor? ¿Qué consejero lo ha instruido?» (40, 13). Invirtiendo los términos de la estupefacción del profeta, nosotros, que conocimos a Mons. João y disfrutamos de su convivencia, ejemplo y enseñanzas, bien podríamos afirmar: «¿Quién puede describir adecuadamente todo lo que el Espíritu Santo depositó e hizo florecer en el alma de este hombre providencial?».

En efecto, a pesar de tal embarazo, de algo estamos completamente seguros: en la riqueza de matices de su alma y en la multiplicidad de sus realizaciones, nuestro fundador fue un varón guiado por el Paráclito.

Efectivamente, en las obras del Consolador hay una profusión de aspectos y una siempre actualizada novedad que, a menudo, confunden a los observadores más naturalistas, que son incapaces de concebir la variedad de caminos y acciones que la tercera Persona de la Santísima Trinidad puede conjugar en una sola alma justa. La Revelación describe así el espíritu que se encuentra en la Sabiduría: «Inteligente, santo, único, múltiple, util, ágil, penetrante, inmaculado, diáfano, invulnerable, amante del bien, agudo, incoercible, benéfico, amigo de los hombres, firme, seguro, sin inquietudes, que todo lo puede, todo lo observa, y penetra todos los espíritus» (Sab 7, 22-23).

Esta pléthora de atributos hace aún más complejo elegir uno que sintetice la esencia de Mons. João, como hemos aventurado en el versículo que abre esta edición. Es cierto que no se puede decir todo en las pocas palabras de un título, pero la imagen escogida nos parece so-

bremanera elocuente: «Una columna en el templo de mi Dios» (Ap 3, 12).

De hecho, en medio de la debacle de la sociedad hodierna y de una infidelidad casi endémica en el seno de la Santa Iglesia, este varón, como una columna entre ruinas, mantuvo una adhesión inquebrantable a la verdadera doctrina católica y a su indeleble moral, encarnando el ideal mismo del sacerdote probo; como la columna de nubes y de fuego que guiaba a los hebreos en el desierto (cf. Éx 13, 21), condujo por esos mismos caminos a una multitud de hijos espirituales; y como la columna impertérrita de un ejército, escoltado por tropas débiles pero fieles, combatió con denuedo y perseverancia el noble combate que tal fidelidad llevaba consigo, acabó la carrera que la Providencia le había trazado y conservó su fe hasta el final (cf. 2 Tim 4, 7).

En este sentido Mons. João personificó, con admirable precisión, las intuiciones proféticas de San Luis María Grignon de Montfort al delinear el perfil moral de los santos que Dios suscitaría en un futuro no muy lejano a su época, para constituir la era histórica en la que la Santísima Virgen reinaría en todos los corazones: «Hombres llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María, por quienes esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra, para destruir el pecado y establecer el Reino de Jesucristo, su Hijo, sobre el del mundo corrompido» (*Le secret de Marie*, n.º 59).

Y por su unión con Nuestra Señora, a él también se le pueden aplicar estas palabras del santo francés sobre las almas más particularmente unidas a Ella: «Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la encuentra en un alma, allí vuela, entra en ella en plenitud, y se comunica a esta alma abundantemente, tanto como sitio le deje esta alma a su Esposa» (*Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 36).

Así pues, al considerar los diversos aspectos de la figura de nuestro padre espiritual que serán presentados en las próximas páginas, invitamos al lector a tomar como telón de fondo el hecho de



Leandro Souza

Monseñor João en abril de 2017

que Mons. João fue un instrumento particularmente bendito y dócil a la acción del Paráclito para atraer a la tierra el Reino de María, profetizado por la propia Virgen en Fátima, cuando dijo: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará».

En los escritos de San Luis Grignon, ese Reino se identifica con aquel que el Espíritu Santo edificará mediante una acción profunda en las almas —en María, por María y con María—, de tal manera que haga brillar como nunca antes en la historia los esplendores de la gracia divina ocultos durante siglos en el Corazón de la Virgen Purísima.

Desde este punto de vista, podemos afirmar que el fundador de los Heraldos del Evangelio ha sido un verdadero precursor de ese Reino, anticipando en sí mismo aquello que, de las formas más diversas, se realizará en todos los que, permaneciendo fieles en medio de tinieblas cada vez más densas que cubren el mundo, lleguen a contemplar la aurora radiente de ese día divino y marial que pronto amanecerá sobre la humanidad.

Si las siguientes páginas contribuyen de algún modo a despertar en sus lectores el deseo y la esperanza de formar parte de esta bendita falange, nuestro esfuerzo se tendrá por muy exitoso. ♦

Al considerar los diversos aspectos de la figura de nuestro padre espiritual presentados en las próximas páginas, invitamos al lector a tener como telón de fondo el hecho de que él fue un instrumento dócil a la acción del Paráclito para atraer a la tierra el Reino de María



Monseñor João en agosto de 2013



Thiago Tamura



MISIÓN INICIADA EN EL TIEMPO Y PERPETUADA EN LA ETERNIDAD

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».



✉ Humberto Luis Goedert



uando pretendemos conocer una obra arquitectónica notable, una laudable entidad de apostolado o incluso un personaje ilustre es necesario que de antemano preparemos una síntesis de los acontecimientos cumbres relacionados con ellos, que los haga más accesibles a nuestro entendimiento. En efecto, todo lo que trasciende los límites de lo común, o es visto con ojos bien enfilados, en adecuada conjunción de hechos y principios, o acabará siendo comprendido de un modo unilateral o insuficiente.

Por lo tanto, las presentes líneas, que abren una secuencia de artículos sobre distintas facetas de la personalidad, vida y obra de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, servirán para situar al lector en los aspectos generales de una materia tan amplia, los cuales, en las páginas siguientes, serán tratados en profundidad.

Primeros pasos

Hijo de Antonio Clá Díaz, español, y de Annetta Scognamiglio, italiana, el pequeño João recibió el Bautismo el 15 de junio de 1940, diez meses exactos después de su nacimiento, ocurrido en la solemnidad de la Asunción de la Virgen del año anterior.

De índole analítica y reservada, le gustaba más observar a los circunstantes que conversar y exteriorizar sus pensamientos, signo del singular sentido contemplativo que siempre

lo caracterizaría. Acometido por frecuentes insomnios desde tierna edad, su pasatiempo preferido consistía en admirar el cielo y las estrellas durante la noche a través de la ventana de su dormitorio.

Un hecho destacable de su vida sucedió cuando tenía 5 años, al entrar en una capilla y encontrarse por primera vez con el Santísimo Sacramento expuesto, en el preciso instante de la bendición. Aun siendo desconocedor de aquella realidad trascendente, su fe le inspiró que se trataba de un misterio central de la religión, sintiéndose inmediatamente cautivado por lo imponente del entorno, asaz recogido y sagrado, que de la hostia se desprendía y penetraba en lo más hondo del alma de los fieles.

Embargado y atraído por la Eucaristía, su devoción a Jesús Sacramentado constituiría el fundamento sobre el cual edificaría, en un futuro, el sólido baluarte de su piedad.

Luego, en su etapa estudiantil, se distinguió por ser el primero de la clase, especialmente en Arte y Matemáticas. A pesar de ello, las narraciones de la historia sagrada y las clases de catecismo eran lo que le encantaba.

El 26 de enero de 1948 recibió el sacramento de la Confirmación, seguido meses más tarde por la Primera Comunión. Impregnado de una vida sobrenatural más intensa, empezó a discernir cómo la conducta de no pocas personas con las que convivía —compañeros y familiares— desentonaba con la verdadera moralidad.

El choque entre el bien y el mal reinante en la sociedad se acentuaba cada día más en el alma del joven João, despertando en él el deseo de amparar a las almas en el camino de la virtud

En su trato diario con el Dr. Plínio, de quien se convertiría en indiscutible discípulo fiel, João también se empapó del don de sabiduría tan característico de la espiritualidad de su maestro

Mário Shinoda

El choque entre el bien y el mal se accentuaba cada día más en su alma, despertando en él el deseo de revertir de alguna manera, pese a los insuficientes medios de los que disponía, aquella angustiante situación y de amparar a sus coetáneos para que siguieran el camino de la virtud.

Como resultado de su preocupación por difundir el bien, nació en él el gusto por la psicología y la medicina, a las que empezó a dedicarse con ahínco, al constatar el número de personas que se dejaban esclavizar por el egoísmo, actuando únicamente por sus propios intereses.

Así, una certeza inquebrantable, nacida de la fe, se solidificó en su interior: «En el mundo tiene que haber un hombre enteramente bueno y desinteresado. Y un día conoceré a ese hombre».

Encuentro providencial

La esperanza, nos enseña San Pablo, nunca defrauda (cf. Rom 5, 5). Los años fueron pasando y, mientras participaba en la novena a Nuestra Señora del Carmen, el 7 de julio de 1956 ocurrió el tan anhelado encuentro que marcaría los siguientes pasos de su trayectoria. Al divisar al final del cortejo de terciarios carmelitas que abría la ceremonia a un hombre corpulento, seguro y decidido, discernió en él, en una mirada confirmada por una certeza interior, al varón providencial que cambiaría el rumbo de los acontecimientos: Plínio Corrêa de Oliveira.



El Dr. Plínio y Mons. João en 1990

Desde ese momento en adelante, el Dr. Plínio pasó a ser el formador de la mentalidad del joven João, animándolo en la práctica de la virtud, motivándolo en el servicio de la religión y señalándole la dirección a seguir. Entre ambos hubo la más sincera permuta de ideales y entrega de voluntades en pro de la Santa Iglesia.

Formación del carácter

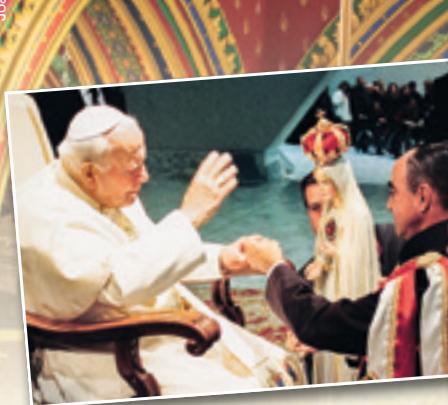
Como primicias de su adhesión al movimiento católico, en 1957 ingresó en las Congregaciones Marianas, fue admitido en la Tercera Orden Carmelita y se consagró como esclavo de amor a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignion de Montfort.

En 1958 fue llamado a filas para hacer el servicio militar. Si bien este hecho en un primer momento le suponía una prueba, ya que necesariamente lo alejaría de los círculos de relaciones del Dr. Plínio, del trato con él y de su asidua asistencia a los actos de la Tercera Orden Carmelita, no obstante, tendrá una relevante importancia en la formación de su carácter. La disciplina, asociada a las exigencias de los horarios y de la compostura, forjó en su alma el gusto por el orden, dándole la convicción de que sólo la integridad es capaz de arrastrar a los demás tras de sí por una causa justa.

Próximo a alcanzar la edad madura, João ya había pasado por una serie de situaciones que habían ido labrando su carácter, a las cuales se sumaría otro elemento de no menor importan-

cia, en virtud del gran fruto que sacaría de esto: la música. Consciente de su eficacia en la evangelización, perfeccionó sus conocimientos en este arte con el reconocido maestro español Miguel Arqueróns. A partir de entonces no dejaría escapar la oportunidad de formar un coro o una orquesta, con vistas al apostolado.

En su trato diario con el Dr. Plínio —de quien se convertiría en indiscutible discípulo fiel—, João también se empapó del don de sabiduría tan característico de la espiritualidad de su maestro, haciendo con ello que afloaran sus cualidades naturales y sobrenaturales, irradiándolas en beneficio de la causa católica a fi-



De izquierda a derecha: el papa Juan Pablo II recibe a los Heraldos del Evangelio con motivo de la aprobación pontificia de la institución, en febrero de 2001; miembros de la asociación en la plaza de San Pedro y Mons. João rigiendo el coro durante una misa en la basílica vaticana, en la misma ocasión

Fotos: Archivo Revista

nales de la década de 1960, al iniciar la experiencia de vida comunitaria bajo un régimen reglado.

Generosa entrega y fructífero apostolado

Como consecuencia de su generosa entrega, a partir de 1975 se convertiría en mentor de cientos de jóvenes pertenecientes a la Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad —la TFP—, con la tarea de fortalecer en la fe a numerosas personas; a muchas, liberarlas de las malas influencias del mundo; a otras, además, inculcarles ánimo para la práctica de la virtud en la vida comunitaria.

La excelente y profícua acción que Mons. João desarrolló con distintos grupos del movimiento fundado por el Dr. Plinio confiere pleno sentido a los elogios que éste le dedicó, considerándolo, ante todo, un «archihijo».

Sin embargo, con la muerte del Dr. Plinio, el 3 de octubre de 1995, su vida daría un bandazo inesperado: primero, porque casi la totalidad de la obra cayó en sus manos, dado que la parte más sana de sus miembros sólo encontraba en él al líder capaz de regir una familia de almas presente en cinco continentes; en segundo lugar, porque todos sabían que era depositario de los más íntimos anhelos de su padre, maestro y guía.

Investido por la Providencia con la tarea de conducir un movimiento de envergadura mundial, Mons. João tenía claro el rumbo que tomaría para que aquel legado nunca se viera perjudicado o extinguido: lo afianzaría en la roca inquebrantable de Pedro y sobre el baluarte de Cristo sacramentado.

En 1999 decidió fundar la Asociación Internacional Privada de Fieles Heraldos del Evangelio, que recibió la aprobación pontificia del papa San Juan Pablo II el 22 de febrero de 2001. Según lo había intuido, bajo las bendiciones de la cátedra de Pedro es donde la familia de almas empeñada a duras penas por el Dr. Plinio se robusteció y recobró el aliento necesario para perseverar en las vías de la santidad.

En poco tiempo, la asociación ya desplegaba sus actividades por setenta y ocho países y comenzaba a realizar numerosas labores en las parroquias, a través de la animación litúrgica, del Apostolado del Oratorio María, Reina de los Corazones, de las misiones marianas y de las visitas a prisiones y hospitales, además de contar con los servicios de correspondencia directa y con la publicación de esta revista.

Una década después del fallecimiento del Dr. Plinio, la obra estaba integrada por innumerables jóvenes, de ambos sexos, reunidos en comunidades separadas. Se nutrían de una intensa espiritualidad, fundamentada en la Eucaristía diaria, la adoración al Santísimo Sacramento y el rezo del rosario, y seguían de libre decisión los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia.

Vocación sacerdotal

Tal coyuntura de hechos llevó a Mons. João a pensar en la conveniencia de fundar una rama

Tras la muerte del Dr. Plinio, Mons. João tenía claro el rumbo que tomaría para perpetuar la obra fundada por él: la afianzará en la roca inquebrantable de Pedro

*Tras haber
sido ordenado
sacerdote,
Mons. João
empezó a ver
hecho realidad,
por los
méritos de la
renovación del
santo sacrificio
del Calvario,
el sueño de
transformar la
faz de la tierra*



Archivo Revista

Mons. João durante la celebración de la santa misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

sacerdotal, capaz de proveer las necesidades espirituales de los miembros de los Heraldos del Evangelio, así como prestar asistencia a quienes compartieran este carisma. En efecto, su creciente amor por la Eucaristía y al servicio del altar le inspiraban, desde hacía mucho, un entrañable deseo: seguir el camino sacerdotal.

El 15 de junio de 2005, junto con otros catorce miembros de los Heraldos del Evangelio, el diácono João era ordenado sacerdote en aquella misma basílica de Nuestra Señora del Carmen, de São Paulo, donde había conocido al Dr. Plinio. A partir de la renovación del santo sacrificio del Calvario, empezó a ver hecho realidad el sueño de transformar la faz de la tierra, conforme se lo había prometido su padre espiritual, en su interior, cuando se cruzaron por primera vez décadas antes.

Era indispensable, no obstante, solidificar la recién nacida rama sacerdotal mediante la aprobación de la Santa Sede, la cual tuvo lugar el 21 de abril de 2009, por autoridad de su santidad Benedicto XVI: se erigía bajo los auspicios de Pedro la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, que hoy cuenta con más de doscientos clérigos.

Como parte de este incremento institucional, *pari passu* a la erección de la sociedad clerical, el P. João impulsó la fundación de la Sociedad Femenina de Vida Apostólica Regina Virginum, en la que entraron candidatas que, desde hacía mucho tiempo, deseaban compartir el carisma de los Heraldos del Evangelio de manera integral. Lo-

graron ellas la aprobación de la Santa Sede el 26 de abril de 2009.

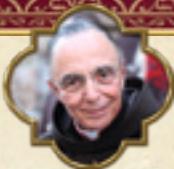
Expansión de la obra

Una vez ampliados los frentes de apostolado en la Iglesia, con el sacerdocio y la institucionalización de la rama femenina, otro blanco se presentaba en la mira del fundador: había que plasmar esa realidad espiritual en obras arquitectónicas, a través de iglesias, monasterios y otros edificios.

Actualmente, más de quince años después de iniciar la construcción de su primer templo, la Sociedad Clerical Virgo Flos Carmeli cuida de varias iglesias y oratorios repartidos por el mundo —entre ellas, dos basílicas—, desde las que puede ofrecer la curación de las almas y el ministerio sacramental, por medio de los sacerdotes que la sirven.

A ojos de Benedicto XVI, la obra del P. João empezó a ejercer de tal modo una notable influencia en la Iglesia que, en 2008, lo nombró canónigo honorario de la basílica papal de Santa María la Mayor, de Roma, y protonotario apostólico supernumerario. En 2009, el mismo Papa le confirió, de manos del cardenal Franc Rodé, la insigne medalla *Pro Ecclesia et Pontifice*.

La actuación de Mons. João y su obra, superando los límites de lo habitual, llegó también a los restringidos y exigentes campos de la intellectualidad, mediante diversas publicaciones y la erección de institutos académicos, los cuales imparten cursos de formación filosófica y teoló-



gica a los candidatos al sacerdocio de la sociedad clerical y a los miembros de la sociedad femenina, además de editar la revista académica *Lumen Veritatis*, que goza de renombre internacional.

Varón que debe ser visto con ojos sobrenaturales

Hechas estas consideraciones, poco entenderíamos de la persona de Mons. João si la contempláramos más con ojos humanos que sobrenaturales, pues cuando Dios dota a alguien de un llamamiento tan providencial, nunca lo hace sólo para su propio provecho, sino, al contrario, para el bien de la Iglesia y de los que vengan a compartir esa misión, cercana o remotamente.

De suerte que la mayor dádiva otorgada por el Cielo a Mons. João no se cifra en todo lo que aquí hemos expuesto, es decir, en conquistas materiales e incluso espirituales. El don supremo que se le ha concedido fue el de ser un hombre amado con predilección por el Espíritu Santo y por la Santísima Virgen, que en todo lo quisieron configurar con Nuestro Señor Jesucristo.

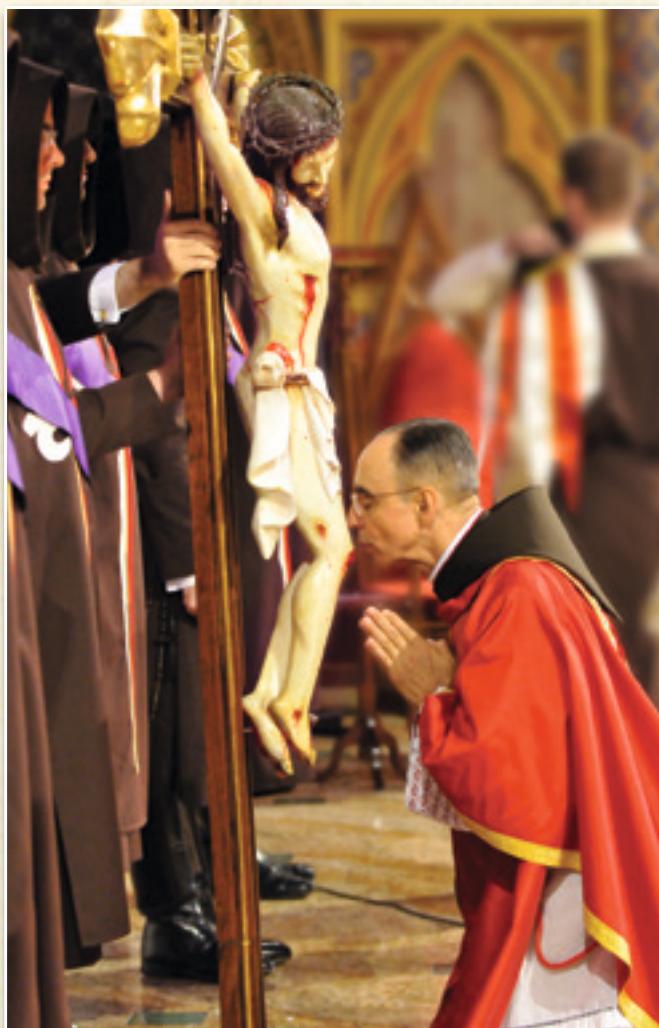
Por lo tanto, la lucha más penosa de Mons. João no consistió en abrir casas de vida comunitaria, fundar una asociación de fieles, erigir sociedades de vida apostólica o regir coros y orquestas; ni en establecer los sólidos fundamentos de una obra que, como él siempre soñó, debía estar cimentada en la preciosísima sangre de Cristo, siendo una con la Iglesia. La batalla más ardua y gloriosa tuvo lugar en lo más íntimo de su corazón, donde él —a solas con Dios— necesitó recoger todos los frutos de largas décadas de dedicación integral y entregárselos al Creador, silenciarse, verse privado de sus movimientos y ofrecerlo todo en holocausto a Dios, como consecuencia de un accidente cerebrovascular que lo acometió en 2010.

«Ciudades restauradas y habitadas»

Además de las labores apostólicas llevadas a término con éxito

durante más de ocho décadas y de las enfermedades sufridas con heroica firmeza, llegó la hora de la victoria final, que le costaría el admirable precio que sólo podía ser pagado con la entrega de su propia vida, pues «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24).

Habiendo Mons. João cruzado el umbral de la eternidad y sido acogido en el regazo materno de la Santísima Virgen, todo lo que plantó, regó y cosechó es hoy una mies que tiende a extenderse, constituyéndose cada vez más en el inmenso e íntegro campo en el que la Iglesia producirá renovados frutos. Entonces se podrá decir: «Esta tierra que estaba desolada se ha convertido en un jardín de Edén, y las ciudades arrasadas, desiertas y destruidas, son plazas fuertes habitadas» (Ez 36, 35). ♦



Sergio Miyazaki

Monseñor João durante la celebración de la Pascua del Señor, en 2010

La batalla más dura de Mons. João tuvo lugar en lo más íntimo de su corazón, donde recogió los frutos de décadas de dedicación, se silenció y, privado de sus movimientos, lo ofreció todo en holocausto a Dios

João en el parque del Museo del Ipiranga,
con 3 años aproximadamente



Reproducción



LA AURORA DE UNA GRANDIOSA VOCACIÓN

Los primeros años de la vida de Mons. João dan testimonio de cómo el amanecer de la existencia vivida a la luz de la inocencia puede determinar el rumbo de una vocación impar.



✉ **Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP**



h Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugó» (Sal 62, 2). Con unción y poesía, el salmista revela en este versículo el camino de los inocentes, que buscan al Altísimo desde la alborada de sus vidas.

En efecto, así como el amanecer contiene los esplendores que el sol manifestará a lo largo del día, así también la aurora de la vida de la gracia en un alma encierra todas las luminosidades que brillarán en el futuro. En el origen de una vocación, en los primeros actos de fidelidad a la inocencia, en los movimientos iniciales del espíritu a la búsqueda de Dios es donde, a menudo, se define el porvenir de una persona.

Por lo tanto, para conocer a Mons. João necesitaremos levantar la punta del velo que cubre los misterios de la gracia en la etapa primaveral de su vida, la cual, marcada ya por una predilección de la Providencia, expresa en germen una dádiva que lo distinguirá hasta el final de sus días: el de ser un *enfant gâté* de la Santísima Virgen.

Un niño connatural a las realidades espirituales

Cuando la luz de la razón empieza a despuntar en el niño, comienzan las primeras percepciones del mundo exterior e inmediatamente nace una inclinación: la búsqueda de su origen, es decir, de sus padres. Los progenitores se convierten en el eje de todos sus análisis y en el término de comparación entre el bien y el mal: todo lo que viene de ellos es bueno y lo que se les opone es malo.

Ahora bien, la vida sobrenatural recibida en el Bautismo sigue, de un modo aún más sublime, el mismo proceso. El alma fiel a la gracia busca constantemente a Dios, el divino Absoluto que la creó y en el que encuentra su paraíso. Todo comienza entonces a definirse en función de Él y por eso el inocente es inerrante al discernir el bien y el mal, pues tiene al Altísimo como arquetipo.

Cabe señalar, no obstante, que este proceso no se muestra únicamente por un movimiento del intelecto. La razón comprende el bien, pero es la voluntad la que se inclina hacia él, lo desea y lo ama.¹ Así, en la búsqueda del Absoluto, la caridad se constituye en motor del alma, estableciendo entre Dios y la criatura una amistad divina,² en la cual el Espíritu Santo es el maestro interior.

En la infancia de Mons. João, esta relación íntima con Dios se produjo de una forma tan discreta como profunda. Las mociones de la gracia estaban revestidas de una sencillez pueril, de manera que, desde muy temprana edad, las realidades espirituales le eran connaturales.

Silenciosa contemplación

Al ser hijo único, sus primeros años transcurrieron en el aislamiento, lo que hizo que en su alma naciera una gran propensión a la contemplación. Le atraía especialmente la armonía del firmamento estrellado, que observaba durante la noche sentado en el alféizar de la ventana de su habitación, como él mismo narra, en tercera persona, en una de sus obras: «Todo hablaba de

*Para conocer
bien a
Mons. João
necesitaremos
levantar la
punta del
velo que cubre
los misterios
de la gracia
en la etapa
primaveral
de su vida*

*João
comprendió
que debía
renunciar
enérgicamente
a todo lo que
se opusiera
al Bien
Supremo, que
vislumbraba al
contemplar el
cielo estrellado*

misterio... Más aún para un niño. La silenciosa contemplación se extendía durante una, dos, tres horas... Y con el tiempo, las constelaciones cambiaban de posición, alterando la configuración de la bóveda celeste. Como todavía desconocía el movimiento de rotación de la Tierra, imaginaba que las estrellas habían "caminado" [...]. Después se preguntaba impresionado: "¿Cómo funciona todo esto? ¿Cómo se ordena? ¡Qué poder habrá detrás de ese 'caminar' de las estrellas!"».³

Era la semilla de la fe la que se manifestaba en su inocente corazón, ayudándolo a escudriñar el misterio del orden del universo, pues, por esa virtud, «sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible» (Heb 11, 3). La gracia abría de esa manera los horizontes de su alma, acostumbrándolo a descubrir al divino Artífice en su obra: «Aprendí a vivir relacionándome con lo que Dios creó, sin conversar por medio de palabras, sino de alma, con todas las bellezas puestas por Él en el mundo». ⁴

Estas largas horas de soledad constituyeron una circunstancia providencial, que le sirvió de preparación para el desempeño de la misión a la que Dios lo llamaba, según se lo afirmó el Dr. Plinio: «Todo hombre, para realizar grandes obras, necesita pasar por un período en el que permanece totalmente aislado, se recoge y, a solas, puede reflexionar sobre el problema de la vida. Tuviste una ventaja enorme: estuviste muy aislado en tu infancia. Si no hubieras pasado por ese aislamiento, no serías hoy quien eres». ⁵

Hubo otro factor que contribuyó profundamente en su formación. Con tan sólo 4 o 5 años, mientras jugaba en la sala de visitas de su casa veía, a menudo, cómo dos almas en forma de nube se le aparecían, en la puerta que daba al pasillo, por donde entraban.

La fuerza del mundo espiritual es tan superior que el pequeño João se sentía atraído y obligado a caminar hacia ellas. Cuando llegaba al final del pasillo las almas se marchaban por la ventana y el niño, recuperando el dominio de sí mismo, experimentaba miedo y salía corriendo de allí. Este peculiar hecho se repitió dos o tres años, siempre durante la noche, afianzando desde temprana edad en su alma la convicción de la existencia de las realidades invisibles que la fe nos enseña.

Enérgica oposición al mal: una añadidura al temperamento contemplativo

A medida que su contacto con el mundo sobrenatural iba creciendo, florecía en el alma de João la necesidad de identificarse con Dios, a la vez que una aguda perspicacia, nacida de los dones del Espíritu Santo, lo llevaba a discernir el mal que existía en el mundo. La Revolución comenzaba a amenazar el paraíso que la inocencia primaveral había edificado en él y se hacía necesario oponerle resistencia radicalmente para optar por el camino del bien. Fue entonces cuando ocurrió uno de los episodios más impactantes de su infancia.

Cuando tenía alrededor de 6 años, se encontraba jugando tranquila e inocentemente debajo de una mesa, durante una reunión familiar en su casa. Estaban allí dos tíos, hermanos menores de su padre, que representaban bien el estado de espíritu agitado que comenzaba a caracterizar a la humanidad desde principios del siglo xx. Ambos se acercaron al niño y, quitándole el sosiego brutalmente, empezaron una serie de juegos violentos, dándole golpecitos en la oreja y diciéndole todo tipo de groserías.

Indignado al percibir que el bien siempre era considerado débil y que el mal siempre ganaba, decidió invertir esa situación y le dijo con firmeza a uno de sus tíos: «Mira, ¡o paras o le daré una



João con 9 años

Reproducción



patada a la vitrina!». De hecho, en la sala había un mueble antiguo con algunos objetos valiosos de la familia. Como su tío no detenía sus agresiones, el pequeño no dudó en cumplir su amenaza y los cristales se esparcieron con estrépito por el suelo.

Al ver lo sucedido, los familiares se volvieron contra el tío, quien a partir de ese episodio nunca más se atrevió a provocar al niño. Sin embargo, éste entendió que si conservaba una manera de ser tranquila y pacífica de cara al mal el mundo entero se precipitaría sobre él. Entonces, tomó la decisión de asumir un carácter más activo.

En realidad, no hubo propiamente un cambio en su temperamento contemplativo y sereno, sino una añadidura. En el alma en estado de gracia, Dios es «la regla primera, que debe regular la razón humana»⁶ y, por tanto, el pequeño João comprendió que debía renunciar enérgicamente a todo lo que se opusiera a ese Bien Supremo. Y tal era su integridad de espíritu que esta decisión marcó un camino recto para toda su vida, del que nunca se desviaría.

La búsqueda del Absoluto se transforma en un ideal

El Padre celestial quiere para cada alma un constante crecimiento en las virtudes, pues, como enseña un eminente teólogo del siglo XX, «la vida de la gracia nunca puede agotarse; no es posible que la vida que ha echado sus raíces en el seno de Dios se marchite por falta de alimento, sino que va creciendo constantemente, como reflejo de la naturaleza divina, hasta el momento de salir de la sucesión del tiempo y entrar en el descanso de la eternidad».⁷ Para ello, permite que el justo encuentre obstáculos y sufrimientos, que no harán más que aumentar sus méritos y fortalecer su voluntad hacia la perfección.

En la caminata de Mons. João no faltaron pruebas mediante las cuales la Providencia quiso robustecerle sus virtudes y, para tal, su inocencia tuvo que ser puesta en estado de pugnacidad. Una de esas pruebas

marcó de modo especial el inicio de su juventud, cuando tenía aproximadamente 14 años.

Un día andaba por las calles del barrio Ipiranga, de São Paulo, cuando se cruzó con un conocido suyo, de tan sólo 7 años, que estaba fumando. La escena hirió su sentido moral y no dudó en interpelar al culpable, manifestándole su asombro. El niño se limitó a hacer un gesto desafiante con el humo que salía del cigarrillo. Entonces el joven João le dijo: «¡Se lo voy a contar a tu padre!», a lo que el muchacho respondió intentando meterle la punta encendida del cigarrillo en el ojo. A pesar de haber desviado rápidamente la cara, no pudo evitar que la brasa le quemara el párpado inferior izquierdo. Este hecho le hizo comprender el poder penetrante del mal y confirmó aún más su disposición de ser un gran luchador por el bien.

En ese mismo período, «constató de cerca la crisis moral que ya afectaba por entonces a la juventud y al mundo. En conversaciones con sus primos, le chocó profundamente la afirmación que hicieron ellos de que la gente sólo se movía por su propio interés»⁸ lo que le daba la imagen de una sociedad decadente y corrompida, en contraposición a una sociedad ideal y virtuosa que aún no conocía.

Nació entonces en su alma un ideal: «Desde joven deseó ardientemente proyectar, de algún modo, aquella encantadora armonía sideral [que

Al toparse con la fuerza de penetración del mal y con la crisis moral del mundo, concibió el ideal de luchar por una sociedad en donde vigorara la virtud y la armonía en la convivencia



João en el liceo Centro Independencia, en 1953; en su párpado inferior izquierdo se ve la marca de la quemadura recibida

Reproducción



El joven João en diciembre de 1955

En su alma soplaba la certeza interior de que existía en algún lugar del mundo un hombre desinteresado y virtuoso a quien deseaba ardientemente encontrar

había contemplado en su infancia] hacia la vida social de sus compañeros [...]. Años más tarde anhelaba fundar una asociación de jóvenes para relacionarlos con Dios. Era el soplo del Espíritu Santo animándolo a servir a los demás.⁹ De hecho, el celo por la salvación del prójimo es una característica de quienes aman verdaderamente al Señor.¹⁰

Maternal preparación

Sin darse cuenta, el joven João estaba siendo preparado por María Santísima para que algún día se entregara a Ella totalmente como hijo y esclavo. Con mucha suavidad, Nuestra Señora

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 10, a. 1.

² Cf. *Idem*, II-II, q. 23, a. 1.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. I, p. 35.

⁴ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Charla*. Caieiras, 17/2/2005.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Reunião*. São Paulo, 4/9/1990.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., II-II, q. 23, a. 6.

lo envolvía con su manto virginal, preservaba su pureza, aumentaba su fe, fortalecía su amor y establecía un vínculo indisoluble con él, sublime y misterioso, que en un futuro florecería en una ardiente devoción.

La Virgen Poderosa era, sin duda, la que soñaba en el fondo de su alma la certeza interior de que en algún lugar existía «un hombre enteramente virtuoso, desinteresado, movido por puro amor a Dios, y que en su camino estaba el encontrarlo».¹¹

Cuando se retiraba por la noche, absorto en estos pensamientos, se arrodillaba a los pies de la cama y, entre lágrimas, rezaba insistente a Nuestra Señora: «Madre mía, quiero conocerlo, quiero conocerlo. Ayúdame a encontrarlo».¹² Y ofrecía en esa intención hasta cuarenta avemárias. Pedía con tanto ardor que «llegó a vislumbrar en varias ocasiones la silueta de una persona corpulenta, fuerte y majestuosa, revestida de un hábito y con una capa beige. Aunque no distinguiera sus rasgos fisonómicos, comprendía que se trataba del varón esperado por él, que reformaría el mundo».¹³

Así pasaron dos años...

A medida que preveía místicamente a ese hombre, comenzaba a amarlo y la gracia lo llevaba a buscar su presencia.¹⁴ Todos los anhelos que habían quedado atrapados en su alma desde su infancia se realizaban en él.

La vocación despunta en el horizonte

En 1956, cuando tenía 16 años, uno de sus profesores del Colegio Estatal Presidente Roosevelt sorprendió a los alumnos con una pregunta insólita: «¿Quién de los presentes no cree en el infier-

⁷ SCHEEBEN, Matthias Joseph. *As maravilhas da graça divina*. Petrópolis: Vozes, 1952, p. 318.

⁸ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *A gênese e o desenvolvimento do movimento dos Arautos do Evangelho e seu reconhecimento canônico*. Tesis doctoral en Dere-

cho Canónico. Universidad Pontificia Santo Tomás de Aquino. Roma, 2010, p. 171.

⁹ *Idem*, p. 169.

¹⁰ «Si amas a tu prójimo en Dios y te preocupas de su felicidad, tu primer pensamiento se encaminará a hacerle disfrutar de la dicha en que tú abundas



no?». Algunos asintieron. Entonces les pidió que lo buscaran al finalizar la clase. El joven João no dudaba de la existencia de ese lugar de tormento, pero quería saber cómo demostrarlo, pues entre sus familiares con frecuencia surgían discusiones al respecto. Así que decidió escuchar la explicación.

El docente presentó la prueba clásica de que la pena debe ser proporcionada no sólo a la ofensa, sino también a la dignidad del ofendido. Ahora bien, cuando se trata de una afrenta hecha a Dios, ser infinito, como lo es el pecado, se hace inevitable que el castigo sea eterno.

Impresionado con tan claro y sutil argumento, João aprovechó la oportunidad para exponerle al profesor su aspiración de fundar una sociedad juvenil. Éste lo invitó a su casa a fin de discutir el proyecto. El día fijado, sin embargo, la conversación versó acerca del protestantismo, los desenfrenos de Lutero y, especialmente, en la inmaculada santidad de la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo... Mientras el profesor estaba hablando, una gracia incidió en su alma como un *flash*, llevándole a concluir: «La Iglesia Católica es la única religión verdadera. Seré enteramente de la Iglesia».¹⁵

Y esa gracia, al haber caído en la buena tierra de un alma generosa, enseguida empezó a fructificar. Todo en su vida tuvo sentido, todo cobró luz, la inocencia había encontrado en la Santa Iglesia la morada de su alma. Únicamente le restaba conocer a ese varón bueno, a quien debía seguir...

A la mañana siguiente se levantó temprano y se dirigió a la iglesia de San Juan Clímaco, cercana a su residencia, donde hizo una confesión general,

asistió a misa y recitó el rosario completo. Desde aquella ocasión nunca dejó de comulgar ni de rezar la corona de la Santísima Virgen diariamente.

Transcurridos dos meses frecuentando la casa de aquel profesor suyo, éste lo invitó a que conociera a su mentor, el fundador del grupo católico al que pertenecía. El encuentro fue fijado para el 7 de julio de 1956, en la basílica de Nuestra Señora del Carmen. ♦



Reproducción

El Dr. Plinio en 1957

Rezaba con tanto ardor para conocerlo que llegó a ver la silueta de un varón fuerte y majestuoso, aunque no distinguiera sus rasgos fisonómicos

por la gracia» (SCHEEBEN, op. cit., p. 298).

unión es efecto del amor (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., I-II, q. 28, a. 1).

¹¹ CLÁ DIAS, *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, op. cit., p. 55.

¹⁵ CLÁ DIAS, *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, op. cit., p. 58.

¹² *Idem*, pp. 55-56.

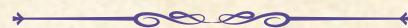
¹³ *Idem*, p. 56.

¹⁴ Conforme afirma el Doctor Angélico, la

El Dr. Plinio en diciembre de 1990

Mario Shinoda





UN SOLO CORAZÓN, UNA SOLA ALMA

Hijo espiritual dedicadísimo, Mons. João hizo de su vida un acto perpetuo de admiración y restitución a su padre. La profunda unión que Dios estableció entre ambos los fusionó en una única historia de fidelidad en el firmamento de la Iglesia.



¤ P. Louis Marie Joseph Goyard, EP



a basílica, profusamente iluminada, está llena de gente y de expectación. En el coro alto, la orquesta afina sus instrumentos, entre tanto, nubes de incienso empiezan a elevarse entre las columnas de la nave principal.

Entonces se hace el silencio. Sentado junto al pasillo central, el joven João se halla envuelto en una atmósfera toda sobrenatural. Más allá de las impresiones religiosas provocadas por el ambiente, está siendo preparado por la gracia para el acontecimiento que cambiará su vida para siempre.

Comienza la ceremonia. Mientras el numeroso coro de frailes holandeses, acompañado por el órgano y diversos instrumentos de cuerda, henchía el templo de espléndidos acordes del himno *Flos Carmeli*, un cortejo de miembros de la Tercera Orden del Carmen avanza en dos filas por el pasillo. Revestidos con sus hábitos oscuros y cubiertos hasta los pies con capas blancas, se parecían —a los ojos de João— más a ángeles que a hombres.

Su emoción, sin embargo, alcanza el auge cuando avista, cerrando ese cortejo por el centro de la basílica, a un varón fuerte y serio, de paso seguro y decidido, cuya grandeza de alma se intuye por su corpulencia. Interiormente, João exclama de inmediato: «¡Éste es el hombre! A él es a quien yo quería conocer, a él estoy llamado a seguir. Éste es el varón que reformará la faz de la tierra».¹

De hecho, el primer encuentro de Mons. João con el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira —que tuvo lugar el 7 de julio de 1956, en la basílica de Nuestra Señora del Carmen, de São Paulo— fue fruto de una larga y fiel espera. Por eso, cuando aquel

joven vio al Dr. Plinio, era como si ya lo conociera y en él identificó al hombre prometido por la gracia, a quien debía entregarse por completo para cumplir sus anhelos de conquistar almas para Dios. Sus ardorosas aspiraciones juveniles y sus fervorosas oraciones, prolongadas durante dos años, finalmente eran atendidas, llevándolo a exclamar interiormente, como comentaría más tarde: «Soy feliz, feliz, porque he encontrado la luz de mi vida, el sueño de mis sueños, la fuerza de mi existencia, el camino recto hacia el Cielo».²

Los primeros años de convivencia

Al salir de la basílica, después de la ceremonia, el Dr. Plinio se cruzó con el joven João y tomó la iniciativa de saludarlo e intercambiar algunas palabras con él, mostrando mucha amabilidad y profunda complacencia. Se iniciaba así una relación que se intensificaría durante cuatro décadas.³

Monseñor João comenzó a frecuentar una de las casas que el «Grupo de Plinio»⁴ tenía en la calle Martim Francisco, de São Paulo. Allí ejerció el encargo de auxiliar administrativo, prestando posteriormente otros servicios como ser secretario de la Comisión de Exteriores, que se ocupaba de los nacientes núcleos de contactos en otros países; formar parte de la Comisión de Lectores, que traducía, catalogaba y preparaba fichas para las reuniones; y asumir los llamados «eventuales», pequeñas disposiciones prácticas que eran resueltas por algunos de los más jóvenes.

El desempeño de esas tareas le daba la oportunidad de seguir de cerca distintos momentos de la rutina del Dr. Plinio, al hacerle consultas o trans-

Al ver por primera vez a su padre y fundador, Mons. João se llenó de alegría y exclamó interiormente: «¡He encontrado la luz de mi vida!»



mitirle algún recado, y la ocasión de pasar tiempo con él. Nada escapaba a su diligente y admirativa observación. Más adelante, las breves conferencias impartidas por el Dr. Plinio a los miembros más jóvenes del movimiento, llamadas *Santo del Día*, servirían a Mons. João para profundizar en la comprensión de diversos aspectos de la persona y la vocación del fundador.

Así pues, fue constatando diariamente cuánta sabiduría, inocencia y fuerza le había concedido Dios al Dr. Plinio para ser maestro, profeta y luchador de la causa católica, pero también padre tierno y rebosante de afecto, realizando en su alma una rara armonía entre grandeza y amabilidad.

Cierta vez, a partir de unas lecturas, Mons. João descubrió la enseñanza de la teología acerca de la bendición, cuyo amplio uso se extiende a todos los bautizados y no sólo a los sacerdotes. Enseguida surgió en su espíritu la idea de pedirle al Dr. Plinio, como fundador, que diera la bendición a sus discípulos. Junto a otro joven fue a su encuentro para preguntarle al respecto. No opuso ninguna dificultad y los bendijo por mediación de María Santísima y del profeta Elías. En adelante, Mons. João multiplicaría las manifestaciones de arrobo para con la persona de su padre espiritual, al ver en él —gracias a un presentimiento sobrenatural— a un varón suscitado por la Virgen para una altísima misión histórica.

Sagrada esclavitud, la gracia inmensa

Según San Luis María Grignion de Montfort, la expresión *esclavitud de amor* es la que mejor define la absorta entrega de quien desea llevar al extremo su amor a Nuestra Señora.

Leyendo el *Tratado de la verdadera devoción* escrito por ese santo, Mons. João se maravilló con las características de esa esclavitud. Le llamó especialmente la atención el hecho de que quien así se consagra a la Sabiduría eterna y encarnada, por manos de María, participa de sus dones, virtudes y gracias, como si la Virgen misma viviera en él. Por otro lado, entendió que la búsqueda de la perfección se hallaba facilitada por tener, en Nuestra Señora, un modelo más cercano.

Sumándose a otras ideas, esa doctrina penetró en el espíritu de Mons. João cargada de un nuevo significado: ¿por qué no asumir, con relación al Dr. Plinio, un vínculo de dependencia análogo al recomendado por San Luis respecto de María Santísima? Siendo él una representación viva de la Madre de Dios, entregarse en sus manos haría más concreta, sensible y eficaz la esclavitud a Nuestra Señora y más seguro el camino para la práctica de la virtud.

Lleno de alegría espiritual, Mons. João le escribió una carta al Dr. Plinio exponiéndole los motivos que lo llevaban a pedir consagrarse a la Santísima Virgen en sus manos, algo que ya prefiguraba una entrega religiosa.

Por su agudo discernimiento de los espíritus, el Dr. Plinio enseguida se dio cuenta de que se trataba de un impulso suscitado por la gracia divina, juicio confirmado por otros discípulos suyos, quienes, sin conocer la petición de Mons. João, le comunicaron un deseo similar. Tras investigar, con exquisita prudencia, la ortodoxia de tal sugerencia, el Dr. Plinio empezó a reunirse con estos pocos hijos espirituales en el despacho de su piso para manifestarles aspectos inéditos de su alma, narrando episodios de su vida en los que traslucían los dones que la Providencia le había concedido con vistas al cumplimiento de su misión. Nuevos panoramas sobrenaturales se descubrían ante los ojos de Mons. João, que multiplicó las preguntas al Dr. Plinio, sin darse cuenta de que procediendo así le ayudaba a explicitar su propia vocación, como confesaría más tarde.

Al cabo de dos años de entrañable convivencia, el Dr. Plinio, finalmente, atendió las insistentes peticiones de esos hijos. La primera ceremonia de la sagrada esclavitud, como fue denominada, tuvo



Archivo Revista

El Dr. Plinio y Mons. João en 1965

Leyendo el «Tratado de la verdadera devoción», Mons. João comprendió que la mejor manera de consagrarse a María Santísima era hacerlo por las manos del Dr. Plinio



lugar el 18 de mayo de 1967. Fueron tales las gracias derramadas en aquella ocasión y la elevación que embargó a todos, que el Dr. Plinio afirmó al concluir el acto: «Con esta ceremonia queda fundada la institución de los apóstoles de los últimos tiempos».⁵

«Un anónimo entre los suyos»

En los años siguientes, aunque la obra del Dr. Plinio había logrado numerosos éxitos externos, internamente se constataba un paulatino declive del entusiasmo y el fervor. Las gracias iniciales de fundación habían abierto un camino de entrega y revelando el panorama de la vocación en todo su esplendor, culminando en la sagrada esclavitud. Sin embargo, la infidelidad de muchos ocasionó el retramiento de esas gracias y la consecuente ceguera espiritual, incluso con relación al fundador, porque cuando el corazón se abre al mundo, se cierra a Dios.

Optando por una vida mediocre —y, lamentablemente, no pocas veces desarreglada—, varios de los que deberían ser fieles discípulos empezaron a ver en el Dr. Plinio únicamente a un hombre culto e insigne pensador, y ya no al profeta de María Santísima que la gracia les había mostrado antes, hasta el punto de convertirse en «un anónimo entre los suyos».⁶ La nota religiosa desaparecía de la obra, dando paso a un ambiente de club, constituido por diversiones y superficialidades.

Esa actitud naturalista y mundana nunca mermó la visión de Mons. João respecto del Dr. Plinio, pues experimentaba continuamente en su fundador la presencia de la Santísima Virgen. No obstante, su amor vigilante le inspiró el temor de dejarse influenciar y llegar a ser, en un futuro, infiel a la causa católica si se mantenía en el trato con sus condiscípulos decadentes. Por eso, el 12 de octubre de 1974, le pidió al Dr. Plinio retirarse a una vida de contemplación. Éste —no sólo como padre, sino también como amigo— compartió con él sus preocupaciones y le insistió que no se alejara de las actividades del movimiento, con la esperanza de que un cambio en el panorama



Antônio Carlos Carreiro

El Dr. Plinio en 1973

ma interno diera nuevos frutos de apostolado.

Admirador de una grandeza crucificada

En una conversación con algunos más cercanos la noche del 1 de febrero de 1975, el Dr. Plinio expuso las aprehensiones que albergaba en relación con su obra y concluyó que únicamente era posible salvarla a través de un ofrecimiento como víctima expiatoria, impetrando así a la Santísima Virgen la intervención de gracias especiales. Es lo que hizo, declarando allí mismo que

Nuestra Señora podía disponer de él como quisiera.

Tan sólo treinta y seis horas después, su ofrecimiento fue acogido por la Providencia mediante un terrible accidente automovilístico. Entre los pasajeros de los cinco vehículos involucrados, solamente el Dr. Plinio sufrió heridas graves: la pelvis quedó hundida y rota por el fémur izquierdo, que también resultó lesionado, dos costillas fracturadas, los huesos de la mano izquierda destrozados y el húmero derecho partido; además, su cabeza chocó contra el parabrisas, provocándole la pérdida de dos dientes, una incisión de arriba abajo en el labio superior, el corte casi total del párpado y la ceja izquierdos, y una abundante pérdida de sangre. Se había convertido, como afirmaría más tarde Mons. João, en «mártir de su propia obra»,⁷ soportando las secuelas para el resto de su vida.

A esto le siguió una larga y dolorosa recuperación, durante la cual Mons. João no abandonó ni un instante al Dr. Plinio, pues ver a su padre desfigurado e inmerso en tanto dolor no le escandalizó. Por el contrario, a la veneración que siempre le había tributado se unió un profundo sentimiento de ternura, y su admiración creció al constatar que al dar consejos espirituales o directrices para su obra aun estando muchas veces en un estado de semi-inconsciencia demostraba una sabiduría inusual y un discernimiento impecable. Anotándolo todo en una libreta, día y noche, el hijo fiel no dejó que se perdiera ninguna de sus palabras, convirtiéndose en el primer beneficiario del generoso sacrificio del Dr. Plinio, a quien la Virgen no tardaría en recompensar.

Ante la infidelidad de muchos de sus hijos y del consecuente retraimiento de gracias en su obra, el Dr. Plinio se ofreció como víctima expiatoria para salvarla



En efecto, así como otrora Moisés sostuvo desde lo alto de la montaña la lucha de Josué (cf. Éx 17, 11), así, en los años posteriores a su accidente, el Dr. Plinio pudo observar, como fruto de su ofrecimiento, que varias instituciones internas resurgían con un fervor redoblado bajo el incansable impulso de Mons. João. De este modo, su obra salía del letargo en el que yacía.

«Cor unum et anima una»

A partir de 1975, el Dr. Plinio y Mons. João lucharían codo a codo, atravesando juntos las tribulaciones y victorias de la obra.

El Dr. Plinio encomendó a su fiel discípulo los problemas más arduos y las empresas más audaces: combatir los ataques mediáticos, dirigir campañas a pie de calle, solucionar dificultades internas, impulsar el apostolado en varios países, captar medios económicos para el sustento del movimiento... Ante todo, le confió la formación doctrinaria y espiritual de las nuevas vocaciones que iban surgiendo.

En el desempeño de estos encargos, Mons. João se unía de una manera cada vez más entrañable a su padre y fundador, pensando, queriendo y actuando como él mismo, y convirtiéndose —como diría el Dr. Plinio— en su *alter ego*, su mano derecha, su bastón de la vejez. La Providencia, finalmente, le había concedido al Dr. Plinio el consuelo de ver en él al discípulo perfecto que, participando de su visión profética, luchaba por la causa de la Santa Iglesia Católica y daba continuidad a su obra.

En septiembre de 1995, el descubrimiento de un avanzado cáncer en el Dr. Plinio anunciaba la evidente proximidad de su partida. Ingresado en el Hospital Alemán Oswaldo Cruz, de São Paulo, se abatió sobre él —entre otros sufrimientos espirituales— la terrible prueba de dejar esta vida sin haber visto instaurado el Reino de María, prometido por la Santísima Virgen en Fátima y tan esperado por él.⁸

Profundo conocedor del alma de su fundador, Mons. João supo discernir el tormento que atravesaba y sostenerlo minuto a minuto, coronando con un gesto de devoción filial la historia de una larga fidelidad. No había olvidado nada de las enseñanzas del Dr. Plinio sobre el papel del sufrimiento en la vida de un católico y, recordándole que este último calvario era, no un fracaso, sino el propio cumplimiento glorioso de su vocación, lo consoló y reconfortó en la fe hasta sus postreros momentos.

En aquel lecho de muerte, Mons. João veía a un padre victorioso, a un profeta con una misión demasiadamente grande como para ser cumplida sólo

en esta tierra, y que partía hacia el Cielo arrebatado como Elías, a fin de concluir en la eternidad lo que aquí había empezado. Esa certeza de la victoria, nacida de la contemplación de las virtudes del Dr. Plinio, fue el puntal con el que Mons. João sostuvo la obra en el doloroso momento en que faltó la presencia física del fundador.

Único deseo: perpetuar una misión

Tras la marcha hacia la eternidad del Dr. Plinio el 3 de octubre, Mons. João cumplió con tanto éxito esa misión, traduciendo en instituciones el espíritu de su padre y señor, que participó, él mismo, de la gracia fundacional, como se evidenciará en los artículos siguientes. Por lo tanto, al analizar las distintas realizaciones llevadas a cabo por él, es necesario tener como fondo de cuadro que, para Mons. João, tales logros no significaban más que el homenaje de restitución a quien consideraba la causa de todos sus éxitos y, sobre todo, la materialización de un deseo irrefrenable de glorificar al varón de quien lo había recibido todo.

Hoy se puede afirmar que el mayor legado dejado por el Dr. Plinio a la historia no fue ninguna de sus campañas informativas, actuaciones públicas o libros escritos, sino un discípulo formado a imagen y semejanza de su propia santidad. Éste, asimilando su mentalidad, su amor a la Santa Iglesia y su profetismo, engendró hijos destinados a perpetuar en el tiempo la presencia de su fundador.

De esta manera, la unión que había marcado cuatro décadas de sagrada convivencia tomaría una nueva configuración a partir de 1995: Mons. João sería el Dr. Plinio en la tierra, dando continuidad a los anhelos que éste había albergado en vida en lo más íntimo de su corazón; el Dr. Plinio sería el embajador de Mons. João ante el Inmaculado Corazón de María, para hacer posible la realización de los ardientes deseos de su discípulo perfecto.

Una semilla de profetismo germinando por siglos

Desvelado a nuestros ojos algo del grandioso panorama de la unión entre el Dr. Plinio y Mons. João, nos es permitido imaginar cómo habrá sido, después de casi treinta años de separación física, el reencuentro en la eternidad de maestro y discípulo, padre e hijo, señor y esclavo.

El meticuloso cuidado con el que, durante su ausencia, Mons. João trató de restituirle al Dr. Plinio el fruto de sus esfuerzos por la gloria de la Santa Iglesia y por la instauración del Reino de María,

*Así como
otrora Moisés
sostuvo la
lucha de Josué,
el Dr. Plinio
compró, con su
ofrecimiento, el
resurgir de las
instituciones
de su obra bajo
el incansable
impulso de
Mons. João*



Fernan Lecaros

sin reservarse nada para sí, probablemente floreció en la entrega amorosa, ya sin las brumas del estado de prueba y como adornada con los laureles del triunfo, de la obra que había inmortalizado su actuación en la tierra, personalizada, no obstante, en el hijo dilecto que era todo para todos al hacer realidad los deseos de su padre.

Para el Dr. Plinio, sin duda, «recuperar» a quien tanto había amado en vida y tanto esfuerzo había empeñado por santificarlo plenamente, conduciéndolo al perfecto cumplimiento de su alta misión, supuso un significativo aumento de la gloria accidental que, si se nos permite traducir



En el destacado, el Dr. Plinio en la década de 1990; de fondo, misa celebrada por Mons. João en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

en términos terrenales, hizo crecer su alegría en el Cielo hasta límites que quizás sólo en la visión beatífica podremos comprender.

Entonces, fundidos en un abrazo eterno, ciertamente ambos vieron uno en la mirada del otro el porvenir de la obra que permanece en este valle de lágrimas privada de su presencia física, pero cuán protegida, como esperamos, por su segura intercesión.

Tal y como siguió vivo para sus hijos —y también para sus enemigos— en la persona de Mons. João durante casi tres décadas, el Dr. Plinio continuará vivo en la obra que dejó en la tierra y en la influencia que ésta aún ejercerá en la Santa Iglesia y en el mundo. «Está vivo en sus escritos, vivo en el precioso legado de sus explicitaciones, vivo en las direcciones indicadas, vivo en las costumbres que instituyó; más aún, vivo en el tipo humano que inspiró, es decir, en aquellos en cuyas almas fue colocada una semilla de profetismo participativa de su propio carisma».⁹ ♦

Tal y como siguió vivo para sus hijos —y también para sus enemigos— en la persona de Mons. João hace ya casi tres décadas, el Dr. Plinio continuará vivo en la obra que dejó en la tierra

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio, *Maria Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. I, p. 66.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio, *Charla*, Caeiras, 24/4/2005.

³ El lector puede conocer los detalles de la historia del Dr. Plinio y de su profundo vínculo con Mons. João en la colección de cinco volúmenes: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio, *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Ciud-

dad del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016.

⁴ Modo como era conocido el conjunto de los primeros discípulos del Dr. Plinio. Con el paso de los años, el término *Grupo* comenzó a utilizarse internamente para referirse a su obra.

⁵ En alusión a la expresión usada por San Luis María Grignion de Montfort en su *Tratado*, para designar a los futuros esclavos de amor de la Santísima Virgen que, como antorchas vivas, ilumina-

rían las almas con el espíritu de María, preparando en ellas su reinado.

⁶ CLÁ DIAS, *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*, op. cit., t. IV, p. 443.

⁷ *Idem*, p. 486.

⁸ Por un especial favor celestial, el Dr. Plinio —entonces adolescente y muchos años antes de conocer las revelaciones de la Santísima Virgen en Covadonga— tuvo una inspiración mística sobre el futuro triunfo de nues-

tra Señora en la tierra, al que debería dedicar toda su vida. Décadas más tarde, mientras convalecía de una grave crisis de diabetes que lo acometió en 1967, recibió una ineludible confirmación sobrenatural, a través de una estampa de la Madre del Buen Consejo de Genazzano, de que no moriría sin cumplir esa misión (cf. CLÁ DIAS, *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*, t. I, pp. 348-351; t. IV, pp. 285-292).

⁹ *Idem*, t. V, pp. 484-485.

Doña Lucilia en marzo de 1968



João Clá Dias



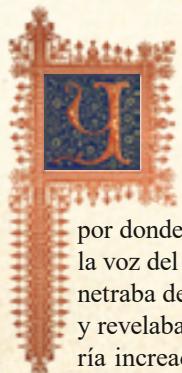
UN TESORO ESCONDIDO

ENTRE LAS RUINAS DE LA CRISTIANDAD

Discípulo del Dr. Plínio, Mons. João conoció también muy de cerca a su virtuosa madre, Dña. Lucilia, con quien tuvo una breve pero sublime relación, que lo marcó indeleblemente.



✉ **Hna. Michelle Viccola, EP**



a fueran sus palabras pronunciadas al calor de una radiante mañana en Betania o mientras el ocaso teñía de tonalidades doradas las agradables aguas del mar de Tiberíades, por dondequiera que el suavísimo timbre de la voz del divino Redentor se escuchara, penetraba de un modo misterioso en las almas y revelaba algo de los secretos de la Sabiduría increada. Como cuando Jesús les dijo a sus discípulos: «El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en el campo» (Mt 13, 44).

Un tesoro escondido... Bella y poética imagen para tiempos pasados, pero lamentablemente un poco lejana para los conturbados días presentes. ¿Dónde y cómo encontrar un tesoro en «campos» sembrados de rascacielos, decorados con asfalto y alquitrán, ennegrecidos con tanta contaminación y pecado?

El primer encuentro

En 1956, Mons. João —por entonces un joven de 17 años— estaba lejos de imaginar que en el vestíbulo de un edificio de la calle Vieira de Carvalho, de São Paulo, encontraría de un modo inusitado el mayor tesoro de su vida. Tras una mañana de estudios, se dirigía a la sede del grupo *Catolicismo* —núcleo que más tarde daría origen a la TFP— situada en aquel inmueble, de-

jando atrás, al entrar en el recinto, un mundo feo y revolucionario. Se sentía ya feliz en un ambiente que consideraba sagrado; mientras esperaba a que llegara el ascensor, aparecieron en la entrada el Dr. Plinio y su madre, Dña. Lucilia.¹

Su primera reacción fue la de analizarlos, viendo cómo los reflejos de uno repercutían en el otro. Contempló en un instante la enorme semejanza de alma que existía entre ambos y se quedó encantado con la venerable figura de Dña. Lucilia, entendiendo que se trataba de una mujer completamente fuera de lo común.

No era sólo la distinción de quien pertenecía a una de las familias más tradicionales de São Paulo, ni siquiera la delicadeza con que aceptó su ayuda para subir las escaleras del vestíbulo lo que lo impresionaron. Aún necesitaría décadas para decantar el significado y la trascendencia de ese primer encuentro que, a pesar de ser sublime, fue natural y simple, como lo sería siempre su relación con aquella señora «hecha de porcelana».

Reflejo del Sagrado Corazón de Jesús

Transcurridos once años después de aquella primera mirada —a lo largo de los cuales se siguieron otros encuentros, tan fugaces como marcantes—, el Dr. Plinio fue acometido de una fuerte crisis de diabetes. Durante el período en que estuvo convaleciente en su residencia, João

De un modo inusitado, el joven João encontró, en un edificio de la calle Vieira de Carvalho, el mayor tesoro de su vida



*En la
convivencia
con
Dña. Lucilia,
Mons. João
contempló las
grandezas
de un Dios
hecho perdón y
sintió el calor
del Corazón
«materno»
de Jesús*

tuvo la oportunidad de servirlo más de cerca y, en consecuencia, de pasar tiempo con Dña. Lucilia.

Poco a poco empezó a notar la terrible soledad en la que vivía aquella noble señora, despreciada por sus más allegados, a excepción de su hijo. Su bondad era totalmente incomprendida, aun cuando el rebosante afecto de su corazón fuera, en cierto modo, capaz de abarcar a la humanidad entera.

Descubriendo los encantos de su alma en los momentos en que podía observarla, se dejaba empapar de esa dulzura cautivadora. En su interior se formaba la imagen de una virtud singular, forjada por el dolor en el apagamiento y en la soledad de la vida de un ama de casa.

Paulatinamente, Mons. João fue percibiendo que Dña. Lucilia había obtenido del Señor un amor profundo y una bondad sin reservas para con los hombres. Veía cómo dedicaba largas horas de contemplación ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y comprobó, así, esta afirmación del Dr. Plinio: «De algún modo, Él vive en ella». Su persona irradiaba la sacralidad del Redentor en todos los ambientes en los que se encontrara, tiñéndolos de lo sobrenatural y haciendo que las maravillas que habitaban su interior se reflejaran hasta en sus mínimos gestos. El clima creado a su alrededor era tan deslumbrante y tan invitador a practicar el bien, que las personas se sentían en la presencia de Dios mismo, el cual habitaba su virginal alma de bautizada.

Doña Lucilia impresionaba tanto a Mons. João que, en varias ocasiones, contaba él, había sentido inclinación a arrodillarse ante ella para venerarla, asombrado con la inocencia de su alma, la serenidad de su carácter, la tranquilidad de su porte, la pureza de intención de sus obras, la bienquerencia de su trato..., en definitiva, la como que «angelicalidad» de sus virtudes.

Una relación celestial

La convivencia —que más tarde Mons. João la denominaría «luciliana»— se componía de

variados encuentros a lo largo del día. Esperaba, ansioso, el momento de poder estar con Dña. Lucilia, aprovechando cualquier oportunidad para analizarla y guardando en su corazón todos los pormenores.

Bastaba acercarse a ella y saludarla, besándole respetuosamente la mano, para sentirse envuelto por su serenidad. La mirada aterciopelada y penetrante de esta dama era para él un reflejo de la pureza de Dios. Décadas después de su fallecimiento, Mons. João recordaba con añoranza el bienestar y la alegría que experimentaba en esa mirada, pues era bondadosa, llena de misericordia y dispuesta a perdonarlo todo.

Sin embargo, al constatar que muchas personas preferían quedarse fuera de su influencia, rechazando así la bienquerencia que rebosaba de su corazón, su mirada se veía envuelta en una hermosa y noble bruma de melancolía: el desencanto por un afecto no correspondido. Este sufrimiento había acrisolado su alma, engrandeciéndola y configurándola plenamente con la Bondad crucificada.

Los recuerdos de esta convivencia celestial no se componen de grandes hazañas ni de lances heroicos. Por el contrario, en las afables relaciones familiares, tomando el té en compañía de Dña. Lucilia, conversando sobre episodios de la infancia del Dr. Plinio, al regalarle una simple rosa u observándola discretamente mientras rezaba el rosario, Mons. João contempló, como en un espejo, las grandezas de un Dios hecho perdón y sintió el calor del Corazón «materno» de Jesús.

Una bondad seria, respetuosa, afectuosa, humilde y suave era la clave con la que se relacionaba con los demás.

Sin saber cómo ni cuándo, Mons. João percibió que entre ambos se dio un fenómeno supremamente místico, mediante el cual parte del modo de ser de Dña. Lucilia, de su espíritu, de su mentalidad y de su bienquerencia pasaban a él, con miras, quizás, a extender esas relaciones a otras almas.



Monseñor João en la década de 1960

Reproducción



Una madre para los siglos futuros

Así pues, no tardó en discernir con tino profético la misión de esa singular madre en el porvenir. Intuyó que tenía un papel providencial, a la manera de una «innovación» propiciada por Dios para atender las apetencias y necesidades de hombres cada vez más huérfanos de bondad. Un tesoro divino, mezcla de novedad y tradición, de un alma encargada de realizar de un modo particular, preciso y minúsculo el bien que la Santísima Virgen obra universalmente a favor de las almas.

En este sentido, Dña. Lucilia era como la última semilla de la Edad Media que, al caer en la tierra, hizo que naciera algo nuevo para la cristiandad, abriendo, como intercesora, las puertas de una dadivosidad inaudita, capaz de «arruinar» los depósitos de la gracia divina, si éstos no fueran infinitos. Iluminó con los rayos de esa misma civilización cristiana, de la que era heredera, un mundo decadente, donde la bienquerencia había sido sustituida por la vulgaridad, el afecto por el interés, la caridad por un filantropismo ateo.

Meditando sobre las razones de esa manera de actuar de la Providencia, a Mons. João le pareció que, debido a la corrupción y los desvaríos de la sociedad revolucionaria, era necesario que Dios se mostrara más próximo a un mundo que había destruido la imagen de Jesús y de su Madre Santísima, dándole, en Dña. Lucilia, la oportunidad de recordar sus verdaderas fisionomías.

De tal madre, tal hijo

De hecho, era un espejo de ciertas perfecciones divinas, cuyo primer beneficiario había sido su propio hijo, el Dr. Plinio. Admirando de cerca las sólidas virtudes de este varón, Mons. João comprobó cómo era sustentado en la virtud por la presencia de su madre. Doña Lucilia fue el parámetro, la senda, la «tabla de la ley» que lo amparó en su vida espiritual y, siendo llamada por la Providencia a defenderlo, era normal que en la base de la fidelidad del Dr. Plinio estuvieran sus oraciones.

Reproducción



Doña Lucilia en torno al año 1960

En varias ocasiones, el Dr. Plinio reveló al respecto que había entendido la santidad al contemplar a su madre. Impresionante comentario proveniente de alguien que poseía un profundo discernimiento de los espíritus y que, por tanto, mirando a Dña. Lucilia contemplaba, por un don místico, su alma. La juzgaba entonces tan elevada que le servía de patrón para su propia santificación.

En suma, en la raíz de su perseverancia e, indirectamente, de toda la obra que realizaría por la Iglesia, estaban el ejemplo y el sacrificio de esta dama.

Y Mons. João sentía que también era su madre. Se convirtió en el mayor tesoro de su vida que jamás habría soñado.

Este tesoro... en la eternidad

Ahora bien, el fallecimiento de Dña. Lucilia lo cogió totalmente por sorpresa. Ella era de tal forma «su tesoro» que, pensaba, nunca se separarían...

El bienestar que la rodeaba, incluso en los momentos de mayor aflicción o enfermedad, hacía que pareciera inmune al sufrimiento y daba la impresión de que viviría eternamente... Por eso, mientras velaba su cuerpo, se preguntaba perplejo: «¿Acaso esta luz nos va a abandonar?».

Desde la perspectiva de los años, comprobamos que tantos recuerdos, tantas sonrisas y tantos estímulos les fueron da-

dos a Mons. João para que, guardados en su corazón, nos iluminaran en el futuro. Para él, Dña. Lucilia no se había marchado, mas estaría siempre a su lado, pues la unión de almas entre ellos era profunda. De alguna manera se había hecho «eterna», ya que, desde aquel 21 de abril de 1968, se había convertido en como que su «ángel de la guarda».

A partir de entonces, su presencia —no ya física— se manifestaba por un diálogo constante, marcado por imponentes y por un contacto enteramente místico, cuya iniciativa partía del Cielo. Doña Lucilia se hacía sentir de un modo aún más intenso que si estuviera viva, acompañándolo en cada paso, retirándole los obstáculos de su camino, arreglando situaciones y amparan-

Era un alma encargada de realizar de un modo preciso, particular y minúsculo el bien que la Santísima Virgen obra universalmente a favor de las almas



Tras la muerte de Dña. Lucilia, Mons. João se convirtió en apóstol de sus virtudes, permitiéndole a ella abrazar a una multitud de hijos que recurren a su intercesión



Archivo Revista

Visita de Mons. João y algunos heraldos a la tumba de Dña. Lucilia en el cementerio de la Consolación, en 2008

do constantemente a la gran familia espiritual que él difundía por el mundo.

Madre de una multitud de hijos

Y aquí la epopeya de Mons. João adquiere un colorido inesperado. Podía considerarse el afortunado hombre de la parábola, porque había encontrado un tesoro escondido a los ojos del mundo..., pero sentía vivamente que no debía ser el único en disfrutar de esta preciosidad.

Así pues, tras la muerte de Dña. Lucilia, se convirtió en un verdadero apóstol de sus virtudes, difundiendo la devoción a ella entre los jóvenes miembros de la TFP y sus familias, animándolos en las vías de la santidad mediante su ejemplo y obteniendo, por su intercesión, numerosos beneficios. Le revelaba a todos este sublime tesoro, permitiéndole a Dña. Lucilia —que en vida no había podido acoger a tantos hijos bajo su chal materno— abrazar a miles y miles de ellos, presentándolos en sus brazos a la Divina Misericordia.

Ante la tumba de Dña. Lucilia crecía el número de personas que invocaban su intercesión, una señal de haber recibido favores o de esperar alcanzarlos. Y al igual que en la vida, siempre se manifestó solícita en atender a cualquiera que le pidiera su auxilio, casi ansiosa por ayudar al necesitado incluso antes de que éste completara la formulación de su petición.

Monseñor João observó en estas intervenciones que una de las gracias más características de la suave y discreta acción de Dña. Lucilia sobre

las almas era un efecto pacificador sobre el temperamento, una serenidad que equilibraba e infundía la certeza de encontrar en ella un amparo seguro, en medio de las incertidumbres y tempestades del mar embravecido del mundo moderno.

Y enseguida también comprobaría que sería sustento y refugio en los días tormentosos que se avecinaban.

Fiel sustentáculo, ardoroso hijo

Con el fallecimiento del Dr. Plinio en 1995, Mons. João veía el comienzo de un nuevo capítulo en su vida, en el que necesitaría el amparo más cercano e intenso de Dña. Lucilia. Durante cuarenta años había colaborado con su hijo y en muchas situaciones su auxilio se había hecho notar; estaba seguro de que tal solicitud no faltaría. ¡Y así fue, pues se multiplicó! Hubo rupturas, dramas e incertidumbres, decisiones drásticas que tomar, pasos audaces que dar, en fin, mil dificultades que, sin la asistencia sobrenatural de su protectora, no habría superado.

En numerosas ocasiones, Mons. João declaró que no tenía dudas del papel asumido por Dña. Lucilia en la inesperada recuperación de varias enfermedades que padeció, en las inexplicables soluciones a casos complicadísimos y en la perseverancia de los cuantiosos jóvenes, consagrados e incluso sacerdotes que él, con sus oraciones, reunía bajo el chal lila de esa maternal señora. Estas intervenciones se revelaban discretas, suaves y eficaces, como lo habían sido sus acciones en la tierra.



Sin embargo, como en los comienzos de la cristiandad, tampoco faltaron los Herodes, Judas y Nerón, que intentaron a toda costa hacer desaparecer esta luz. Afrontando dolorosas oposiciones internas, equívocos, falsas acusaciones y un sinfín de persecuciones, Mons. João fue el fiel abanderado de la legítima devoción a Dña. Lucilia —anclada en las más firmes y ortodoxas tradiciones de la Iglesia—, no sólo con su ejemplo, sino sobre todo con sus obras.

Ya en vida del Dr. Plinio, el amor filial le había llevado a recopilar los hechos de la vida de Dña. Lucilia y a escribir una biografía ilustrada,³ a propagar su espiritualidad por los cuatro rincones de la tierra, a divulgar los milagros obtenidos por su intercesión y a ofrecerle nuevos hijos espirituales, eslabonando una auténtica cadena de devotos: almas que, unidas a ella, están más cerca del Sagrado Corazón de Jesús.

Una luz para el porvenir

Sólo muchos años después Mons. João comprendió que hasta su relación con la Santa Iglesia estaba, de un modo absolutamente sobrenatural, inserta en esta cadena de amor «luciliano», que penetraba en sus actos y le hacía distribuir con larguezas dídicas espirituales a la multitud de hijos que Dios le había concedido. Con la unción sacerdotal, esas dídicas adquirieron nueva fuerza y un matiz de bondad difícil de concebir otro igual, preludio, quizás, de un régimen de gracias

sin precedentes para la humanidad. La acción de Dña. Lucilia se perpetuaba así, contribuyendo de manera muy especial a vivificar el corazón del Cuerpo Místico de Cristo.

En este sentido, y a la luz de las promesas de Fátima, podemos develar un poco más los misterios que cubren la singular relación entre ellos, pues para Mons. João la acción de Dña. Lucilia se intensificará especialmente en la hora de los grandes castigos anunciados en Cova da Iria: se hará sentir místicamente, obteniendo del Sagrado Corazón de Jesús la curación, el perdón y la restauración para las almas que se abran a su influencia.

Monseñor João fue el hijo fiel que, infatigablemente, preparó los cimientos para que la promesa de triunfo del Inmaculado Corazón de María se realice cuanto antes, haciendo que ese reino nazca, en primer lugar, en los corazones de los devotos de Dña. Lucilia. ♦

*La acción de
Dña. Lucilia
se perpetuó en
el ministerio de
Mons. João,
contribuyendo
a vivificar el
corazón de la
Santa Iglesia*

¹ Lucilia Corrêa de Oliveira nació el 22 de abril de 1876 en la ciudad de Pirassununga, Brasil. Tuvo un papel muy importante en la formación del Dr. Plinio, por lo que es considerada por sus discípulos como una madre espiritual.

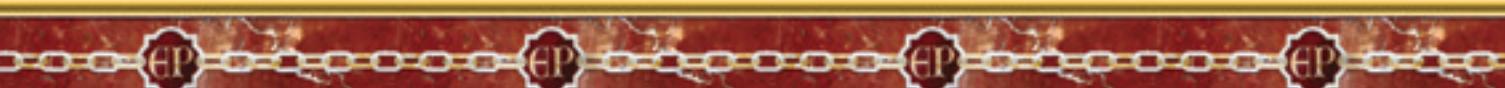
² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2008, t. I, p. 527.

³ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013.

Chal usado por Dña. Lucilia durante los últimos años de su vida, y conservado por Mons. João



João Paulo Rodrigues



Monseñor Joáo en la plaza de San Pedro (Vaticano),
con motivo de la aprobación pontificia de los
Heraldos del Evangelio en 2001



RECORRIENDO EL CAMINO DE LOS EMBAJADORES DE DIOS

Además de iniciador de una institución, el fundador es un indiscutible modelo de conducta, un atento maestro y una «piedra de escándalo», dispuesta a contrariar los desvíos y errores de su época. ¿De qué manera se aplican estos gloriosos epítetos a Mons. João?



✉ **P. Antonio Guerra de Oliveira Júnior, EP**



n el prólogo de su evangelio, el Apóstol virgen se refiere por primera vez al mayor de los varones nacidos de mujer en estos términos: «Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan» (1, 6).

El evangelista utiliza el verbo *enviar*, cuyo significado original en griego posee un matiz importante: compartiendo la raíz con el sustantivo *apóstol*, el término designa a un embajador, un enviado con representación oficial.¹ Por lo tanto, desde ese prisma, Juan el Bautista también es apóstol.²

Entonces cabe una pregunta: ¿no será que en cada época histórica la Divina Providencia envía, por su parte, otros tantos «apóstoles» con potestad para enseñar, guiar y, sobre todo, servir de ejemplo a la sociedad?

La respuesta es, sin duda alguna, afirmativa. Dios siempre ha suscitado en la Iglesia representantes tuyos, para el cumplimiento de altísimos designios. Aun con una vocación distinta a la de los Apóstoles de los primeros tiempos, son realmente embajadores divinos, cuales nuevos precursores que van delante del Señor para prepararle un pueblo bien dispuesto (cf. Lc 1, 17). Por lo tanto, cuando entramos en contacto con la historia de los santos fundadores de órdenes e institutos religiosos, somos llevados a divisar en esos hombres y mujeres providenciales una misión de tal porte.

Bajo la medida de la contrariedad

Además de iniciador de una institución, el fundador es un indiscutible modelo de conducta, un atento maestro y un guía inerrante en lo que atañe a su misión propia, llamado a transmitir la respuesta adecuada a los desafíos y urgencias de los tiempos y de las circunstancias históricas siempre diversas.³

Por otra parte, suele aparecer como «piedra de escándalo», dispuesto a contrariar las desviaciones y los errores de su época. «Por eso —afirma Chesterton—, la paradoja de la historia es que cada generación sea convertida por el santo que más la contradice».⁴

En efecto, a los fundadores se les da a conocer algo de los misteriosos designios de aquel cuyas decisiones son insondables, e irrastreables sus caminos (cf. Rom 11,33). A sus seguidores le corresponde el papel de la fidelidad, incluso en medio de incomprensiones y ante actitudes inusitadas.

En el Israel de los tiempos de Cristo, ¿qué habría más contrario a la regla general de comportamiento que la aparición de un enigmático asceta vestido con piel de camello, alimentándose de saltamontes y miel silvestre, y predicando: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos» (Mt 3, 2)? O en la Asís de una Edad Media que desgraciadamente empezaba a tomar el camino del mundanismo y del disfrute de la vida, ¿qué podría ser más insólito que la figura de un fraile de porte angelical vestido con pobres andrajos, predicando la pobreza

Los fundadores son enviados por Dios para ser no sólo iniciadores de una obra, sino también embajadores «a medida» para cada etapa histórica

y la humildad más extremas? Los ejemplos se multiplican.

Pues bien, se diría que Dios se complace en forjar embajadores «a medida» para cada etapa histórica... y su «medida» es la contrariedad.

A muchos títulos, fundador

Siguiendo la regla enunciada antes, no podemos considerar a Mons. João Scognamiglio Clá Dias en cuanto fundador tan sólo por el hecho de haber sido mentor y organizador de asociaciones y sociedades pontificias. Esto sería simplificar enormemente el alcance de su actuación.

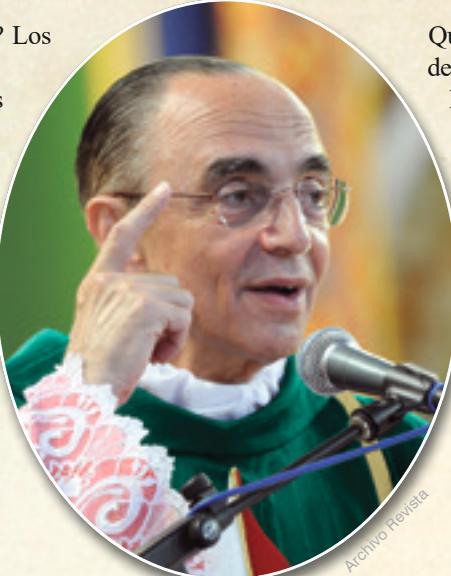
Si los fundadores ostentan, con mucha razón, el título de *embajadores de Dios*, ¿cómo se ajusta este glorioso epíteto a la insigne figura que ahora, filialmente, recordamos?

Quienes conocieron a Mons. João de cerca son testigos de su carácter, fuertemente opuesto al espíritu neopagano del mundo moderno y a sus máximas, sobre todo al creciente relativismo que pregonaba un *modus vivendi* entre el bien y el mal.

Términos como *intransigencia, radicalidad, integridad* —bien entendidos— formaban parte de su vocabulario corriente y le resultaban extremadamente familiares, para alegría de los que lo seguían y disgusto de sus adversarios que, a pesar de innumerables tentativas, nunca lograron encontrar ninguna falta de verdad en sus palabras o actitudes. En efecto, «hombre sincero camina seguro, hombre retorcido queda al descubierto» (Prov 10, 9). Así, nuestro fundador se asemejaba a Nuestro Señor Jesucristo también en ese aspecto: amando a los pecadores y deseando su conversión, no dejó nunca de odiar y rechazar el mal.

En hostilidad con el mundo, el joven João se define

Esa incompatibilidad de Mons. João con el espíritu del mundo tuvo su origen, como vimos en un artículo anterior, en los remotos tiempos de su infancia.



Quizá con vistas a la realización de su altísima vocación es por lo que la Divina Providencia quiso presentarle ya en tierna edad la dimensión de la maldad y del orgullo humanos, como él mismo comentó en varias ocasiones. Había dos caminos ante aquel muchacho: resignarse o inconformarse.

La hostilidad del ambiente que lo rodeaba, cada vez más opuesto a las enseñanzas católicas, el desprecio por la virtud angélica de la pureza, las variadas formas de egoísmo y crueldad de sus coetáneos más cercanos, todo esto ayudó a que una resolución se forjara en su alma:

«¡Ante el mal, no me rendiré!». El resultado es que del niño surgió un león.

Tímido de pequeño, João se convirtió en un joven valiente y de fuerte temperamento. «¡Cuando se despierta por la mañana, no sabemos si va a desayunar o a empezar una revolución!», declararía su madre en cierta ocasión.

Si todavía no existía una institución que congregara almas generosas y desinteresadas, ¡había que fundarla! Y, de hecho, el joven João habría llevado a cabo este emprendimiento si no se hubiera encontrado con otro embajador de Dios que, hacia décadas, compartía sus santas inconformidades, pese a que no se conocían.

Dos fundadores, un solo carisma

En la historia de las instituciones religiosas es común encontrar, junto al fundador, la figura de uno o varios discípulos fieles. A veces, hay un alma incumbida de adaptar el espíritu de la fundación a una rama femenina, o viceversa, como ocurre con San Francisco y Santa Clara de Asís. Sin embargo, en el caso de lo que podría llamarse, en sentido lato, la familia de almas de los heraldos, los hechos se produjeron de una manera muy peculiar.

Hoy, veintinueve años después de la partida hacia la eternidad de Plínio Corrêa de Oliveira, podemos afirmar sin titubeo que Mons. João ha sido otro fundador, en la integridad del término, junto a quien consideraba «como verdadero padre y fundador».⁵ La Santísima Virgen conocía muy

Considerar a Mons. João como fundador sólo por haber sido mentor y organizador de asociaciones y sociedades pontificias sería simplificar enormemente el alcance de su actuación



bien las dificultades que atravesaba el Dr. Plinio y consintió en obsequiarlo con un discípulo fidelísimo, cual nuevo Josué junto a Moisés, o nuevo Eliseo junto a Elías.

De hecho, las incomprensiones se multiplicaban en torno a la figura del Dr. Plinio. Muchos de sus discípulos más antiguos, desprovistos de cualquier consonancia con él, tenían los ojos puestos en su propio egoísmo y se dejaban atrapar por las más diversas formas de mundanismo, a veces reclamando vacuas posiciones de relieve dentro del pequeño grupo que se iba formando.

El Dr. Plinio se hallaba en una situación bastante delicada. Trataba por todos los medios de mantener en el camino del bien incluso a los discípulos más «complicados»; sin embargo, percibía que avanzar en dirección de las grandes metas que tenía en mente significaría granjearse la antipatía de varios de ellos... Por otro lado, sabía que Mons. João, al andar por las sendas de la fidelidad a su maestro, tomaba el rumbo hacia la misma incomprensión, pero también consideraba todo lo que su discípulo podría hacer por el movimiento, al actuar en ámbitos en los que él mismo, por la fuerza de las circunstancias, no tendría la oportunidad de realizarlo.

En las décadas posteriores al encuentro con el Dr. Plinio, Mons. João se revelaría como un auténtico fundador de pequeñas instituciones y de las más variadas costumbres, siempre en la más estricta y, por así decirlo, escrupulosa consonancia con su padre espiritual, que aprobaba de todo corazón sus osadas y, a menudo, brillantes iniciativas.

«João de las buenas sorpresas!», he aquí el epíteto con el que el Dr. Plinio premiaría en muchas circunstancias a su valiente «Eliseo».

Desfiles militares... é para religiosos?

Como veremos detalladamente en uno de los próximos artículos, tanto el Dr. Plinio como Mons. João eran entusiastas de la marcialidad y buscaban imprimir notas de orden y disciplina en una juventud tan carente de estos atributos, cada vez más ausentes en la sociedad. Al Dr. Plinio le competía estimular en sus hijos espirituales, a través de reuniones, charlas y su propia presencia, el deseo de ser valientes soldados de María. Al fiel discípulo le correspondía el papel de plasmar, con movimientos acompasados y otras costumbres marciales, el entusiasmo de su padre por la vida militar.

Así, en 1973 surgió, bajo la égida de Mons. João, un estilo de marcha propio, «caracterizado por su

ritmo tranquilo y pausado, pero cuya ejecución exigía una extraordinaria disciplina».⁶ Años más tarde, al presenciar una ceremonia en la que sus discípulos marchaban según la nueva escuela «joánica», el Dr. Plinio comentó: «Si tuviera que trasladar mi espíritu y mi mentalidad a un paso de marcha, el resultado sería exactamente este».⁷

Se había fundado con extraordinario éxito un estilo de marcha que, a lo largo de décadas, impresionaría y entusiasmaría a muchas generaciones hasta nuestros días.



Leandro Soárez



Arquivo Revista



Sergio Miyazaki

Siempre en estricta consonancia con su padre espiritual, Mons. João se revelaría un auténtico fundador de pequeñas instituciones y de las más variadas costumbres

De arriba abajo: cortejo en una ceremonia del primer sábado en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil); desfile en la casa Monte Carmelo, Caeiras (Brasil); Mons. João rigiendo el coro internacional en 2010, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

Artista formado en la escuela del amor divino

El mismo ímpetu condujo a Mons. João a formar un coro polifónico y una orquesta, que realizarían giras por América y Europa durante años. En una de estas ocasiones fue cuando recibió un elogio singular: un gran maestro de la ciudad de Palestrina (Italia) afirmó que jamás había escuchado en su vida un *Sicut cervus*, obra inmortal de su ilustre conciudadano, tan bien ejecutado.

A partir de este núcleo inicial se organizarían decenas de coros y bandas de música bajo una misma escuela de disciplina e interpretación, alcanzando una amplitud pastoral impresionante. En los lugares más humildes o en medio de los esplendores de catedrales, basílicas y palacios de gobierno, los coros de Mons. João beneficiaron a miles de personas de los más diversos sectores sociales. Esta escena se volvía corriente: fieles con lágrimas en los ojos, expresaban efusivamente su gratitud por la oportunidad de escuchar tan sublimes melodías. A través de estas iniciativas apostólicas, la Providencia divina nunca perdió la oportunidad de actuar en las almas, elevándolas al Cielo.

Cabe mencionar también otro don artístico de nuestro fundador, que le permitió impulsar y orientar la construcción y decoración de varias basílicas e iglesias en todo el mundo, en un estilo tradicional pero innovador, recogido pero deslumbrante, utilizado por

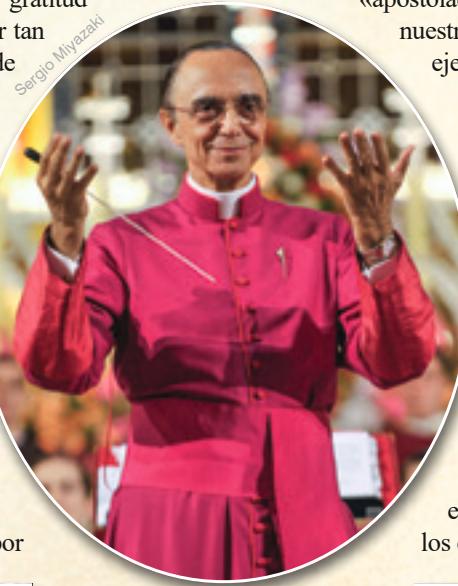
el Padre celestial para distribuir innumerables gracias y obrar conversiones. «Quiero que la gente que entre aquí recupere el estado de gracia», dijo Mons. João durante la construcción de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil).

Finalmente, recordemos su suprema maestría sirviéndose del «arte de las artes»: la dirección de las almas, oficio que, como padre espiritual, amigo y confesor, desempeñó de una manera insuperable.

Una vez, orientando a uno de sus hijos espirituales sobre cómo realizar el apostolado con las nuevas generaciones, Mons. João observó cómo éstas se sentían atraídas por la bondad, por encima de cualquier otro factor. Afectados por problemas familiares cada día más frecuentes y profundos, los jóvenes manifestaban mayor carencia de afecto. Por lo tanto, era necesario que los formadores se ganaran su confianza mediante un verdadero «apostolado de la bondad», del que nuestro fundador dio un luminoso ejemplo a lo largo de su vida.

La alegría juvenil de Mons. João se manifestaba de un modo muy especial cuando, desde la ventana de su residencia, les arrojaba chocolatinas y caramelos varios a sus hijos que aguardaban el paternal «bombardeo». Muchos de los que por aquella época eran adolescentes conservan hasta hoy inocentes recuerdos de esos episodios, recordándolos con gratitud.

Dotado de dones artísticos y musicales, Mons. João dominaba sobre todo el arte de las artes: la dirección de las almas, ejercida como padre espiritual, amigo y confesor



Fotos: Archivo Revista

De izquierda a derecha: Mons. João con miembros de la rama masculina de los Heraldos del Evangelio en el Museo del Ipiranga, en 2001; con miembros de la rama femenina en la casa Lumen Cœli, Mairiporã (Brasil); y en una ceremonia de admisión de nuevos cooperadores en 2005. Arriba, durante una actuación del coro internacional en 2010



Leandro Souza

Santa misa celebrada por Mons. João en la casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil)

En otras ocasiones, servía de su propia merienda a los pequeños, que se apiñaban alrededor de su mesa para escucharlo y estar cerca de él. Entonces, se podía contemplar en aquel varón grandioso las atenciones de un padre, el cariño de una madre y el afecto de un amigo. Y eso por no mencionar las horas dedicadas a consejos privados, conversaciones espirituales, confesiones...

Es por ello por lo que Mons. João logró ganarse la confianza y el afecto de todos, desde los más jóvenes hasta los mayores. Demostró que la seriedad y la práctica de la virtud están en perfecta armonía con la alegría y la bondad, y que la verdadera autoridad es merecedora de la estima más sincera.

Un futuro glorioso se vislumbra en el horizonte

Al concluir estas líneas, el lector seguramente concordará con la afirmación hecha al principio del artículo de que la erección de institutos y asociaciones es únicamente un aspecto de la gracia fundacional manifestada en Mons. João. En realidad, constituyen tan sólo un desdoblamiento de las maravillas contenidas en su alma.

Así pues, la Asociación de Fieles Heraldos del Evangelio, la Sociedad Clerical Virgo Flos Carmeli, la Sociedad Femenina Regina Virginum, el Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista, el Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino, el Instituto Filosófico-Teológico Santa Escolástica y otras muchas realidades jurídicas en los más diversos ámbitos son algunas de las flores de una obra que, cual árbol frondoso, está plantada junto a las aguas de la Santa Iglesia, a su servicio (cf. Sal 1, 3).

Pero este árbol, creemos y constatamos, es fecundísimo. Sus flores, a pesar de hermosas y perfumadas, son un mero anuncio de los incontables frutos que vendrán, al precio de la fidelidad del fundador de los heraldos, en un futuro glorioso que no se cansará de contemplar, agradecido, el tesoro que brotó de un corazón apasionado por Jesús y María, que no quiso otra cosa a lo largo de su vida que la realización de la súplica repetida hace dos mil años por la Iglesia: «Venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo». ♦

La obra fundada por Mons. João es como un árbol fecundo y frondoso que fue plantado junto a las aguas de la Santa Iglesia; sus frutos son mero anuncio de maravillas aún mayores que vendrán en el futuro

¹ Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática. Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, pp. 211; 621-622.

² Cf. SAN JERÓNIMO. «Homilía sobre el evangelista Juan (1,1-14)». In: *Obras completas*. 2.^a ed.

Madrid: BAC, 2012, t. I, p. 949.

³ Cf. SAN JUAN PABLO II. *Mensaje a los participantes en el Congreso Mundial de los Movimientos Eclesiásticos*, n.^o 4.

⁴ CHESTERTON, Gilbert Keith. *São Tomás de Aquino*. Porto: Civilização, 2009, p. 16.

⁵ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *A gênese e o desenvolvimento do movimento dos Arautos do Evangelho e seu reconhecimento canônico*. Tese doctoral en Derecho Canónico. Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino. Roma, 2010, pp. 23-24.

⁶ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plínio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. IV, p. 416.

⁷ *Idem, ibidem*.



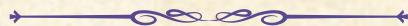
Timothy Ring



Monseñor Joáo en julio de 2016



Stephen Nami



«¡Es UN PADRE Y UNA MADRE!»

Quien sólo conoció a Mons. João en su faceta pública, tal vez no tenga idea de la riqueza de su personalidad, que se desdoblaba en atenciones y afecto para con sus hijos espirituales.



❖ **Hna. Mariana Morazzani Arráiz, EP**



ra sábado por la mañana. Nada más bajar a desayunar y encontrarse con uno de los veteranos de la obra del Dr. Plinio en España, Mons. João le preguntó:

—¿Don Fulano de Tal ha llegado de viaje?

—No. Anoche fuimos a recogerlo al aeropuerto, pero no venía en el vuelo previsto. Ha tenido que haber algún problema en el embarque.

—¡Nada de eso! ¡Ha sido secuestrado!

Esta afirmación, seguida de una fuerte impresión, parecía exagerada a primera vista y, sobre todo, sin justificación racional. Se hicieron muchas conjeturas acerca del paradero de aquel joven, que no había regresado de un viaje común y corriente. Monseñor João, que lo conocía muy bien, pues lo tenía bajo su autoridad y formación hacía casi una década, se mantenía en su súbita coronada y pensaba cómo rescatarlo de esa comprometida situación en la que sentía que se hallaba. Asumido por la preocupación, llegaba a «verlo» vestido de blanco en una construcción de piedra —con claustro y un muro alto, de difícil acceso—, pero contento por la asistencia y la protección de la Santísima Virgen.

En poco tiempo se confirmó esa increíble hipótesis. Monseñor João hizo todo lo posible para, conforme a la ley, liberarlo de tal aprieto y, después de veintiún días, lo recibió de vuelta con una gran fiesta en una de las casas del Grupo. Rebosante de gratitud, el joven le contó al Dr. Plinio por teléfono el apoyo inestimable y el celo paternal del que había sido objeto por parte de Mons. João en aquellas dramáticas circuns-

tancias. «Sabes que soy muy observador, y veo en la vida de todos los días que su actitud con vosotros es precisamente esto: él es un padre y una madre», concluyó el Dr. Plinio.

Había sido definida la actuación de Mons. João junto a los suyos.

La perfecta paternidad

¿Cómo definir paternidad? En el orden natural, los padres son aquellos que transmiten la vida según su naturaleza específica y como ellos mismos la poseen, con sus capacidades, defectos y temperamento. Incluso después del nacimiento existe una continuidad en esa transmisión, manifestada en el celo de los progenitores por la educación de la prole. El verdadero amor paterno y materno supera cualquier obstáculo, practica cualquier heroísmo, consigue hasta lo imposible para sus hijos, con una total abnegación.

El amor materno, en particular, se caracteriza por «su desinterés completo, su entera gratuitad, su ilimitada capacidad para perdonar. La madre ama a su hijo cuando es bueno. Sin embargo, no lo ama sólo por ser bueno. También lo ama cuando es malo. Lo ama simplemente porque es su hijo, carne de su carne y sangre de su sangre. Lo ama generosamente, e incluso sin retribución alguna. Lo ama en la cuna, cuando no tiene la capacidad de merecer el amor que se le da. Lo ama a lo largo de su existencia, aunque se eleve al fastigio de la felicidad o de la gloria, o ruede por los abismos del infiernito e incluso del crimen. Es su hijo y está todo dicho».¹

El Altísimo puso ese instinto natural en su obra y se complacé en contemplarlo como un re-

El verdadero amor paterno y materno supera cualquier obstáculo, práctica cualquier heroísmo, consigue hasta lo imposible para sus hijos, con una total abnegación

Transmitir la vida sobrenatural confiere una paternidad mucho más profunda y entrañable que la paternidad humana

flejo de sí mismo. De hecho, la perfección de la paternidad se encuentra primero en Dios y luego se comunica por participación a los demás seres: «La paternidad de las criaturas es como un nombre o timbre de voz; pero la paternidad divina, por la que el Padre da su naturaleza al Hijo, sin rastro de impureza, ¡ésa es verdadera paternidad!».² Por eso exclama el Apóstol: «Doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el Cielo y en la tierra» (Ef 3, 14-15).

La paternidad divina es tan intensa y perfecta que reúne en sí tanto el aspecto paterno como el materno, cuya complementariedad forma la plenitud del amor. Las Escrituras a veces se refieren al Padre con expresiones que, entre las criaturas, corresponderían más a las madres, como cuando se afirma que el Verbo permanece en el seno del Padre o que Dios dio a luz a las criaturas y cuida de ellas mediante su providencia.³

Ahora bien, si para con la creación en general el Señor conserva ese vínculo de amor por haberla sacado de la nada, comunicándole algo de lo que es suyo, ¡cuánto mayor no será el vínculo que lo une a los seres racionales, a quienes les concede el don de gracia, una participación en su vida íntima!

Y aquí entramos en un punto importante de nuestras consideraciones.

Paternidad espiritual

Si transmitir la naturaleza humana es algo extraordinario, muy superior es transmitir la vida divina, cuya participación vale más que el resto del universo creado. En efecto, Dios quiso imprimir un reflejo de su suprema paternidad no sólo en la generación natural, sino también en la espiritual.

Transmitir vida sobrenatural confiere una paternidad mucho más profunda y entrañable que la paternidad humana. Por eso San Pablo en sus cartas a los miembros de las Iglesias locales los trata «como a hijos» (1 Cor 4, 14; 2 Cor 6, 13) o de «hijos míos» (Gál 4, 19), pues por el Evangelio los había engendrado para Cristo (cf. 1 Cor 4, 15).

A lo largo de la historia de la Iglesia esa paternidad sobrenatural se manifestó muy claramente en la relación entre los fundadores de institutos religiosos y sus discípulos. Al preguntarse por la naturaleza de tal vínculo —que cuando es intenso vuelve a los hijos espirituales semejantes a su padre incluso en los más mínimos aspectos—, el P. Juberías, eminent teólogo de la vida consagrada, lo expresa de esta manera:

«No se podría pensar en un influjo de carácter íntimo, directo, constante [de parte del fundador], que fuera como el *desdoblamiento o prolongación de su propia vida sobrenatural*, de los dones de gracia con que Dios le enriqueció a él mismo? Es lo que en términos de escuela podría llamarse una causalidad de tipo formal, aunque subordinada, claro está, a la causalidad divina y a la de Cristo, nuestro Señor, como cabeza de la Iglesia. [...] A ellos [los fundadores] les comunica Cristo una relativa plenitud de gracia y de carismas, en orden a enriquecer a sus hijos a lo largo de los siglos. *Ejercen este influjo ya mientras vivan en la tierra y lo continúan, sobre todo, una vez que reinan junto a Cristo en la gloria*.»⁴

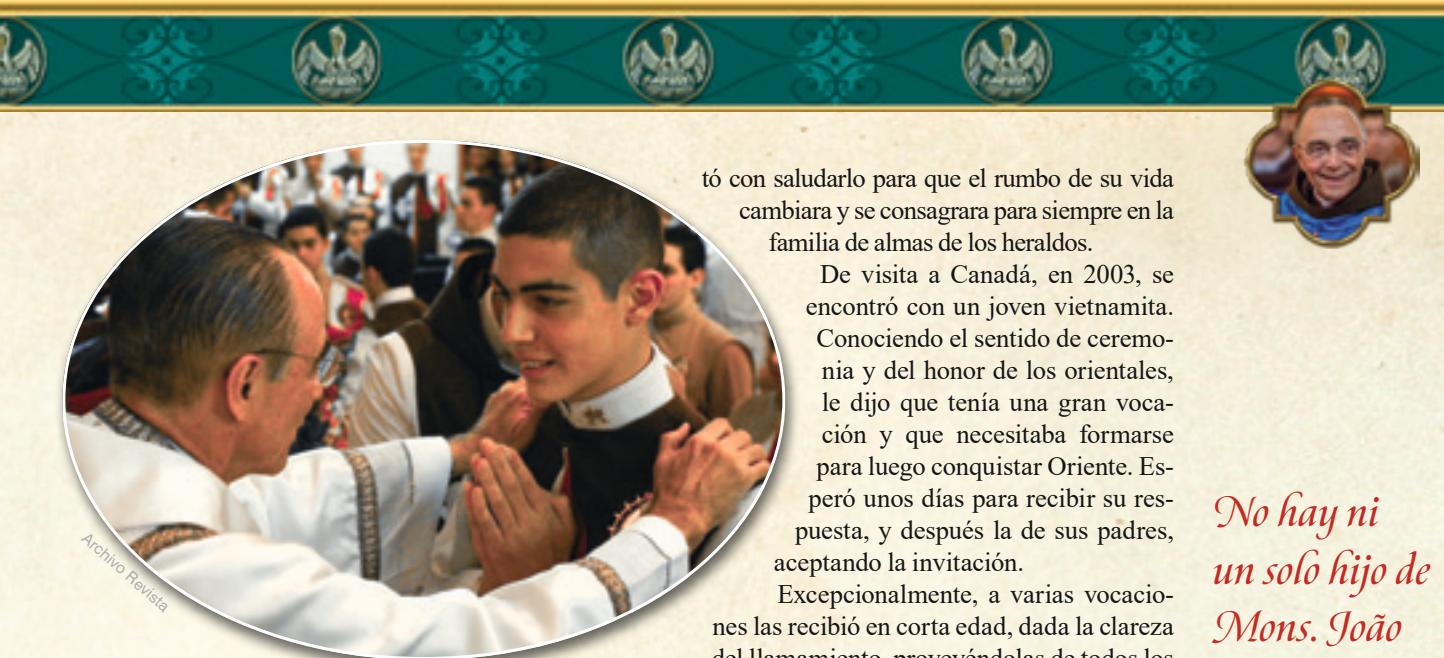
Llegados a este punto de nuestro artículo, cabe preguntarse cómo sucedió esto a lo largo de la vida de Mons. João.

Ser hijo de Mons. João

La gran capacidad de atraer y liderar que Mons. João poseía se había manifestado desde su infancia. No obstante, sus actividades apostólicas se desarrollaron con mayor intensidad a partir de 1975, como hemos visto en un artículo anterior, y paulatinamente se convirtió en un segundo padre para los jóvenes que se acercaban a la obra del Dr. Plinio, padre de los que vendrían en el futuro y, quizás, padre de una era histórica.

Por su influencia, esa generación y las que se sucedieron —debilitadas de mente y de nervios como consecuencia de la profunda desintegración de la sociedad verificada en nuestros días—





Archivo Revista

Monseñor João imponiendo el hábito a un heraldo en julio de 2006. Abajo, escenas de convivencia con sus hijos espirituales en diferentes años

llegaron a amar los altos ideales señalados por el Dr. Plinio, a seguirlo con fervor y a organizarse en casas de vida comunitaria enteramente volcadas en la búsqueda de la santidad.

Desde entonces no ha habido ni un solo hijo de Mons. João que no pudiera dar testimonio de su paternidad continua y santificador, pero también de su real paternidad al engendrar, confirmar y formar a cada uno para su vocación.

Muchos recibieron el llamamiento directamente de sus labios, llegando él mismo a hablar con la familia, eliminar todo obstáculo, remediar cualquier dificultad. Una mirada cargada de afecto, seguida a veces de una afirmación llena de unción, como: «La Virgen te ha dado una gran vocación!», era suficiente para que las personas de las más diversas razas, orígenes y edades lo dejaran todo y se entregaran a él como hijos.

Una joven chilena al final de su carrera universitaria asistió a una conferencia de Mons. João en 1998 en la capital de su país; había ido un poco a reañadientes y más en consideración a su hermano, que la había invitado. Al terminar la charla, le bas-

tó con saludarlo para que el rumbo de su vida cambiara y se consagrara para siempre en la familia de almas de los heraldos.

De visita a Canadá, en 2003, se encontró con un joven vietnamita. Conociendo el sentido de ceremonia y del honor de los orientales, le dijo que tenía una gran vocación y que necesitaba formarse para luego conquistar Oriente. Esperó unos días para recibir su respuesta, y después la de sus padres, aceptando la invitación.

Excepcionalmente, a varias vocaciones las recibió en corta edad, dada la claridad del llamamiento, proveyéndolas de todos los detalles de su educación y rebajándose literalmente para darles de comer (cf. Os 11, 4), según la expresión del Señor por los labios del profeta.

Los hechos a narrar serían innumerables, pues todo heraldo del Evangelio de cierta edad tiene un testimonio inequívoco que transmitir al respecto.

Celo paternal

Su celo paternal no se limitaba a la aurora de la vocación de sus hijos, sino que se extendía a cada instante hasta la hora de la muerte y se prolongaba más allá de ésta.

Una vez, visitando una casa dedicada al apostolado con los más jóvenes, preguntó: «¿Dónde está Fulano?». Le respondieron que, lamentablemente, no había perseverado en la vocación y había tomado otro rumbo. «No sé cómo ustedes lo resisten... Para mí, cada uno que se marcha es un trauma», contestó afligido por la incertidumbre del destino de esa alma en un mundo inundado de pecado.

En este sentido, antes de verse afectado por la enfermedad que limitaría su comunicación, cuidaba personalmente de la vida espiritual de muchos, y aún después, a pesar de las dificultades inherentes a su estado, nunca dejaba de preocu-

*No hay ni
un solo hijo de
Mons. João
que no pueda
dar testimonio
de su real
paternidad
al engendrar,
confirmar y
formar a cada
uno para su
vocación*



parse y hacer todo lo que estaba a su alcance por cada alma confiada a él, respondiendo siempre a cualquier petición de consejo. Por eso, al comentarle lo rebosantemente afectuoso que era con los suyos, decía: «¡Me gusta ser padre!».

Con verdadero instinto paternal, percibía de entre una multitud la ausencia de tal o cual hijo, o bien notaba que otro estaba presente, pero huía de su mirada porque no estaba bien espiritualmente.

Superando cualquier realidad natural, Mons. João llegó a escuchar, numerosas veces, a sus hijos a distancia. Como cuando una hermana que estaba en misión en un país lejano trataba de mantener la cercanía con él «conversando» diariamente con una fotografía suya. En determinada ocasión, él les preguntó a quienes lo acompañaban: «¿Cómo está la que conversa conmigo todos

los días?». Nadie lo entendió, excepto cuando más tarde le refirieron el hecho a la interesada, quien quedó muy sorprendida porque no le había contado a nadie que había adoptado esa costumbre.

Dar con generosidad

Es propio de un padre darse y mostrar su cariño, incluso en lo material. Estando a la mesa, la primera preocupación de Mons. João era la de ver a los demás bien servidos y pasares siempre lo mejor. En un cumpleaños, cuando intentaron convencerlo de que no se tomara la molestia de servir él mismo la tarta a los presentes, respondió: «¡Soy padre! ¡Soy padre!».

Una gran diversión para él y para sus hijos, como ya vimos, era el lanzamiento de chocolates y otras golosinas por la ventana de su despacho, costumbre que perduró incluso después de sufrir el ictus, como medio de brindarles a todos una alegre convivencia, aunque esto le exigiera permanecer de pie mucho tiempo. Disfrutando al ver felices a sus hijos, exclamó un día al cerrar la ventana después de una animada sesión: «¡Cómo los aprecio a todos!».

Su generosidad lo impulsaba no sólo a querer dar, sino a darse. Una noche de 1979, pasó por la sacristía del Éremo de São Bento⁵ y vio que dos estadounidenses recién llegados dormían directamente en el suelo de ese lugar, pues no había camas libres en la hospedería. Apenado por la situación, enseguida les cedió su celda a ambos, quedándose él mismo sin cama.

Aun encontrándose enfermo, su desvelo se manifestaba de manera heroica. En una ocasión que estuvo hospitalizado en una semi-UCI, sufriendo bastante, al percatarse de que en el lado de fuera estaban algunos de sus hijos por si hubiera alguna eventualidad, los llamó en mitad de la noche, preocupado de que pudieran necesitar algo, y les ofreció los alimentos que había en la habitación.

En el cumpleaños de una de sus hijas espirituales que había perdido a su progenitor brutalmente asesinado, Mons. João se llenó de compasión y se propuso prepararle un hermoso agasajo. Con todo cariño, la llamó y le entregó el regalo diciéndole: «¡Obsequio de padre!».

El perdón paterno

Ahora bien, si le agradaba dar, mucho más le gustaba perdonar. De hecho, en ciertos casos el prefijo *per* indica el grado más alto de algo, por eso *perdonar* significa un «súper dar».

Si Mons. João tenía verdaderos arrobos de satisfacción al demostrar su afecto paternal por sus hijos, mayor gozo llenaba su corazón al poder derramar sobre ellos su perdón

Fotos: João Paulo Rodrigues



Monseñor João lanzando chocolates desde la ventana de su despacho, en mayo de 2015





Es difícil describir el gozo que Mons. João sentía al ejercer esa prerrogativa paterna, que llegaba hasta la esencia de su alma y de su misión con una profundidad propiamente mística. Numerosas veces declaró que la posibilidad de perdonar en el sacramento de la Penitencia era lo que, en particular, lo había movido al sacerdocio.

Ya antes de ser ordenado, buscaba sin escatimar esfuerzos a las ovejas que se descarriaban, viajando si necesario fuera a otro país para encontrarse con ellas. Cuando las traía de vuelta, no dudaba en demostrar públicamente su satisfacción. Debido a esa sensibilidad, siempre afirmó que la parábola del hijo pródigo era la que más le conmovía de los evangelios, llegando a emocionarse al comentarla.

Una vez, analizando la actitud de una hija suya que había aceptado bien una corrección, reconocido su falta y pedido perdón, le dijo: «¡Me derrito cuando alguien pide perdón!».

Con sus hijos más débiles, su actitud era continuamente la que describe el Dr. Plinio en una reunión, con respecto a él mismo:

«En relación con cada miembro del Grupo debo ser padre, pero especialmente debo serlo en relación con aquellos que lo dejaron todo para seguir el llamamiento de Nuestra Señora. Para éstos debo ser padre y madre, y más que eso si lo hubiera. En las limitaciones de mis medios, debo personificar toda la ternura, toda la bondad, todo el cariño, toda la misericordia de Nuestra Señora, una misericordia infatigable, que perdona siempre, que no se cansa con nada, que quiere siempre, que ama siempre. Esto es lo que deseo hacer con cada uno de ustedes.

»Cuando piensen en mí, piensen que estoy como un padre al lado de cada uno, tratando de animar, tratando de confortar, aunque no estén andando bien. Porque recomfortar a alguien cuando anda bien no significa mucho. Lo bueno es cuando no anda bien y uno trata de estimularlo, apoyarlo, ampararlo. En esto consiste mi papel. Si ustedes lo han dado todo para seguir a Nuestra Señora, yo



Monseñor João en junio de 2018

debo darlo todo para seguirles a ustedes e ir tras los pasos de cada uno. Así debo ser y así deseo serlo».⁶

A los hijos les compete restituir

El amor de Mons. João por sus hijos se intensificó a lo largo del durísimo vía crucis que recorrió en los últimos años de su vida y, sin duda, se sublimó cuando atravesó el umbral de la eternidad. ¡Cuántas veces afirmó que quería a cada uno como si fuera hijo único!

Ahora bien, si es propio de un padre dar, les compete a los hijos restituir y confiar en ese amor que desciende abundantísimo y entero sobre cada uno.

Él nos engendró en la fe, nos formó, nos comunicó su vida sobrenatural y dio su sangre por nosotros. Por deber de gratitud, nunca dejaremos de reconocer que todo nos viene de él y de proclamar en todo el mundo la grandeza del padre súper excelente que la Providencia nos concedió. ♦

Daniel Letellier

Él nos engendró en la fe y dio su sangre por nosotros; por eso, nunca dejaremos de reconocer que todo nos viene de él y de proclamar en todo el mundo la grandeza del padre que la Providencia nos concedió

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Tradição, família, propriedade». In: *Folha de São Paulo*. Año XLVIII. N.º 14.430 (18 dic, 1968); p. 4.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Epistolam ad Ephesios lectura*, c. III, lect. 4.

³ Cf. EMERY, Gilles. *La teología trinitaria de Santo Tomás de Aquino*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2008, pp. 225-226.

⁴ JUBERÍAS, CMF, Francisco. «La paternidad de los fundadores». In:

Vida Religiosa. Madrid. Vol. XXXII (ene-dic, 1972); pp. 322; 325.

⁵ El término *éremo* designaba internamente algunas casas en la obra del Dr. Plinio donde se llevaba vida comunitaria dedicada a la oración, al ce-

remonial, al estudio y a la contemplación. A los que residían allí se les llamaba *ermitas*.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Reunión. São Paulo, 4/1/1972.



Monseñor João en el 2004

Archivo Revista





«¡ERES DE LA ESTIRPE DE LOS HÉROES Y DE LOS SANTOS!»

«Caballeros que aquí me oís, escuchad los gemidos de Sion». La expresión es sobremanera esclarecedora: en cada período histórico, Sion —es decir, la Santa Iglesia— gime a la espera de héroes que la defiendan. Y la vida de Mons. João consistió en responder a tal súplica.



✉ P. Luiz Francisco Beccari, EP



reguntas... La vida está llena de ellas. En el caso de los heraldos, por ejemplo, algunas se repiten con tal asiduidad que el indagado es capaz de adivinarlas en labios de su interlocutor antes incluso de que hayan sido formuladas. Sin duda, casi todos los miembros de esa institución se habrán topado muchas veces con la siguiente interrogación: «¿Por qué usáis esa ropa?».

Más que comprensible. Al fin y al cabo, en pleno siglo XXI, encontrar a hombres y mujeres, la mayoría jóvenes, hablándose entre sí con un lenguaje distinguido, involucrado por un timbre de voz sin trabas, y caminando con la cabeza erguida y con paso decidido en cualquier lugar, incluso en el presbiterio, puede suscitar cierta estupefacción. Y en gran parte de los casos, tales actitudes generan un juicio muy rápido y definido, ya sea de admiración o de rechazo.

Se diría que la suma de todas esas impresiones se condensa en el hábito que visten, una prenda en la que conviven dos realidades tan discrepantes —en apariencia— que cuando se juntan parece que friccionan hasta soltar chispas: el escapulario con una gran cruz, la cadena de esclavitud a la Virgen, un hermoso rosario y... ¡¿botas?! Se trata de una unión entre lo religioso y lo militar, ideada por Mons. João, que lejos de producir un retramiento de la opinión pública respecto de la Iglesia en cuanto supuesta-

mente «intolerante», «rígida» o «sectaria» —como refunfuñan sin clemencia los fundamentalistas del diálogo y de la «misericordia»—, en la mayoría de las ocasiones encanta, deslumbra, conmueve e incluso llega a arrastrar hacia la santidad.

Todo esto, nuevamente, plantea preguntas que merecen respuestas. Preguntas, preguntas...

Marcialidad y fe: ¿una paradoja?

En realidad, la explicación del fenómeno resulta muy sencilla, por mucho que pueda chocarles a ciertas mentalidades: detrás de ese estilo de vida reluce uno de los aspectos más bellos del espíritu de Nuestro Señor Jesucristo.

De hecho, ¿no lo afirma el Salvador en los evangelios: «No he venido a sembrar paz, sino espada» (Mt 10, 34)? Y, como canta la sagrada liturgia, ¿no libró Él un duelo admirable con la muerte, que se perpetúa en la historia y culminará en su triunfo definitivo al final de los tiempos (cf. Ap 17, 14)?

El espíritu guerrero no se opone en modo alguno a la religión. Por la fe, declara la Carta a los hebreos, hubo hombres que «fueron valientes en la guerra, y rechazaron ejércitos extranjeros» (11, 33-34). En efecto, la fe implica un combate que todo católico debe afrontar para conquistar la vida eterna (cf. 1 Tim 6, 12). «¿No es acaso militancia la vida del hombre sobre la tierra?» (Job 7, 1).

No obstante, ¿cómo se desarrolla esa lucha en nuestros días?

La unión entre lo religioso y lo militar ideada por Mons. João encanta y deslumbra, arrastrando a las almas hacia la santidad

El combate de la fe hoy

«Caballeros que aquí me oís, escuchad únicamente los gemidos de Sion», gritaba el Beato Papa Urbano II hace mil años, cuando Jerusalén se hallaba bajo el dominio de personas mortalmente hostiles al cristianismo y necesitaba ayuda. La expresión parece sobremanera esclarecedora: en cada período histórico, Sion —es decir, la Santa Iglesia Católica— gime a la espera de héroes que la defiendan. La lucha del cristiano se cifra en responder a dicha solicitud.

Hoy, quizás más que nunca, los estertores de la Esposa Mística de Cristo se prolongan con angustia lacerante. ¡Pobre amenaza representan las hordas de bárbaros, comparadas con las interminables filas de enemigos externos y traidores internos!

Contra el triunfo de las tinieblas no hay otro antídoto sino hombres que se revelan «luz del mundo». Ahora bien, toda luminosidad digna de ese nombre resulta de una única combustión: abrasarse por la causa de la religión.

Elogio de un príncipe de la Iglesia

Se tiene la impresión de que el cardenal Franc Rodé, CM, nutría pensamientos de ese tipo cuando, en 2009, fue a Brasil para conferirle al fundador de los heraldos la medalla *Pro Ecclesia et Pontifice*. Ya conocía de cerca a la institución desde hacía dos años y, en el momento de entregar la condecoración, el entonces prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica pronunció unas palabras, empezando por recordar una frase de San Bernardo de Claraval: «Corrió por todo el mundo la noticia de que no ha mucho nació uno nuevo género de milicia».¹

El purpurado continuó su alocución mencionando una «nueva caballería», nacida del «noble corazón» de Mons. João y dotada de un «nuevo ideal de santidad y heroico compromiso con la Iglesia», en el que no podía dejar de ver un acto de la Divina Providencia en vista de las necesidades del mundo actual.

Estaba todo dicho: en la raíz de aquel movimiento se hallaba la fidelidad de un varón que supo decir sí al soplo del Espíritu y se hizo guerrero por amor al Reino de los Cielos, a pesar de todos los sufrimientos inherentes a tal condición.

Un año de tormentos

En los albores de 1958 comenzaba el servicio de la recién creada 7.^a Compañía de Guardias, en

el cuartel Parque Dom Pedro, de São Paulo. El reloj marcaba las siete de la mañana.

Mientras los oficiales analizaban las filas de jóvenes fornidos, vestidos con el clásico uniforme de faena —camisa y pantalón de brin, gorra de visera, botas de combate—, es muy posible que la atención de alguno de ellos, dotado de mayor acuidad psicológica, se sintiera atraída por un joven de mediana estatura, delgado, físicamente corriente, pero cuya mirada y actitud revelaban la lucidez de espíritu y la firmeza de carácter propias de los idealistas.

Pese a la gran promesa que esto significaba en una carrera militar, lo cierto es que el soldado 113 no deseaba estar allí. Junto a esos atributos —o más bien, flotando por encima de ellos en una zona inaccesible al horizonte de aquellos oficiales— existían otros. João Scognamiglio Clá Dias —ése era su nombre de civil— pertenecía a la naciente obra del Prof. Plínio Corrêa de Oliveira y, cultivando una intensa vida de piedad, ya meditaba con frecuencia, rezaba el rosario y comulgaba todos los días. Desde que se encontró con su maestro espiritual por primera vez, se había entregado para siempre a una vocación de carácter nítidamente religioso.

Además, el ambiente del cuartel era propenso a causar no pocos inconvenientes. Condiciones promiscuas, sumadas a las conversaciones groseras de muchos reclutas y otras ocasiones de tentación, lo obligaban a sacrificios y peripecias para conservarse intacto en la fe y en la práctica de la castidad.

Como resultado, sus compañeros lo perseguían, a tal punto que pasaba noches enteras en vela, preocupado por lo que pudiera pasar. Llegó incluso a pedir entre lágrimas que la Santísima Virgen se llevara su alma, pues le parecía no tener fuerzas para aguantar esa situación, que él mismo calificó como «un año de tormentos».

Detrás de la prueba, un designio

Sabemos, no obstante, que todo sufrimiento aceptado con generosidad acaba convirtiéndose en una oportunidad de progreso. Si «Dios escribe recto en renglones torcidos», el soldado Clá Dias supo transformar esas líneas torcidas en una amplia avenida hacia la santidad..., ¡hacia una forma inédita de santidad!

Al darse cuenta de que estaba destinado a quedar allí durante un año entero, tomó la deliberación de esforzarse por aprender lo mejor posible las atribuciones de un militar, porque se serviría de ellas para el apostolado. Poco a poco, las nue-

En la raíz de los Heraldos del Evangelio se hallaba la fidelidad de un varón, que supo decir sí al soplo del Espíritu y se hizo guerrero por amor al Reino de los Cielos



Monseñor João durante el servicio militar, en 1958

vas impresiones le revelaron a aquella joven alma una filosofía de vida.

En primer lugar, refugió ante sus ojos la disciplina. Bastaba que un soldado apareciera con un botón de menos en su camisa o fuera visto en la calle después de las diez de la noche para que inmediatamente lo mandaran al calabozo...

Los reclutas aprendían, igualmente, a afrontar todo tipo de situaciones adversas, sometiendo el cuerpo a las exigencias del deber. Realizaban ejercicios y trabajos pesados, entre ellos caminatas de hasta treinta horas, con mochila, botas de combate y fusil. La exención de las actividades por males-
tar físico estaba regulada por el termómetro: si la fiebre no pasaba de los 37 °C, el soldado aún debía permanecer con el conjunto... y sólo cuando alcanzaba los 37,5 grados podía retirarse.

Sin duda, se trataba de un régimen rígido, propio a formar hombres fuertes —quizá incluso demasiado duros cuando se tiene la vocación de ser padre de una familia espiritual. Afortunadamente, en el caso de Mons. João esa firmeza reposó sobre la dulzura de los amigos de Nuestro Señor Jesucristo.

Católico en cuanto militar, militar en cuanto católico

El soldado Clá Dias, no lo olvidemos, era católico de comunión diaria. Décadas después del ser-

vicio militar, aún recordaría el esfuerzo invertido para conseguir la autorización de sus oficiales a fin de acercarse a la mesa eucarística en las ocasiones en las que le tocaba pernoctar en el cuartel, y la pintoresca escena del joven soldado siendo llevado en un todoterreno del Ejército hasta la catedral de la Sé y entrando allí de uniforme, pistola del 45 y porra, para recibir el Santísimo Sacramento. Una vez hizo un lance similar a fin de obtener el permiso para realizar un retiro espiritual de unos días.

Finalmente, dejando de lado los inconvenientes mencionados más arriba, la vida en el cuartel terminó arrebatándole: le encantaba el fusil de bayoneta calada, la marcha, las órdenes de mando, la disciplina. Sobre todo, le maravillaba constatar cómo los principios derivados de la sabiduría marcial podían constituir un instrumento de santificación para sí y para los demás.

El día que recibió la dispensa del servicio obligatorio, habiendo sido ya ascendido a cabo y condecorado con la medalla Mariscal Hermes, el comandante del cuartel, Iván de Andrade, lo llevó aparte para hablar. El exsoldado vestía chaqueta y corbata, y portaba el distintivo de congregado mariano en la solapa. Mientras andaban, el oficial señaló la pequeña insignia y dijo: «Ahora entiendo de dónde viene todo su valor!».

Luego le ofreció el ingreso en la Academia Militar de Agulhas Negras, augurándole al joven una brillante carrera en las Fuerzas Armadas. João se había adaptado tan bien a aquella vida que la propuesta le representó una verdadera tentación. Afortunadamente, su veneración por la Iglesia y por el Dr. Plínio ya lo habían enrolado en otra guerra más elevada...

Lo providencial del servicio militar

El Grupo del Dr. Plínio aún no presentaba el aspecto marcial que en breve lo caracterizaría. De modo que cuando Mons. João pasaba por delante del cuartel sus ojos lagrimeaban de nostalgia por aquella vida de combatividad.

Esta prueba duró aproximadamente cinco años, hasta el momento en que entró en contacto con las anotaciones de una reunión hecha por el Dr. Plínio, en la que discurría acerca de su deseo de constituir su obra como una verdadera orden de caballería, con las adaptaciones propias a los tiempos. Mucho más que una predicción, para el joven caballero aquellas palabras eran una promesa.

A partir de entonces comenzó el largo proceso que esculpiría la obra según ese molde. Se pro-



*«Dios
escribe recto
en renglones
torcidos»:
durante
el servicio
militar, el
soldado Clá
Dias supo
transformar
esas líneas
torcidas en
una amplia
avenida hacia
una forma
inédita de
santidad*



De izquierda a derecha: ceremonial en el Éremo de São Bento, en la década de 1980; el Dr. Plínio asiste a un desfile en 1984; desfile en 1992

Mons. João transfirió a la obra del Dr. Plínio la experiencia militar que había adquirido en el ejército, a fin de constituir la orden de caballería tan soñada por su padre y fundador

movieron simposios que pasarían a la historia del Grupo bajo el nombre de «Itaqueras», en referencia al barrio de São Paulo donde estaba situada la casa en la que se realizaban. La disciplina que allí regía los horarios y las actividades de los jóvenes comportaba ya algo de militar, inspirada en el ejemplo de los Marines² y en las experiencias adquiridas por Mons. João durante el período de servicio en la 7.^a Compañía de Guardias.

«Las «Itaqueras» empezaban con una reunión en la que se explicaba la importancia de la disponibilidad, la prontitud, el desapego de sí mismo y del egoísmo, y la necesidad de prepararse para los acontecimientos que el futuro traería. Luego, además de clases de catecismo, la secuencia del programa incluía debates doctrinarios y adiestramientos intelectuales o físicos, muchas veces en momentos inopinados, en los cuales se insistía especialmente en la incondicionalidad. [...] Esta virtud era presentada como la cumbre del espíritu militar y la característica esencial del perfecto esclavo de María, que debería estar dispuesto a todo, en cualquier momento, sin imponer condiciones a su dedicación y obediencia».³

Según el Dr. Plínio, las «Itaqueras» constituyeron una felicísima prolongación de su sistema cotidiano de instruir: «Tenía el valor de la seriedad, en el reconocimiento de la insuficiencia del hombre y, por tanto, de la necesidad de un método. Y esto ocurre también en la formación de la voluntad: es la resolución de adquirir reflejos, de volverse flexible, rápido, decidido, de «desembobarse» y de ser capaz de sacrificios de toda especie».⁴

Instituciones con acentuada nota caballeresca

De ahí en adelante aparecería dentro del movimiento una serie de símbolos e instituciones con

acentuada nota caballeresca. Surgiría la capa roja, el paso de marcha, con su carácter firme y elegante, el hábito...

En particular, cabe señalar la fundación del Éremo de São Bento, en el que debería florecer un carácter espiritual, una escuela de pensamiento y una mentalidad propias, capaces de formar al esclavo de María, guerrero y monje, al apóstol de los últimos tiempos de los que habla San Luis Grignion de Montfort. Este pequeño puñado sería la matriz de algo que esparciría el buen olor de Nuestro Señor Jesucristo por toda la faz de la tierra.

Tras el fallecimiento de su maestro y guía, Mons. João logró hazañas aún mayores: la creación de un ejército de doncellas y un batallón de sacerdotes, enriqueciendo la admirable simbiosis entre caballería y religión, a través de la cual ambas brillan inseparables, ya sea en el esplendor de las ceremonias, ya sea en el calor de los púlpitos, o incluso en la reservada lealtad de los confesionarios.

En resumen, podemos aplicar a Mons. João algunas palabras del Dr. Plínio sobre su obra, pues fue a través de él que ésta se convirtió en «una versión en términos contemporáneos del espíritu del caballero cristiano de antaño: en el idealismo, ardor; en el trato, cortesía; en la acción, dedicación sin límites; en presencia del adversario, circunspección; en la lucha, altanería y coraje; y, por el coraje, ¡victoria!».

La caballería, una maravilla por completar

¿Solamente eso? ¿No hablaba el cardenal Rodé, en el discurso mencionado antes, de una caballería nueva? ¿Qué hay de verdaderamente inédito en la obra de Mons. João para convertirla no en una reedición de instituciones del pasado, sino en algo que apunta al futuro?



«No es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2, 18). Este versículo del primer libro de la Revelación expresa una regla de la «arquitectura» divina en el universo: Dios quiso que algunas de las realidades más sublimes sólo alcanzaran su plenitud unidas a otras.

Así, al analizar la historia de la caballería, se tiene la impresión de estar ante una ojiva que aún espera recibir su piedra angular. Eminentas epopeyas como las de San Luis Rey, Balduino IV de Jerusalén o Santa Juana de Arco emergen aquí y allá como clarinadas prenunciadoras en una melodía en compás de espera, que se alza en el deseo de besar el Cielo.

Por otro lado, los innumerables episodios de apariciones angélicas en las guerras, desde el misterioso «general del ejército del Señor» (Jos 5, 14) visto por Josué en vísperas de la invasión de Jericó, o el jinete de blanco blandiendo armas de oro colocado al frente de los Macabeos (cf. 2 Mac 11, 8), hasta las cargas celestiales narradas en las crónicas medievales, sugieren que hay una reciprocidad, una especie de afán de lo alto de unirse a la caballería de los hombres.

Uno de los primeros símbolos de la Orden de los Templarios —dos caballeros que comparten la misma montura— parece ser la expresión heráldica de ese anhelo del universo de una unión

que sólo se realizará en plenitud al final de los tiempos, cuando Jesucristo, Caballero divino de espada entre los labios, descienda de los Cielos acompañado por aquellos que el Apocalipsis denomina, sin distinción entre ángeles y hombres, los «ejércitos celestes» (19, 14).

Sí, en la milicia de los seguidores del León de Judá, criaturas angélicas y humanas comparten idéntico escenario de batalla, cierran filas a una misma carga, en definitiva, tienen en común las armas, el combate y la gloria.

Cómo no ver la coincidencia entre esta realidad y el deseo de Mons. João por sacrificar en estándares militares, hasta el mínimo detalle, el apostolado y la vida de los Heraldos del Evangelio. No escondamos la lámpara debajo del cedemín: se trata de una táctica de combate espiritual. Y, gracias a ella, se configuraron los inicios de una auténtica caballería angelical.

¿Qué más decir? ¿Con qué condecoración debemos galardonar a este caballero que hizo de su vida entera una epopeya en pro de la fe? El cardenal Franc Rodé, cuyas palabras recordamos una vez más, parece haber encontrado una fórmula feliz: «Gracias, monseñor, por su noble compromiso, gracias por su santa audacia, gracias por su amor apasionado por la Iglesia, gracias por el espléndido ejemplo de su vida. ¡Eres de la estirpe de los héroes y de los santos!». ♦

*En la milicia
del León de
Judá, ángeles
y hombres
comparten
idéntico
escenario de
batalla y
cierran filas
a una misma
carga, tienen
en común
las armas,
el combate
y la gloria*

¹ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «De laude novae militiae», n.º 1. In: *Obras completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1993, t. I, p. 496.

² United States Marine Corps es una rama de las

Fuerzas Armadas estadounidenses que actúa como estructura anfibia en operaciones navales. A finales de la década de 1960, cayó en las manos de Mons. João una revista que traía un re-

portaje acerca de esa tropa de élite, que le sirvió de inspiración para las «Itaqueras».

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio*

Corrêa de Oliveira. Cità del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. IV, p. 364.

⁴ *Idem*, p. 365.

Desfile en la casa de formación Thabor, Caeiras (Brasil), en agosto de 2014



Monseñor João en 2003



«SED IMITADORES MÍOS

COMO YO LO SOY DE CRISTO»

Monseñor João dedicó su vida a formar las piedras vivas con las que la Santísima Virgen construirá su Reino. Hacia cualquier campo del obrar humano adonde mire un heraldo, encontrará los pasos de su fundador, su palabra, su ejemplo, su sangre.



✉ **Hna. Mary Teresa MacIsaac, EP**



i pudiéramos entrevistar a los Apóstoles y preguntarles qué les movió a dejarlo todo para seguir a Nuestro Señor Jesucristo, seguro que las respuestas serían muy diversas. Para uno habría sido la mirada bondadosa y penetrante del Maestro; para otro, el imperio que expresaba su voz diciendo simplemente: «Sígueme» (Jn 1, 43; Lc 5, 27); para un tercero, como Natanael, su discernimiento manifiestamente divino declarando: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1, 48); para otro más, una actitud enérgica al reprender a los fariseos.

A partir de lo que nos contaran, muy probablemente concluiríamos que el primer y principal factor de atracción en Jesús no era su doctrina, sino su ejemplo vivo, sus gestos, sus disposiciones, todo lo que constituía su carácter.

En efecto, es una felicidad inmensa encontrar un modelo a seguir, una persona por la que dejarse guiar, ¡un maestro! Todo hombre está en constante búsqueda de arquetipos, pues el instinto de imitación forma parte de la psicología humana, como afirma Mons. Luis Civardi: «El ejemplo hace sensible la verdad, la cual, en cierto modo, se encarna en la persona y en los hechos».¹

Esta felicidad, Mons. João la tuvo cuando conoció al Dr. Plinio, como hemos visto en artículos precedentes, y de ella hizo partícipes a sus propios discípulos e hijos espirituales. Por medio de estas líneas, deseamos ahora sacar a luz otra face-

ta de quien es la raíz de todo lo que hoy constituye el carisma, la mentalidad y las costumbres de los Heraldos del Evangelio: cómo supo convertir en hechos el ideal contemplado en el Dr. Plinio, y plasmar su sabiduría en personas, en estilos de vida, en realidades tangibles.

Desde joven, insaciable sed de hacer el bien

Al igual que San Juan Bosco, Mons. João se sintió llamado desde siempre a guiar a los jóvenes por el camino de la virtud y de la moral. Vimos cómo ya en su más tierna infancia experimentó abundantemente de qué maldades es capaz el ser humano, perdiendo así toda ilusión con el mundo, y lo mucho que deseaba formar un grupo de muchachos que buscaran revertir la decadencia de nuestra sociedad.

Tras su primer encuentro con el Dr. Plinio, se lanzó de cuerpo y alma al servicio de la causa católica en las filas del movimiento que éste fundó, y no mucho después se mudó a una de las casas de la entidad, situada en la calle Aureliano Coutinho, de São Paulo. Un miembro del Grupo que residió allí en ese período recuerda: «Desde el comienzo Mons. João ya poseía la misma bondad que constatamos más tarde; quería ayudar a todos, deseaba el bien de todos. En aquellos primeros tiempos teníamos que preparar el periódico *Catolicismo* para enviarlo por correo a los suscriptores, y Mons. João participaba en este trabajo, siempre alegre, cantando mientras doblábamos los periódicos. Era el alma de la sede² de la [calle] Aureliano».

*Mons. João
supo convertir
en hechos
el ideal
contemplado
en el
Dr. Plinio,
y plasmar su
sabiduría en
personas, en
estilos de vida,
en realidades
tangibles*

El verdadero maestro es aquel que se revela como ejemplo vivo de lo que enseña; sabe ser pastor y oveja, sin exigirles nunca a los demás lo que antes no se ha exigido a sí mismo

Fotos: Archivo Revista



Monseñor João impartiendo reuniones de formación a diversos grupos a lo largo de los años

Su amor por la Iglesia Católica y su piedad eran tan vivos que parecían «contagiar» a los demás, como declaró otro de sus coetáneos: «Una mañana, cuando fui a la catedral de la Sé, de São Paulo, para comulgar, al llegar a la puerta de la capilla del Santísimo oí que el acólito ya había tocado la campanilla y había iniciado el *Confiteor*. Era éste tan profundo, tan contrito, tan claro que me emocioné. Inmediatamente me dirigí a la mesa de la comunión: era el Sr. João Clá el que estaba acolitando a D. Silvio de Moraes Matos, por entonces párroco de la catedral. Estoy tan agradecido por esa experiencia que no he dejado de rezar al menos un *Confiteor* cuando entro allí, en recuerdo de aquella ocasión».

Varios otros que lo conocieron en aquella época son unánimes al describir la pureza y vivacidad de su fisonomía, su decisión e ímpetu en la acción, y la concordia y comunicatividad que siempre mostraba al interactuar con el Dr. Plinio. Todas estas cualidades, manifestadas con tanta sencillez por un novato, brillaban como una antorcha, que poco a poco incidió los corazones de los demás y cambió la cara del Grupo.

Enseñando con el ejemplo

Así pues, al Dr. Plinio se le abrían las puertas para la tan deseada institucionalización de su obra. Ardientemente había esperado que sus seguidores se entusiasmaran con el carácter militante del católico y abrazaran una vida reglada. Poco éxito había obtenido antes de la llegada de Mons. João. De hecho, sólo a partir de las «Itaqueras» que él había organizado es cuando ese anhelo del fundador comenzó a echar raíces, como hemos visto en el artículo anterior.

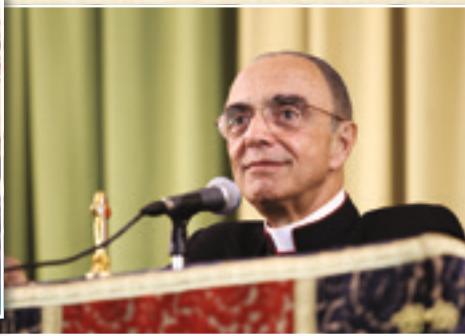
En el año de 1969, el Dr. Plinio le pidió a Mons. João que se mudara al Éremo de São Bento, antiguo monasterio benedictino adquirido recientemente por la TFP. Esperaba darle un nuevo

impulso a esta institución, constituyendo un núcleo que viviera bajo un régimen casi monacal, regido por un *ordo consuetudinis* —orden o regla de costumbres—, acrecentado por la disciplina de las «Itaqueras».

En los primeros años del *éremo* hubo grandes equívocos por parte de sus miembros en relación con el ideal que el Dr. Plinio deseaba realizar allí: unos pocos anhelaban únicamente una reedición —mal concebida— de la Orden de Cluny; peor aún, muchos no querían abandonar su propia rutina y abrazar la que había sido establecida. La experiencia no tardó en desvanecerse. Monseñor João recordaba muchas ocasiones en las que él, solo, cantaba el oficio parvo de Nuestra Señora en la capilla y hacía los cortejos del ceremonial de la casa, mientras tales actos eran abandonados con negligencia por la mayoría de los que deberían ser, en todo, sus hermanos.

Finalmente, tras arduos esfuerzos y muchos años de lucha, logró formar un grupo de *eremitas* fervorosos, estableciendo el *éremo* sobre bases sólidas tal y como había sido el deseo inicial de su padre espiritual. En 1988, encontrándose en São Bento, el Dr. Plinio exclamó: «¡Durante cuántos años hemos procurado realizar lo que aquí está presente! ¡Luchamos en todos los sentidos, sin que fuera posible conseguir lo que veo aquí con enorme gusto! Y ustedes saben muy bien hasta qué punto João ha sido mi instrumento bendito para la realización de todo esto».³

He aquí al verdadero maestro: aquel que se revela como ejemplo vivo de lo que enseña. Sabe ser pastor y oveja, maestro y discípulo, dando y recibiendo continuamente, porque —nos lo enseñó Mons. João— para ser un buen formador, lo más importante es, primero, formarse, y no exigirles nunca a los demás lo que antes no se ha exigido a sí mismo.



En las fotos de arriba, exposiciones realizadas desde los años 1980 hasta 2009

¿Cómo formar a las nuevas generaciones?

Con el paso de los años, Mons. João comprendió que no podía corregir a los jóvenes que ingresaban en la obra del Dr. Plinio con el mismo rigor que antiguamente. Los novatos no lo miraban ya como un igual, sino que, por la diferencia de edad, experiencia y fidelidad, lo consideraban con el respeto y la admiración debidos a un «hermano mayor».

Al ver cómo las nuevas generaciones carecían de una educación sólida, incluso en los ámbitos cultural, moral y religioso, decidió desarrollar un intenso programa de formación. Enseñó a los llamados *enjolras*⁴ a organizar su propia rutina, dando siempre prioridad a lo más importante —la vida interior—, y luego a lo más urgente, es decir, las obligaciones cotidianas.

El método de formación empleado, extraído de su padre y fundador, destacaba por las conversaciones o breves reuniones en las que relataba algún episodio que le había sucedido al Dr. Plinio, y del que sacaba una lección para la vida de sus oyentes. Transmitía los hechos con tanta admiración y entusiasmo que un joven *eremita* afirmó recientemente: «Hasta hoy vivo del recuerdo de aquellas reuniones. Su amor por el Dr. Plinio era tal que nos arrebataba».

Monseñor João percibió cómo los *enjolras* tenían el alma muy abierta a las gracias que el Dr. Plinio denominaba *flashes*.⁵ Cual velas de barco al capricho del viento, se dejaban elevar, sin poner obstáculos, por la maravilla que les causaban las verdades sobrenaturales presentadas de manera fulgurante. Sin embargo, advirtió un riesgo en esta actitud: la superficialidad. Entonces, a medida que los jóvenes ascendían llevados por las «alas» de la gracia sensible, trataba de «construir» bajo sus pies un «andamio» con los principios de la doctrina católica. Así pues, cuando llegara el período de aridez y de prueba, no caerían desde la altura a la que habían sido alzados.

Para ello, a lo largo de la década de 1980 y principios de los 90, les fue transmitiendo metódicamente los más importantes asuntos teológicos, espirituales e históricos, constituyendo de esa forma, con robustez, las bases del Curso Santo Tomás de Aquino. En este sentido, además del sólido e ídito armazón doctrinario recibido de su padre y fundador, le fue de enorme auxilio la profundización teológica lograda en los frecuentes contactos con lumbreras de la escuela tomista del siglo xx, como los sacerdotes dominicos Victorino Rodríguez y Rodríguez, Antonio Royo Marín, Fernando Castaño, Esteban Gómez, Arturo Alonso Lobo, Raimundo Spiazzi y Armando Bandera.

«Estos muchachos son más felices que yo»

Monseñor João era un formador completo, que exigía perfección en todos los actos y demandaba siempre disciplina, pero sabía compensar la rigidez con elementos de distensión, con un equilibrio propio a quien sigue al divino Maestro: «La atmósfera de la Iglesia Católica está toda hecha de la unión de estos dos elementos que a la Revolución le gusta separar: la autoridad que se impone, guía, corrige y, según el caso, es severa; y, por otro parte, la bondad que sabe proteger, perdonar, acoger, entender, que anima y acerca a sí».⁶

Ese don, al alcance de pocos, fue rápidamente discernido por el propio Dr. Plinio en su discípulo fiel: «Estas cualidades de un general son las que he visto en mi João y apreciado sobremanera. El Éremo de São Bento y el Éremo de Præsto Sum⁷ son dos sinfonías permanentes de almas que él va regulando, va ajustando. A veces noto que dio un leve apretón, que alguien se sintió molesto con algo; yo finjo que no lo he visto, pongo una fisonomía alegre, pero dándome cuenta de que un hijo mío “ha sangrado” un poquito; y le doy gracias a la Virgen. Qué bueno

Al ver cómo las nuevas generaciones carecían de una educación sólida en los ámbitos cultural, moral y religioso, Mons. João desarrolló un intenso programa de formación

Otro aspecto relevante en la formación impartida por Mons. João son los estudios académicos, cuya importancia como instrumento de apostolado enfatizó numerosas veces



Escenas de clases y ceremonias de graduación de las tres instituciones de enseñanza superior fundadas gracias al incentivo de Mons. João: el Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino (ITTA), el Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista (IFAT) y el Instituto Filosófico-Teológico Santa Escolástica (IFTE)

que haya manos tan buenas y tan peritas para hacer “sangrar”».⁸

El Dr. Plinio, que en su juventud había sufrido mucha soledad porque no había nadie que lo acompañara, manifestaba su contento con la formación impartida a los *enjolras*: «A veces pienso: “Estos muchachos son más felices que yo; cuando dieron sus primeros pasos, tenían un João Clá que yo no tuve...».⁹

Guiando a las almas tras la partida del Dr. Plínio

Con la partida del Dr. Plinio hacia la eternidad, la relación de Mons. João con los que hasta entonces lo tenían como hermano cambió de perspectiva. Si antes se le permitía cierta intransigencia como ejecutor de los designios del fundador y enemigo implacable del mal espíritu, de ahí en adelante era necesario mostrar más comprensión y bondad hacia todos.

En esta época fue cuando fundó la rama femenina de la obra, en un lance inédito para él, ya que siempre había trabajado sólo con varones. A las aspirantes las formó en la misma escuela de perfección y disciplina establecida para los chicos, pero su sentido psicológico y su discernimiento le ayudaron a percibir rápidamente las diferencias de mentalidad existentes en el hombre y en la mujer, y a adaptarse sabiamente.

Les exigía que fueran fuertes, a pesar de su natural fragilidad, y siempre trataba de ayudarlas a olvidarse de sí mismas a través de actos de generosidad y admiración constantes. Ponía mucho empeño en que aprendieran a guiarse por la razón

y no por meras impresiones. También les explicaba que en el hombre destacan la fuerza, la determinación, el empuje, mientras que la mujer representa el lado más delicado, más afectivo, más atento y, por lo tanto, en ella los símbolos resaltan más. Así, después de unos años de dedicada e intensa formación, concibió un hábito para ellas similar al de sus hermanos de ideal, observando que esta prenda destacaría más en la mujer que en el hombre.

Posteriormente reveló que, tras el fallecimiento del Dr. Plinio, comenzó a tener un discernimiento más claro sobre las necesidades de cada uno de sus hijos espirituales. E indicó el alcance de este don con un ejemplo: «Estoy dando una reunión y, de repente, mis ojos se fijan en alguien fortuitamente; y veo: “Éste está en crisis”, o bien: “Ése ha recibido una gracia y está cambiado”. Percibo que es un aviso suyo, del Dr. Plinio: “Ayuda a ése, tira de aquel, aprieta este otro”».¹⁰

Énfasis en los estudios

Otro aspecto relevante en la formación impartida por Mons. João son los estudios académicos, cuya importancia como instrumento de apostolado enfatizó numerosas veces, como en esta homilía: «Darlo todo significa estudiar, es decir, prepararse, aprender, para después ser más útil a la causa, ser más útil a la Iglesia. Necesito dedicarme más al aprendizaje, entonces debo querer tener una verdadera reserva de conocimientos, para predicar mejor, para hacer más apostolado, para llevar a un mayor número de personas a Dios, nuestro Señor».¹¹

Dando continuidad a la labor emprendida en vida del Dr. Plinio, promovió cursos sobre doc-

trina católica, con clases de Moral, de Catecismo detallado, de Historia General y Eclesiástica, de Filosofía y de Latín, además de una serie de reuniones dedicadas a comentar los más variados libros de espiritualidad. Llegó a la particularidad de proporcionarles, él mismo, a todos biblia y catecismos. Transmitía siempre las materias con muchos ejemplos, nunca desligadas de la vida concreta, constituyendo así las bases del sólido Plan de Formación de los Heraldos del Evangelio.

Gracias al empeño de Mons. João a lo largo de tantos años, se multiplicaron entre los heraldos los doctores y maestros, graduados en universidades pontificias, y fueron fundados el Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista, afiliado a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, el Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino, afiliado a la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín, y el Instituto Filosófico-Teológico Santa Escolástica, de Ciencias Religiosas.

«El pueblo que me he formado contará mis alabanzas»

«Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13, 15), les recomendó el Señor a sus discípulos. Desde la eternidad, Mons. João hace hoy ese mismo llamamiento a sus hijos espirituales, como San Pablo: «Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 11, 1).

Junto al Sapiencial e Inmaculado Corazón de María, se alegra con el más mínimo progreso de cada uno, pero espera que todos sus hijos lo den

Monseñor João tras recibir el título de doctor en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, Roma, en 2009

todo, así como él se entregó por completo y dedicó su vida entera a formar espiritual y moralmente las piedras vivas con que la Santísima Virgen construirá su Reino en la tierra.

El ejemplo de nuestro fundador, sus esfuerzos por alcanzar la perfección, sus altísimas metas y su incansable celo por el progreso individual y colectivo crearon fundamentos sólidos para la obra y un legado de arquetipos en todos los campos. Un heraldo del Evangelio nunca dudará de qué hacer o cómo proceder en determinada situación, porque en cualquier dirección que mire encontrará las huellas de su padre, su palabra, su resolución, su sangre. Y podrá cumplir respecto de él lo que el Señor esperaba de la nación elegida: «El pueblo que me he formado contará mis alabanzas» (Is 43, 21). ♦



Carlos Moya



Un heraldo del Evangelio nunca dudará de cómo proceder en determinada situación, porque en cualquier dirección que mire encontrará las huellas de su padre

¹ CIVARDI, Luis. *Apóstoles en el propio ambiente*, apud ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Espiritualidad de los seglares*. Madrid: BAC, 1967, p. 838.

² En un sentido más amplio del habitual, el término *sede* lo utilizaban los discípulos del Dr. Plinio para referirse a cualquier casa del movimiento que éste había fundado.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 25/12/1988.

⁴ Término usado internamente en la obra del Dr. Plinio para denominar a los discípulos de las generaciones más jóvenes.

⁵ El *flash* es una gracia actual que, incidiendo especialmente sobre el don de ciencia, le confiere al alma una particular claridad para comprender las verdades de la fe —con mayor eficacia y profundidad que si se realizará un prolongado estudio— y, alcanzando también la voluntad y la sensibilidad, la invita a adherir a lo que le ha sido mostrado. En

consecuencia, la persona desea la santidad más que si practicara grandes esfuerzos ascéticos, y tiene su sensibilidad de forma tan ordenada que casi se asemeja al estado de Adán en el paraíso; en suma, se siente angelicalizada, porque Dios entró en contacto con ella.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 31/1/1976.

⁷ Éremo situado en una espaciosa finca en el barrio de Santana, de São Paulo, constituido con el fin

de acoger a los discípulos más jóvenes del Dr. Plinio que se sentían atraídos por las gracias de institucionalización del Éremo de São Bento.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 16/9/1991.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 20/11/1976.

¹⁰ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Charla*. Madrid, 16/1/1996.

¹¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Mairiporã, 27/11/2006.

Monseñor João en septiembre de 2008





«CON LA IGLESIA, ¡VENCEREMOS!»

«Estrella que titila constantemente, sin parpadear jamás», «la maravilla de las maravillas, la seguridad de las seguridades, la realización del Reino de Dios!». He aquí cómo Mons. João consideraba el Cuerpo Místico de Cristo, del cual fue un miembro fidelísimo.



¶ P. Alex Barbosa de Brito, EP

Auando se homenajea a un padre, por muy solemne que sea el acto, es natural que haya espacio para narrar algunos recuerdos —jal fin y al cabo, estamos en familia! Así que le pedimos permiso para reconstruir una escena particularmente impactante de nuestra juventud. Y decimos «nuestra» no por mera fidelidad a las reglas de la escritura, sino por el hecho de que este recuerdo nuestro posiblemente será también suyo, querido lector.

En efecto, entre los años 1960 y 1990, cuántas personas, de norte a sur de Brasil, no habrán presenciado el siguiente episodio: en las principales calles, avenidas y plazas de las ciudades, de un momento a otro, como un espejismo, surgía un revuelo de estandartes rubro-áureos, con su desafiante león rampante. Los portaban unos jóvenes con capas también rojas que, con fisonomía amable, postura altanera y voz decidida, proclamaban eslóganes en defensa de la Iglesia y de su moral, y de sacrificio en pro de la fe.

Era la intrépida TFP, Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, cuyo nombre aún resuena en nuestros oídos con nostalgia, en los del público en general, con respeto y en los de sus enemigos —porque hasta hoy los hay—, con rencor... y a menudo, con miedo.

Hace más de veinte años que la TFP no actúa tan visiblemente en Brasil; sin embargo, su memoria sigue viva. Se inmortalizó porque los hombres la convirtieron en leyenda, lo que, por cierto,

suelen hacer con todo lo que no pueden entender. Ahora bien, ¿qué tenía de inextricable esta entidad para sus contemporáneos?

Amor desinteresado. Aquellos jóvenes salían a las calles y enfrentaban los elementos —físicos o morales— simplemente por abnegada dedicación a la Santa Iglesia Católica y a todo lo que es conforme a ella. Para el mundo ateo de la segunda mitad del siglo xx, tal actitud representaba un escándalo, un absurdo o, peor que eso, un milagro. ¿Quién fue el responsable de semejante epopeya?

El alma detrás del mito

Alma impulsora del pujante movimiento, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira nutría un gran amor a la Santa Iglesia, hasta el punto de afirmar que el epíteto «varón todo católico y apostólico, plenamente romano» constituía el único elogio que tocaba profundamente las fibras más sensibles de su alma.

De hecho, Mons. João a menudo les recordaba a sus hijos una reunión memorable de 1978, realizada con motivo del aniversario de bautismo de su padre espiritual, en la que, a pesar de la placidez que lo caracterizaba, el Dr. Plinio se conmovió hasta las lágrimas cuando le recordaron el don de pertenecer a la Santa Iglesia. Esa vez, tras contener su emoción, afirmó:

«Lo que uno ama, lo ama porque lo ha visto, lo ama porque lo ha comprendido, lo ama, en definitiva, porque ha adherido a ello con toda su alma. Pero de tal manera que la palabra adherir es débil;

*El Dr. Plínio
nutría un
gran amor a la
Santa Iglesia
Católica; el
epíteto «varón
todo católico
y apostólico,
plenamente
romano»
tocaba a fondo
su alma*

*Mons. João
embebió a
pleno pulmón
ese espíritu
de amor a la
Santa Iglesia,
con «tintes de
adoración»,
modelando su
mentalidad
a imagen
de su padre
espiritual*

Antonio Carlos Carrero



El Dr. Plinio en una conferencia en 1970

se ha entrañado, ha penetrado, se ha dejado penetrar, ha establecido un connubio de alma, tanto como la debilidad humana lo permite, indisoluble y completo, para la vida y para la muerte, para el tiempo y para la eternidad. Ésta es nuestra pertenencia a la Iglesia Católica, y se puede decir, en cierto modo, lo que San Pablo dijo de Nuestro Señor Jesucristo: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20). Estamos llamados a que esto se realice de esta manera: «No soy yo el que vive, es la Iglesia Católica Apostólica Romana quien vive en mí».¹

Este fragmento, verdaderamente sublime, nos permite entrever hasta qué punto el Dr. Plinio se sentía uno con la Iglesia. Pero, siendo un simple laico, ¿no constituía esto una forma de pretensión? Todo lo contrario.

Eco fidelísimo de la Iglesia

Esta entrañable unión en modo alguno turbó la profunda sumisión del Dr. Plinio a aquella que tanto amaba. Según sus palabras, se consideraba mero «eco de la gran campana que es la Iglesia Católica Apostólica Romana».²

Mientras muchas verdades eran, lamentablemente, silenciadas por quienes debían anunciarlas, mientras los «campanarios de la tradición» enmu-

decían, renunciando a su misión, él anhelaba tener la fidelidad del eco, que resuena incluso cuando las campanas han dejado de tocar. De hecho, su conformidad con el pensamiento de la Iglesia le valió precisamente el elogio de «eco fidelísimo»³ del magisterio eclesiástico, hecho por el cardenal Giuseppe Pizzardo, entonces prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades.

Y ese espíritu de amor a la Santa Iglesia, con «tintes de adoración» como diría el Dr. Plinio, fue el que Mons. João embebió a pleno pulmón, modelando su mentalidad a imagen de la de su padre espiritual. Tal actitud explica la armoniosa consonancia entre ambos, basada en la entrega incondicional a la Esposa Mística de Cristo, así como el papel que los dos desempeñaron —uno como origen y causa, y el otro como estrecho colaborador— en la constitución de un núcleo de almas dispuestas a seguir los mismos ideales y que en poco tiempo contaba ya con cientos de miembros repartidos por todo el mundo.

Se trataba, por tanto, de un movimiento con gran fuerza y mucho potencial, pero que por diversas circunstancias no gozaba de reconocimiento canónico, quedando limitado a una entidad cívica, aunque formada de manera compacta por católicos practicantes.

El sueño de un instituto secular

Dicho de otro modo, desde la década de 1930, el Dr. Plinio aspiraba a elevar su obra a un instituto aprobado por la jerarquía eclesiástica, anhelo que no hizo más que crecer con el tiempo.

En su libro *Revolución y Contra-Revolución*, escrito en 1959, consideraba la posibilidad de que surgiera una institución católica que librara el combate contra el mal en nuestro tiempo: «La acción contrarrevolucionaria la puede llevar a cabo, naturalmente, una sola persona, o la conjugación, a título privado, de varias. Y, con la debida aprobación eclesiástica, podría incluso culminar en la formación de una asociación religiosa dedicada especialmente a la lucha contra la Revolución».⁴

En estas palabras se vislumbra el mismo deseo manifestado en su juventud, que paulatinamente fue tomando forma en su alma hasta consolidarse, en la década de 1970, en el empeño de fundar un instituto secular y convertirse en una prioridad al final de sus días.

En un almuerzo a solas con Mons. João en 1994 —poco antes, pues, de su fallecimiento—,



el Dr. Plinio le dijo que era preciso «afrontar las cuestiones de derecho canónico y fundar una entidad oficialmente católica», y añadía: «Sería necesario que la fundáramos ya».⁵

Esta organización canónica, como él mismo afirmó, realizaría la esencia de la misión del Grupo, llamado a «ejercer dentro de la Iglesia, internamente, un apostolado por el cual desee llegar al último término de sí misma».⁶ Quedaba claro que su intención era transformar la TFP en una asociación privada de fieles, por emplear la figura que, según el nuevo Código de Derecho Canónico, mejor reflejara su aspiración.

Era una meta verdaderamente osada, cuya ejecución requeriría un ánimo tenaz, pero sobre todo una fe inquebrantable. Por eso Mons. João fue la persona elegida para llevarlo a cabo.

Vinculados a la Iglesia inmortal

Lamentablemente, el Dr. Plinio no vería cumplido su deseo en vida, pues tanto él como su fiel discípulo se toparían con varios obstáculos, incluso entre quienes debían secundar sus esfuerzos. El 3 de octubre de 1995, a la edad de 86 años, aquel varón apasionado por la Iglesia entregaba su alma a Dios, pero legaba un ideal a sus dis-

cípulos y, sobre todo, al hijo a quien llamaba su *alter ego*. Se trataba, pues, de materializarlo sin recelos.

La Providencia no tardaría en enviar mediadores entre esta familia de almas y la Santa Sede, que supieron promover el tan ansiado acercamiento, al percibir que semejante deseo no podía ser despreciado, pues el dedo de Dios se posaba sobre él con suave eficacia.

Desde la eternidad, el fundador pronto vería hecha realidad su antigua aspiración. El 22 de febrero de 2001, los Heraldos del Evangelio recibieron la aprobación pontificia de manos de su santidad Juan Pablo II, la primera otorgada en el tercer milenio, constituyéndose en asociación internacional privada de fieles.

Este acontecimiento alegró sobremanera el corazón de Mons. João, pues ese sello conllevaba, además de prometedoras repercusiones institucionales, una nueva protección a la obra en el ámbito sobrenatural. Era como si los ángeles de San Pedro y San Pablo la asumieran por completo, dándole un nuevo impulso y una firmísima seguridad. Al ser legalmente acogido en el seno del Cuerpo Místico de Cristo, el movimiento iniciado por el Dr. Plinio, que tantas tormentas había enfrentado a lo largo de décadas, comenzaba a participar más intensamente de su inmortalidad y vitalidad.

«Columna en el templo de mi Dios»

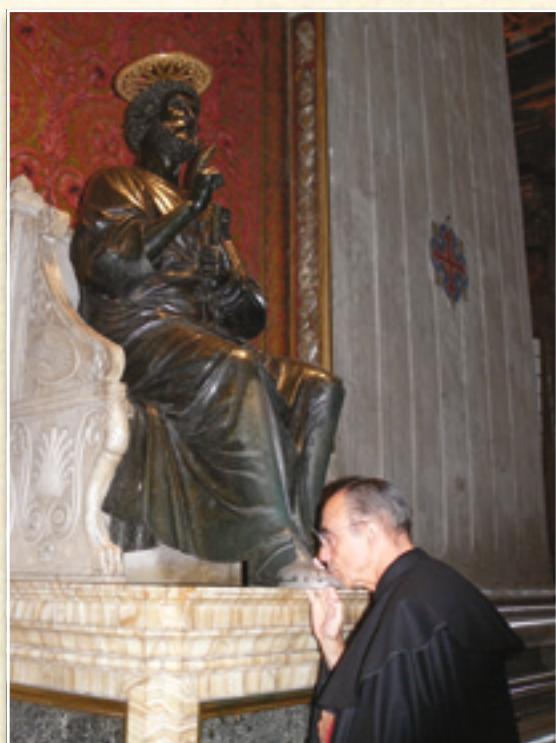
Mientras tanto, el Espíritu Santo inspiraba a Mons. João nuevas audacias. Un irresistible deseo sobrenatural le indicaba la necesidad de emprender un camino sublime y arduo: la fundación de una rama sacerdotal.

Percibía hasta qué punto un paso así implicaría sacrificios, pero esta perspectiva no lo desanimó. Si era la voluntad de Dios y una clara inspiración proveniente del Dr. Plinio, había que darlo, costara lo que costase.

Emprendió entonces el camino, superando con paciencia los obstáculos y allanando las sendas de Dios, para propiciar las primeras ordenaciones. Para narrar los distintos lances que tuvieron lugar en aquella ocasión, tal vez haría falta escribir un libro entero, tarea fascinante, pero imposible por el momento... Sin embargo, no nos resistimos a mencionar aquí al menos un episodio, que destaca por su simbolismo.

El 15 de marzo de 2005 tuvo lugar un acto solemne: antes de recibir el primer grado del sacramento del Orden, João Scognamiglio Clá

*Con la
aprobación
pontificia,
la obra
iniciada por
el Dr. Plinio
comenzó a
participar más
intensamente
de la
inmortalidad
y vitalidad
del Cuerpo
Místico
de Cristo*



Monseñor João venera la imagen de San Pedro en la basílica vaticana, en febrero de 2006

La fe del fundador, plenamente católica, apostólica y romana, sería el sustento de sus hijos en medio de los vientos y tempestades que se abatirían contra la Iglesia y la institución

Fotos: Luiz Francisco Beccari



Monseñor João hace su solemne profesión de fe y firma el juramento de fidelidad en el altar de la catedral de San Pedro, en la basílica vaticana, el 15 de marzo de 2005

Días realizaba su profesión de fe y su juramento de fidelidad a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. La firma del documento se hizo en el altar de la Catedral de San Pedro, corazón de la basílica vaticana. En la tarde de ese mismo día, al contemplar desde la eternidad la ordenación diaconal de su discípulo perfecto, el Dr. Plinio vio cumplidas en él las palabras del Apocalipsis al ángel de Filadelfia: «Al vencedor le haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá fuera» (3, 12).

Habían sido echadas, en el más firme de los suelos, las raíces de una obra joven y pujante, que se expandiría por el mundo entero, dando abundantes y auténticos frutos de vocaciones sacerdotales para una *nova militia Christi*. La fe del fundador, plenamente católica, apostólica y romana, sería el sustento de sus hijos clérigos en medio de los vientos y tempestades que se abatirían contra la Iglesia y contra la institución, como veremos en el siguiente artículo.

Madre amorosa, inmaculada e indefectible

En numerosas ocasiones, Mons. João expresó, con pa-

labras y actitudes, cuánto consideraba a la Santa Iglesia como el amor de su vida.

Ante todo, la veía como la mejor de las madres. En una reunión con sus hijos más jóvenes, incluso antes de ser ordenado sacerdote, afirmaba: «La figura “madre”, en el orden de la naturaleza, representa a nuestros ojos —que son sensibles y gustan de símbolos, de imágenes— a la Iglesia. Porque madre, pero madre de verdad, lo es la Santa Iglesia».⁷

Nuestro fundador consideraba el Cuerpo Místico de Cristo como la «estrella que titila constantemente, sin parpadear jamás»,⁸ «la maravilla de las maravillas, la seguridad de las seguridades, la realización del Reino de Dios!».⁹ Su ufanía de ser católico fluía en letanías de elogios: «¡Nunca en la historia ha existido, existe ni existirá algo como esta institución! Una Iglesia invencible, inquebrantable, indestructible, una Iglesia infalible, inerrante [...].

Estemos santamente orgullosos de la Iglesia. Entonces sí, vale la pena estar orgulloso: orgullo de la Iglesia».¹⁰

Amor que se desdobla en holocausto

Ahora bien, como indica Santo Tomás de Aquino,¹¹ es propio del amor conducir a la donación gratuita. De ahí el deseo manifestado por Mons. João de construir templos adornados de esplendor, donde reluzca la armonía entre lo maravilloso y lo sagrado, y que al mismo tiempo sean catedrales dignas de la más segura enseñanza y santuarios a la altura del divino sacrificio.

De ahí, igualmente, su empeño de defender a la Esposa del Cordero contra los embates de sus adversarios: «Queremos ser escudos de la Iglesia, queremos ser columnas de la Iglesia, queremos ser hijos de la Iglesia, queremos ser esclavos de la Iglesia, queremos ser aquellos que dan su propia vida por la Iglesia»,¹² resumió en una homilía.

En 2010, Mons. João tuvo también la oportunidad de demostrar de manera commovedora esa postura de paladín cuando, en medio de un aluvión de noticias que pretendían embarrar el rostro inmaculado de la Santa Iglesia en la figura del sumo pontífice Benedic-



Teresita Morazzani



Monseñor João en marzo de 2021

to XVI, se sintió impelido a escribir un vigoroso escrito en defensa del Papa, enarbolando el estandarte de la indefectibilidad del Cuerpo Místico de Cristo.¹³

Fe intrépida en la victoria de la reina destronada

Tal indefectibilidad refugie incluso en nuestros días, cuando la Iglesia atraviesa una de las crisis más calamitosas de su historia. En este sentido, cabe recordar la imagen desgarradora que el Dr. Plínio utilizó para describir el drama que, desde la década de 1960, se ha hecho especialmente evidente. Monseñor João la conocía bien y la repitió en varias ocasiones. Se trata de la metáfora de la reina destronada.

El maestro de nuestro fundador imaginaba a la Iglesia como una soberana contra la cual sus súbditos se habían sublevado violentamente. En consecuencia, se encontraba rodeada de enemigos

poderosos e influyentes, que la ataron como a una vil persona y la maquillaban como una infame mujer, no sin antes haber profanado el salón del trono, derribado el dosel y pisoteado, con vilipendio, los ornamentos regios.

Pues bien, «dentro de la habitación —decía él— hay un puñado de fieles, y ella está mirando a estos fieles. ¡Pues claro! Eso es lo que la Reina destronada haría. Y, o esa mirada obra en nosotros lo que la mirada de Jesús coronado de espinas obró en San Pedro, o no hay nada

más que decir. Porque esa mirada está fija en nosotros, constante y continuamente»¹⁴.

Monseñor João hizo suya esa certeza de ser mirado por la reina destronada y tomó la resolución de luchar con todas sus fuerzas para reinstalar en el trono, con más pompa y gloria que antes, a aquella que en nuestros días sufre tantas humillaciones a causa de los pecados y de las traiciones de quienes debían reverenciarla como hijos.

No obstante, firme en la certeza de la inmortalidad de la Iglesia y de la fuerza regeneradora que le comunica el divino Espíritu Santo, nuestro fundador conservó una fe intrépida en medio de la tragedia contemporánea, convencido de la victoria final de la esposa inmaculada del Cordero. He aquí el pensamiento que guio la vida de Mons. João: «Nosotros, con la Iglesia, venceremos; la Iglesia, sin nosotros, vencerá. Quien está en la Iglesia y con la Iglesia, vence; el que está fuera de la Iglesia es derrotado».¹⁵ ♦

Firme en la certeza de la inmortalidad de la Iglesia, nuestro fundador conservó, en medio de la tragedia contemporánea, una fe intrépida en la victoria final de la Esposa inmaculada del Cordero

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 7/6/1978.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 15/1/1970.

³ PIZZARDO, Giuseppe. Carta de 2/12/1964. In: CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Acordo com o regime comunista: para a Igreja, esperança ou autodemolição?* 10.^a ed.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Revolução e Contra-Revolução*. 9.^a ed. São Paulo, 2024, p. 214.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Reunión*. São Paulo, 15/2/1994.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Charla*. São Paulo, 31/3/1993.

⁷ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Reunión*. São Paulo, 2/9/1996.

⁸ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Caeiras, 4/1/2009.

⁹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Mairiporã, 2/7/2006.

¹⁰ *Idem, ibid.*

¹¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 38, a. 2.

¹² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Caeiras, 5/3/2007.

¹³ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *A Igreja é imaculada e indefectível*. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2010.

¹⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Charla*. Amparo, 26/2/1996.

¹⁵ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Caeiras, 26/11/2008.

Monseñor João en abril de 2010





CONSUMIDO DE CELO POR LA RENOVACIÓN DE LA FAZ DE LA TIERRA

Tras décadas de apostolado como laico, la Providencia quiso elevar a Mons. João a la que sería una de las notas más características de su misión en esta tierra.



¶ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP



ra el 15 de junio de 2005. El diácono João, acompañado de catorce compañeros de ideal, estaba a punto de ser ordenado presbítero en la basílica de Nuestra Señora del Carmen, de São Paulo, el mismo sitio donde, casi cincuenta años antes, había conocido a su padre espiritual, Plínio Corrêa de Oliveira.

La jerarquía eclesiástica abría sus regias y sacrosantas puertas a varios miembros de los Heraldos del Evangelio. Así, la obra que surgió del corazón de Mons. João se enriquecía con la dádiva del sacerdocio, alcanzando la cumbre del llamamiento hecho por la Providencia que, en uno de sus aspectos más relevantes, consiste en sacralizar el orden temporal y transfigurar el mundo a imagen y semejanza del Sagrado Corazón de Jesús y de María.

El Dr. Plínio en su obra profética *Revolución y Contra-Revolución* cifra toda la eficacia de la lucha contrarrevolucionaria en la cooperación de los hombres con la gracia celestial. Es la acción del divino Paráclito en los corazones elevando la naturaleza humana caída a pináculos inimaginables. Por ello, al ser investido con la misión de impetrar nuevos y eficaces auxilios sobrenaturales, la rama sacerdotal fundada por Mons. João se convertía en el escuadrón de élite de la Contra-Revolución y comenzaba a cooperar con fuerza divina en el objetivo de derrotar a las huestes del mal e implementar el tan anhelado Reino de Cristo en la tierra.

Corazones en llama

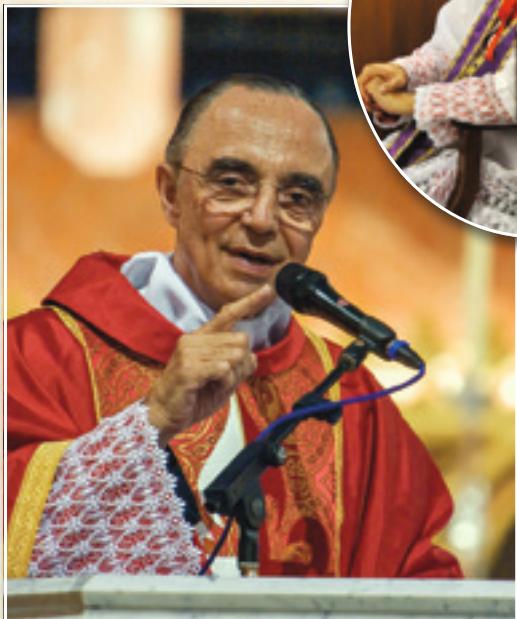
Hablando acerca del sacramento del Orden, el Dr. Plínio afirmaba: «¡El sacerdote sólo es digno de serlo cuando tiene un alma de fuego! [...] Debe ser el que lleve a todos al frente, el que esté en primera fila, en el primer lugar de la batalla».¹ También era éste el pensamiento de Mons. João. Sus hijos presbíteros deberían caracterizarse por su empeño de ganar almas para Dios y llevar a la Santa Iglesia a un auge de santidad y de gloria aún no alcanzado, elevados y nobles ideales que sólo se realizarían en un extremo de fervor. Por eso quería sacerdotes santos, por cuyas venas circularan verdaderas llamas sobrenaturales:

«Tienen que ser sacerdotes llenos del Espíritu Santo, como lo fue Nuestro Señor Jesucristo en el momento en que la Santísima Virgen dijo “*Fiat mihi secundum verbum tuum*” y bajó a la tierra el fuego sobrenatural, sustancial: Nuestro Señor Jesucristo Hombre, ¡el Sacerdote! Para participar del sacerdocio de Nuestro Señor hay que tener este fuego. [...] ¡El sacerdote debe ser un hombre de fuego, un hombre de intenciones ardientes, un hombre de corazón ferviente! De este modo, hará que lleguen a Dios peticiones llenas de ardor, llameantes, que serán aceptadas. [...] No es posible que un sacerdote suba al altar sin que en su corazón exista ese deseo de que la faz de la tierra sea renovada, no sólo con respecto a las almas y a la santidad, sino también en lo que se refiere a la visión de todas las cosas. Cuando sube al altar,

¡El sacerdote debe ser un hombre de fuego, de intenciones ardientes, de corazón ferviente! Así, hará llegar a Dios peticiones que serán aceptadas

En su ministerio, Mons. João imitaba en todo al Sumo y Eterno Sacerdote: era león valiente en el púlpito, cordero inocente al ofrecer el Cordero en el altar y padre clemente en el confesonario

Victor T.



Monseñor João durante una homilía en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caiieiras (Brasil), en 2009; en el destacado, confesando en la catedral de la Sé, São Paulo, ese mismo año

el sacerdote debe tener en su corazón el deseo de que los hombres sean “parientes” y “amigos” de los ángeles. [...] Es necesario que recemos por los sacerdotes, para que tengan un corazón engastado de intenciones llenas de fuego.²

Hijos embrujados de la Iglesia

A lo largo de su vida sacerdotal, Mons. João dio un continuo ejemplo de ese ardor sobrenatural, que brillaba con especial intensidad en la celebración de la misa. Entre sus intenciones más osadas estaban la renovación y la glorificación de la Santa Iglesia.

Celoso por la Sagrada Tradición, el objetivo de Mons. João, ya esbozado por el Dr. Plinio, era el de erguir de nuevo los estandartes de la ortodoxia y de la virtud que yacían a lo largo de los caminos de la historia, cubiertos por el polvo del abandono o bajo el fango de la traición. No obstante, su fe inquebrantable en la santidad de la Esposa Mística de Cristo le llevaba a aspirar a algo más que recuperar simplemente las bellezas olvidadas o vilipendiadas del pasado: «Queremos que la Iglesia se sirva de nosotros como instrumentos para alcanzar una plenitud de gracia y de santidad que aún no ha manifestado a los hombres».³



Archivo Revista

Un deseo similar expresó el Dr. Plinio: «Ése es el sentido de la Contra-Revolución en la Iglesia. No sólo se trata de estancar la Revolución y recolocar las cosas en tal o cual orden. ¡No! Hay que tomar la dirección opuesta y ser lo contrario de lo que quiere la Revolución, diametralmente lo contrario, hasta un ápice difícil de imaginar».⁴

Este ideal tan atrevido, que a muchos les podría parecer pretencioso, no sería alcanzado, sin embargo, por méritos personales, sino por el influjo de la santidad que brota del propio Cuerpo Místico de Cristo: «La Iglesia es tan viva, tan joven, tan inmortal y, además, crece tanto en manifestación de brillo y de gloria, que en los períodos de crisis siempre encuentra en sí la fuerza para renovarse y decirle al infierno: “No sólo no me vences, sino que triunfo sobre ti”».⁵

En este sentido, Mons. João le suplicaba a los Cielos que la rama sacerdotal de los heraldos —que con el tiempo constituiría la Sociedad Clerical de Vida Apostólica de Derecho Pontificio Virgo Flos Carmeli— tuviera una fe robusta, audaz y resplandeciente, que creciera continuamente hasta el final de los tiempos, iluminando a la Iglesia y al mundo entero.

Virtudes sacerdotales

Monseñor João tuvo como alma de su ministerio la búsqueda de la santidad, que consiste en la entrega incondicional a Dios hasta el holocausto. Y este empeño no hizo más que intensificarse a medida que pasaban los años. Sus palabras después de la ordenación presbiteral de algunos de sus hijos espirituales

lo indican perentoriamente: «Tenemos de aquí en delante, hasta la hora de nuestra muerte, un trabajo constante de desear cada vez más la santidad, porque la participación en el sacerdocio sagrado y divino de Nuestro Señor Jesucristo es la participación en su propia santidad».⁶

Esta vida espiritual bien llevada hacia que nuestro fundador respetara en extremo la dignidad a la que había sido elevado, no como procedente de sí mismo, sino como emanada de aquel a quien representaba. En efecto, el sacerdote actúa en la persona de Cristo Cabeza, es decir, del Verbo de Dios engendrado por el Padre desde toda la eternidad y hecho hombre para salvarnos. Consciente, por tanto, de estar investido de una misión divina,



Monseñor João después de una misa concelebrada en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil), en 2009

Mons. João se propuso imitar en todo al Sumo y Eterno Sacerdote, siendo un león valiente en el púlpito, un cordero inocente al ofrecer el Cordero en el altar y un padre clementísimo en el confesionario.

En consecuencia, quiso marcar el ministerio sacerdotal con ciertos atributos marciales que servirían para preservar de todo tipo de relajamiento el celo de sus hijos por el esplendor de la liturgia y por el bien de las almas. Combatía en ellos cualquier indicio de negligencia o desorden —desgraciadamente, tan común hoy día— en el servicio del altar, en la administración de los sacramentos, en la predicación de la Palabra divina e incluso en la vida privada.

Conocedor de lo mucho que los escándalos de los malos sacerdotes han perjudicado al rebaño del Buen Pastor, procuró, como fundador y padre, formar un clero íntegro, combativo y generoso, dispuesto a dar la vida por los demás como Jesús victimizado la entregó por cada hombre. Cuando se trataba del sacramento de la Penitencia, jamás rechazaba una petición que se le hiciera, incluso fuera de tiempo y de lugar. Y lo mismo les ordenó a sus hijos: nunca arrogarse el derecho de negar una confesión, pues en la ordenación habían sido clavados en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo para siempre.

Un vicio temía de manera especial para los suyos: el de la mediocridad, mezquindad propia de quien se acomoda a una vidita fácil y huye de los sublimes desafíos que el Crucificado pone ante sus elegidos. Monseñor João enseñó con la palabra y con el ejemplo que el ministro de Dios debe vivir considerando horizontes grandiosos, comprendiendo el auge al que ha llegado el mal

en nuestros días y deseando con todas las fuerzas de su alma el más glorioso desquite de Dios en la historia. Por lo tanto, esperaba ver atendidas en plenitud las súplicas formuladas en el padrenuestro: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo».

Nuestro fundador siempre consideró la predicación de la Palabra de Dios como un arma de incalculable poder para promover el bien y frenar la expansión del mal. En el combate al vicio, siguió el ejemplo de su padre espiritual, el Dr. Plinio, a quien consideraba un cruzado incansable en continuo estado de lucha. Sus predicaciones eran ricas en contenido, de claridad meridiana y adornadas con abundancia de descripciones y ejemplos, para inculcar en su auditorio, de manera accesible a todas las edades y condiciones, el amor a la virtud y la detestación del vicio.

Cabe señalar, no obstante, que esta actitud beligerante, que brillaba especialmente en el púlpito, nunca lo distanció de los fieles. Al contrario, percibiendo la integridad de su corazón paternal y de su inclinación a acoger a los pecadores, personas que apenas lo conocían le pedían ser oídas en confesión, incluso en ambientes insólitos, como, por ejemplo, durante los viajes en avión. De suerte que se creó a su alrededor un rebaño ajeno a su obra, que se entusiasmaba con su palabra y no rechazaba el desafío de conformar sus vidas a ella.

Sacralidad de la liturgia

A lo largo de los años de convivencia con el Dr. Plinio, Mons. João extrajo de él un profundo amor a la sagracidad de la liturgia. Por eso, buscaba que en sus misas resplandeciera el brillo del

Procuró formar un clero íntegro, combativo y generoso, recordándoles a sus hijos sacerdotes la necesidad de actuar con pulcritud durante las ceremonias litúrgicas



*Mons. João
siempre creyó
que será
Nuestra
Señora quien
elevará la
santidad
sacerdotal
y la vida
sacramental a
un esplendor
nuevo, todo
marial y
profético*

misterio celebrado: «El altar debe estar rodeado de una nota de dignidad mucho mayor que la coronación de un rey, o cualquier otra ceremonia civil»,⁷ afirmó con convicción.

A sus hijos sacerdotes les recordaba, sin flaquear jamás, la necesidad de actuar con perfección y pulcritud durante las ceremonias litúrgicas, dejándose modelar por lo que él denominaba «la mentalidad y el temperamento del altar». Se trataba de olvidar los patrones de agitación, superficialidad y vulgaridad que se respiran en el mundo: «A causa de nuestro carisma, debemos ser muy disciplinados y exactos en todo lo que hacemos. Pero el altar exige un afecto y un cariño mayores que cualquier otra criatura. [...] La tendencia a lo rápido perjudica el carácter sagrado del altar. [...] Y es necesario tener un santo afecto en relación con el altar».⁸

Para remarcar en el corazón de sus discípulos ese carácter espiritual, Mons. João instituyó una inspección de faltas después de las celebraciones, en la que él mismo, u otro sacerdote experimentando, indicaba los errores cometidos en el ceremonial, con el objetivo de formar sacerdotes llenos de santo temor, respeto y celo por los sagrados misterios, sin caer en la afectación y el automatismo. Por el mismo motivo, también impulsó la elaboración de una minuciosa y actualizada concordancia ilustrada de las normas litúrgicas oficiales, enriquecida con la nota peculiar del carisma de los heraldos, ya que, según afirmaba, las rúbricas han de seguirse con disciplina propiamente militar.

Sacerdocio marial y profético

Como es sabido, Mons. João se consagró, con profunda seriedad y vivo entusiasmo, como esclavo de amor a la Santísima Virgen según el método preconizado por San Luis María Grignion de Montfort. Sin embargo, su veneración por esta tierna Madre y soberana Señora lo llevó, en algunos aspectos, más allá de todo lo que le había precedido en materia de devoción.

Siguiendo las intuiciones proféticas de ese santo francés, Mons. João siempre creyó que será Nuestra Señora quien elevará la santidad sacerdotal y la vida sacramental a un esplendor nuevo, todo marial y profético, quien ataviará a la Esposa Mística de Cristo con el más hermoso traje de gala para las nupcias del Cordero (cf. Ap 19, 7-9). Por la participación en el espíritu y en las gracias mariales, se encenderá un fuego nuevo en el corazón de los sacerdotes, transfigurando la Iglesia docente a los ojos de los fieles con una luz sumamente atractiva.



Sergio Miyazaki

Monseñor João en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil), en abril de 2010

Este fuego ardía en el corazón de Mons. João con respecto de la administración de cada sacramento, y especialmente en relación con la Eucaristía. Característico de su alma sacerdotal era la fe en el poder impetratorio y satisfactorio de la santa misa, hasta el punto de aspirar a la construcción de una iglesia donde se celebraran misas continuamente —respetando el ciclo y el tiempo litúrgicos—, una tras otra, para conmover los Cielos y atraer a la tierra la justicia y la misericordia del Altísimo.

En cuanto a las peticiones que se formularan durante la celebración, afirmaba: «El mismo poder impetratorio dado a la Virgen lo tiene el sacerdote en el momento de la elevación de la hostia y del cáliz. Debemos aprovechar este momento al máximo y, por tanto, pedir con convencimiento, piedad, fe, certeza plena del triunfo y de la intervención divina».⁹

A sus hijos presbíteros les recomendaba una convicción cada vez mayor del acto grandioso que realizan: «El sacerdote necesita, en cada misa, crecer en la fe; si celebra con la misma fe que el día anterior, ya ha retrocedido. Necesita crecer cada día, no en sensibilidad, sino en el acto de fe que hace en el gran milagro que se obra cuando pronuncia las palabras de la consagración. [...] Debe darse cuenta de que en sus manos tiene a la segunda persona de la Santísima Trinidad, encarnada [...], y que está realizando un acto muy serio, elevadísimo, extraordinario».¹⁰



Un perdón demasiadamente grande

Con respecto al sacramento de la Confesión, Mons. João se distinguía por una osadísima confianza en la magnanimidad de Dios al conceder el perdón, aprendida de su maestro espiritual.

En una ocasión, el Dr. Plínio abrió su corazón a sus discípulos en ese sentido: «Más que un perdón, le pido [a la Virgen, para cada uno de mis hijos] el plan A + A; le pido una gracia que va más allá del perdón, una gracia que no sólo lave, sino que dé algo más de lo que tendríamos si no hubiéramos pecado. Es un perdón demasiadamente grande, sin límites, que no es sólo un perdón, sino un perdón seguido de una curación; no es sólo un perdón seguido de una curación, sino un perdón seguido de un ósculo; no es sólo un perdón seguido de una curación y de un ósculo, sino un perdón sobre el cual se coloca una diadema».¹¹

La inclinación de Mons. João a perdonar era enorme, hasta el punto de declarar: «Confieso que uno de los aspectos que me llevó a abrazar firmemente el sacerdocio fue el gran deseo de perdonar. El acto de dar la absolución me toca más el alma que pronunciar las palabras de la consagración. Necesitamos tener esta sed enorme de perdonar».¹²

Y transmitió esta disposición interior a sus hijos espirituales. Incluso antes de su ordenación, dijo: «Pronto tendremos sacerdotes. Deben tener avidez, deben tener sed de perdonar. No serán ellos quienes perdonen, es verdad, pero serán instrumentos en las manos de Nuestro Señor para ello. [...] El Reino de María será el reino del perdón, [...] la era de la misericordia, la era del poder de Dios».¹³

Sacerdote y víctima

Monseñor João no se habría configurado por completo con el Sumo y Eterno Sacerdote si, en unión con Él, no hubiera asumido de manera especial la condición de víctima. Cristo se ofreció a sí mismo en el ara de la cruz y era necesario que su sacerdote lo siguiera por esta vía de dolor e inmolación, aspecto importantísimo de la misión de nuestro fundador, que será considerado con más detalle en un artículo aparte.

Para sus hijos espirituales, el calvario soportado por él sirvió de ejemplo de perseverancia y de alegría en medio del sufrimiento, pero, sobre todo, fue fuente de gracias especialísimas, pues, al unir sus dolores a los del Cordero inmolado, adquirió para cada uno tesoros de dones y virtudes. Gracias a su continuo ofrecimiento podemos decir sin recelo que, ante el trono del Altísimo, han sido compradas la perseverancia y la santificación de innumerables sacerdotes hijos suyos, que se seguirán en el tiempo hasta la consumación de los siglos. ♦



Monseñor João durante la misa de inauguración de la adoración perpetua en la casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil), en junio de 2015

Al unir sus dolores a los del Cordero inmolado, compró gracias de perseverancia y santificación para innumerables sacerdotes hijos suyos, que se seguirán en el tiempo hasta la consumación de los siglos

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Reunión*. São Paulo, 4/4/1993.

² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Caieiras, 20/12/2008.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Reunión*. São Paulo, 1/6/2005.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 28/9/1984.

⁵ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Palabras de agradecimiento después de la misa*. São Paulo, 12/7/2004.

⁶ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Palabras de agradecimiento después de una ceremonia de ordenación presbiteral*. Caieiras, 20/5/2007.

⁷ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Conferencia*. Mairiporã, 15/12/2006.

⁸ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Reunión*. Roma, 19/2/2010.

⁹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Conferencia*. Caieiras, 14/1/2010.

¹⁰ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Confe-*

rencia. Mairiporã, 10/8/2006.

¹¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 13/9/1971.

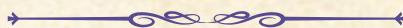
¹² CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. Mairiporã, 20/1/2006.

¹³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Comentario al Evangelio*. São Paulo, 11/7/2004.



Monseñor João en
julio de 2006





UN MISTERIO

SÓLO ENTREVISTADO...

Entre el caudal de facetas de Mons. João, levantemos el velo que oculta una menos conocida, pero que revela la riqueza de alma de un varón profundamente unido a Dios.



▽ **P. Rodrigo Fugiyama Nunes, EP**



ú no entiendes ahora lo que hago, pero, más tarde, lo comprenderás» (Jn 13, 7). Esta frase dirigida por el divino Maestro a San Pedro, durante el lavatorio de los pies, bien podría venir a la mente de cualquiera que pretendiese disertar sobre la vida mística de Mons. João. Las impresiones son tan vivas, las realidades tan profundas y los hechos aún tan recientes que sólo una sabia espera, unida a un cuidadoso estudio, podrá, en el futuro, arrojar una luz más esmerada sobre el asunto.

No obstante, sería una gran omisión silenciar este aspecto del alma de nuestro fundador, por dos razones: primero, por haber sido un convencido predicador de la universalidad de esa vía; en segundo lugar, porque todos los que disfrutaron de su convivencia pudieron constatar cómo, en medio de su habitual sencillez y discreción, se entreveía en él una intensa e íntima relación con Dios, con la Virgen y con el Cielo. En efecto, si bien es verdad que la mística se presenta accesible a todos, es igualmente cierto que posee grados diversos.¹

Con respecto a esto, alguien con un perspicaz tino psicológico y una vasta experiencia en el trato con las almas expresó este feliz comentario sobre él: «Detrás de su sonrisa, esconde una profunda vida mística». Intentemos aquí, con mucho respeto y sin pretender agotar el tema, levantar la

punta del velo que cubría el santuario interior del alma de Mons. João.

«No soy yo el que vive»

Muchos han planteado las más variadas hipótesis acerca de la misteriosa atracción sobrenatural ejercida por Mons. João —similar a la comunicada por San Juan Bosco— sobre quienes se acercaban a él.

Los estudiosos de la vida mística, sin embargo, no tendrían dificultad en dilucidar la cuestión: en los hombres de Dios —especialmente en los grandes santos y fundadores— la presencia divina es tan sensible que se vuelve irresistible. San Pablo tuvo suficiente magnanimidad y modestia para traducir en palabras esta realidad: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

Los Padres de la Iglesia toman la escalera de Jacob —que, «apoyada en la tierra, con la cima tocaba el Cielo» (Gén 28, 12)— como símbolo del propio Cristo² y afirman que la vida mística es una ascensión en la unión con Él, en dirección a la «divinización».³

Así, basándonos en la más estricta y pura teología, podemos asegurar que hemos convivido con un hombre divinizado, en quien lo sobrenatural latía constantemente. Ante él, era imposible separar lo humano de lo divino, pues, como bien señala el P. Juan González Arintero, la vía mística es «la íntima vida que experimentan las almas

*Alguien con
experiencia en
el trato con las
almas expresó
este feliz
comentario
sobre
Mons. João:
«Detrás de
su sonrisa,
esconde una
profunda vida
mística»*

¡Cuántos hechos podrían ser narrados en los que se superaron claramente las barreras entre la fe, lo humano y lo sobrenatural!

justas, como animadas y poseídas del espíritu de Jesucristo, recibiendo cada vez mejor y sintiendo a veces claramente sus divinos influjos —sabrosos y dolorosos— y con ellos creciendo y progresando en unión y conformidad con el que es su cabeza, hasta quedar en Él transformadas».⁴

En Mons. João, no obstante, esto sucedió con una nota especial: todo su proceso místico se hizo por medio de la Santísima Virgen, sumándosele las condiciones de hijo, esclavo e incluso esposo espiritual de María. Maravillosos e innumerables frutos surgieron a lo largo de esta «divinización marial», algunos de los cuales consideraremos, a modo de ejemplo, en las siguientes líneas.

El efecto de una bendición dada antes de ser sacerdote

En 1978 Mons. João se encontraba en Quito (Ecuador) rezando en la iglesia de los jesuitas, cuando se le acercó una madre afligida. Mostrándole la niña que llevaba en brazos, le decía: «¡Mi hija se muere! ¡Mi hija se muere!».

Monseñor João le prometió que rezaría por la niña y mostró gran pesar por su estado, pero la triste mujer no se quedó satisfecha y le pedía con insistencia que le diera la bendición. Nuestro fundador trató de disuadirla explicándole que no era sacerdote, pero ella hacía caso omiso a esta excusa. No pudiendo negarse, finalmente, bendijo a la niña en nombre de la Virgen María y se despidieron.

Enorme sorpresa: unos días después, la devota madre volvió a la iglesia para dar testimonio de que su hija había sido curada por aquella bendición. En efecto, Dios hace que las almas más elegidas, «aparte de las gracias que ordinariamente acompañan a la vida mística, reciban también los caris-

mas y dones extraordinarios (profecías, milagros, don de lenguas, etc.), que ante todo se ordenan al bien de otros y al general de la Iglesia».⁵

Visiones del futuro

Otro aspecto de la vida mística de Mons. João también lo describe la teología cuando trata de los sentidos espirituales, que «nos permiten percibir de algún modo lo divino, rasgando un poquito el velo del misterio y dándonos así un conocimiento intermedio entre el de la fe y el facial o beatífico».⁶ En nuestro padre dicha verdad se ha demostrado en numerosas ocasiones, como en el siguiente hecho.

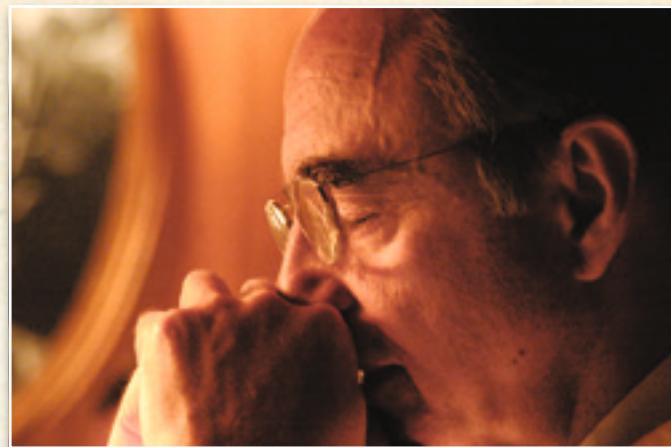
La bienaventuranza de ser calumniado (cf. Mt 5, 11) cayó varias veces sobre el movimiento fundado por el Dr. Plinio. Y el año 1983 fue una de esas «benditas» circunstancias. Todo comenzó el 6 de junio, cuando llegaron a sus manos dos voluminosas cartas que contenían las más absurdas acusaciones doctrinarias, que situaban a su fiel discípulo como el principal autor de los supuestos desvíos en sus reuniones de apostolado.

En cuanto supo del contenido de las misivas, Mons. João se llenó de una enorme preocupación, ya que percibió en ello una ola de difamaciones muy peligrosas contra la obra. Se dirigió a su habitación y se sentó en la cama; entonces «vio» un edificio de aspecto medieval, hecho de piedras muy hermosas y con una puerta imponente, que se abrió para que él entrara. Después de acceder al recinto, se encontró con otra puerta de la que salió un hombre de cabello canoso, revestido con túnica y escapulario blancos. Éste se le acercó y lo abrazó calurosamente. Y de repente la visión terminó.

En los días siguientes, se decidió que Mons. João viajara a España para exponerle el caso a un buen teólogo o canonista y pedirle orientación. Al llegar al Viejo Continente, los miembros del Grupo que residían allí le sugirieron que se dirigiera a Salamanca, donde sabían que se hallaban los especialistas deseados.

Después de unas cuatro horas de viaje, llegaron a su destino. Era la primera vez que nuestro fundador estaba allí... físicamente. Todo era exactamente como le había sido mostrado: el edificio de piedra, la puerta y el fraile dominico que aparecía con su hermoso hábito. Se trataba del P. Arturo Alonso Lobo, OP, un gran canonista.

El sabio hijo de Santo Domingo estudió profundamente las acusaciones contenidas en las cartas y las contestó por escrito, afirmando que



Mons. João durante la acción de gracias de la misa, en agosto de 2006

no había nada en el Dr. Plinio ni en su discípulo que fuera contrario a la doctrina y a las costumbres de la Santa Iglesia Católica. La visión de Mons. João se había realizado, aportando la solución al inextricable problema. Un detalle, no obstante, se había reservado para materializarse sólo en la despedida: el P. Alonso saludó cordialmente a las cuatro personas que acompañaban a Mons. João, pero cuando llegó frente a él, le dio un fuerte abrazo.

A lo largo de los años se sucedieron numerosos episodios similares a éste. Muchos han sido los hijos e hijas aconsejados a distancia, las personas que místicamente se aparecían ante él en las más variadas situaciones, pidiendo ayuda, en peligro o necesitadas de orientación —a veces, incluso con una «leyenda» en una foto, indicando el nombre del interesado— o, al contrario, aquellos que estando lejos vieron a Mons. João. Era igualmente frecuente que describiera toda la vida de alguien, su situación familiar, ascendencia y otros detalles, simplemente analizando una fotografía o escuchando su voz por teléfono.

¡Cuántos otros hechos podrían ser narrados en los que se superaron claramente las barreras entre la fe, lo humano y lo sobrenatural!

Irresistibles y acertados soplos del Espíritu Santo

La osadía era otra constante en la vida de Mons. João. ¡Cuántas decisiones serias, tomadas con seguridad y de inmediato, presenciaron sus allegados! Algunos podrían considerarlo temeridad, precipitación o incluso presunción; otros, lances de un temperamento fogoso, dado a lo inesperado. ¡Pobre del que juzga así a los hombres de Dios!

Quienes entienden de vida mística tienen una explicación muy diferente para este fenómeno: el alma que está unida a Dios por entero «suele sentir unos violentos y dulcísimos impulsos, que la llevan sin saber adónde, pero seguramente a unas alturas para las cuales no bastan la luz, la fuerza ni la dirección ordinarias».⁷

Es lo que ocurrió en 1978. Al enterarse de algunas revelaciones privadas hechas por Nuestra Señora del Buen Suceso a la madre Mariana de Jesús Torres, una religiosa concepcionista de Ecuador, el Dr. Plinio mostró bastante interés en tener más datos sobre el asunto. Monseñor João, incansable, se dispuso a viajar a esa nación para intentar averiguar algo, aun careciendo de indicaciones concretas que facilitaran su misión.



El Dr. Plinio y Mons. João delante del convento de los dominicos de Salamanca (España), en 1988

Llegó a Quito durante la noche, donde fue recibido por sus hermanos de vocación de ese país, y quiso ir directamente al monasterio de las concepcionistas. Como era de esperar, la iglesia ya estaba cerrada debido a la hora. Sus acompañantes lo lamentaron mucho y le prometieron que volverían al día siguiente. Conocían poco a nuestro fundador... Decidió hacer como Josué ante las murallas de Jericó, y empezó a dar vueltas alrededor del monasterio rezando varios rosarios. Al terminar el último, se dirigió a una de las puertas del edificio y, para sorpresa de todos, la encontró abierta.

Al día siguiente tuvo que ir a la ciudad de Riobamba para conseguir más información sobre las misteriosas profecías del convento de las concepcionistas de allí. La priora local le dijo que no podía hacer nada por él sin la autorización escrita de la madre superiora, que se encontraba convaleciente en Quito, de donde él había venido... Sin perder un instante, Mons. João tomó el camino de vuelta a la capital con un solo acompañante, llegando allí hacia las ocho de la tarde. Para asombro de éste, dijo que iba a buscar a la madre esa misma noche.

—Pero ¿adónde vamos? ¡No tenemos ninguna dirección y Quito es una ciudad grande! —replicó la persona que lo auxiliaba.

—Lleve el coche allí arriba, y bajaremos preguntando por las monjas —respondió Mons. João, indicando una calle que estaba en una elevación.

Un tanto incrédulo, su compañero accedió, pero mostrando cierto disgusto ante algo tan modesto y aparentemente ineficaz. Comenzaron la búsqueda, yendo casa por casa, recibiendo una serie de negativas, las cuales parecían darle la razón a su «sensato» amigo... Sin embargo, esto duró poco. Al entrar en otra calle, Mons. João fue a un pequeño bar y preguntó por las concepcio-



Fernando Gonzalo

Era la primera vez que Mons. João visitaba aquel monasterio en España... físicamente. Todo era como lo «había visto» cuando estaba en São Paulo



Archivo Revista

Monseñor João ante las reliquias de San Juan Bosco en la basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia), en 1997

nistas. Nueva sorpresa: estaban un piso más arriba, en el mismo edificio.

Llamaron a la puerta y les abrieron dos religiosas. Vieron a Mons. João, que vestía traje y corbata, y se arrodillaron. Nuestro fundador se disculpó por la hora y les preguntó si era posible hablar con la superiora. Le confirmaron que estaba en la casa, la llamaron y, al acercarse, ¡la madre también se arrodilló!

Al sentir que el Espíritu Santo soplababa sobre aquella alma escogida, todas tuvieron esa sorprendente reacción. Y la buena madre escribió una carta indicando que le facilitaran a Mons. João todo lo necesario con relación al tema de las revelaciones privadas de Nuestra Señora del Buen Suceso. ¿Cómo se puede explicar con criterios meramente humanos un hecho así?

«Todo está resuelto»

Otro fenómeno de la mística que acompañó a Mons. João durante toda su vida fueron las locuciones interiores.

En 1997 la obra fundada por el Dr. Plinio atravesaba una situación compleja. Con el deber paterno de sustentar, incluso materialmente, a innumerables hijos espirituales vinculados a él, Mons. João buscaba la manera de obtener los recursos necesarios. La encontró en Turín, junto al cuerpo de San Juan Bosco.

Por motivos de apostolado tuvo que viajar a Europa y, a su paso por el norte de Italia, se dirigió a la basílica de María Auxiliadora para rezar junto a las reliquias del santo fundador de los salesianos, a quien siempre le había profesado una entrañable devoción.

Tras una prolongada y recogida oración, salió de la basílica; pidió ponerse en contacto con el responsable de los asuntos económicos de la obra

para decirle que no se preocupara, pues todas las dificultades se solucionarían pronto. Tal era su convicción que el administrador pensó que se trataba de una gran donación recibida por Mons. João durante el viaje. Pero luego se lo explicó: mientras rezaba, San Juan Bosco le había prometido claramente que se ocuparía de las finanzas y, en poco tiempo, todo estaría resuelto. Y así se cumplió.

Una consolación al comienzo de la mayor prueba

Como ya sabe el lector, en 2010 nuestro fundador sufrió un accidente cerebrovascular. Días más tarde, mientras convalecía en el Hospital Oswaldo Cruz, de São Paulo, ocurrió un episodio que abriría una nueva etapa en su vida mística.

Por la mañana temprano, llegan sus acompañantes y lo notan distinto, pues sus ojos brillan de una manera especial. Le preguntan si pasó algo durante la noche, si recibió alguna gracia inusual, y siempre obtienen una enfática confirmación. Entonces empieza a hacer un gesto con la mano izquierda, simbolizando un giro de ciento ochenta grados.

Con esfuerzo, porque después del accidente no siempre salían de sus labios los términos precisos, consigue decir: «Alguien vino aquí. Eran tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo». También añade que se trata de un favor sobrenatural análogo a la visión de Dios.⁸ Y, finalmente, Mons. João se emociona al hablar... Durante varios días, una alegría superior —incomprendible para los ojos naturalistas— le invade en ese ambiente hospitalario.

Debido a la dificultad de comunicación y a su discreción en relación con este tipo de fenómenos, nunca llegó a dar más detalles sobre ese episodio, pero éste le causó una profunda impresión. Aunque pudiera parecer un fenómeno aislado, en realidad se trataba de un hito importante en la larga ascensión que iniciaba su etapa más difícil.

En el auge de la vida, una oferta del demonio...

Siendo la vía mística una participación en la propia vida de Nuestro Señor Jesucristo, a los que suben por esta «escalera» no les podría faltar un peldaño también recorrido por el divino Maestro: «Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo» (Mt 4, 1).

En mayo de 2021, durante la madrugada, Mons. João «vio» claramente que alguien se acercaba a su cama. Tenía apariencia humana, vestía de negro y transmitía una imponente sensación de maldad y frialdad. Nuestro fundador discernió in-

Era la primera vez que Mons. João visitaba aquel monasterio en España... físicamente. Todo era como lo «había visto» cuando estaba en São Paulo



Los que tuvieron la inmensa gracia de convivir con Mons. João conocieron a un varón todo sobrenatural, de fe ardiente, en quien siempre se sentía intensamente la presencia de Dios

mediatamente que se trataba de una presencia preternatural y dispuso su espíritu para la batalla.

Al parecer, el tentador no había ido a atormentarlo, a hacerle ningún daño físico ni a vengarse. Quería, más bien, presentarle una propuesta: muchos años más de vida, la recuperación completa de las secuelas del accidente que había sufrido y todas sus aspiraciones personales cumplidas, si se unía a él.

La respuesta de nuestro padre no podía haber sido otra: un gran acto de odio, rechazo y desprecio, manifestado con enorme vehemencia en un grito, que se escuchó desde una considerable distancia, contra ese ser rebelde e immundo, que intentaba una última jugada para conquistar a aquel que siempre lo había denunciado y combatido.

Al ver que su enloquecido plan había fracasado, el misterioso ser se retiró por la puerta del cuarto, mientras Mons. João lo seguía con mirada desafiante y amenazadora.

«Dichosos los que te conocieron...»

Quizá el episodio más importante en la existencia de nuestro fundador fuera el abrazo recibido de la Santísima Virgen el 12 de julio de 2008, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, del que hablaremos detalladamente en otro artículo de esta misma edición. Ese día tuvo lugar lo que Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz describen como el auge de la vida mística: el desposorio

espiritual.⁹ A partir de entonces, la Virgen María y él ya no serán dos, sino uno (cf. Jn 17, 10.21-22), en esa altísima realidad sobrenatural simbolizada por el matrimonio humano.

«El resto de sus hazañas, combates, acciones, títulos de gloria, no han sido escritos aquí porque fueron demasiado numerosos», podríamos añadir, parafraseando la épica crónica de los Macabeos (cf. 1 Mac 9, 22). Profecías, visiones, sueños sobrenaturales, discernimiento de los espíritus, relatos de consejos a distancia e incluso posibles bilocaciones... ¿Cómo abarcar de forma exhaustiva un tema que, sin duda, requiere una obra específica y un análisis más cuidadoso de los hechos?

Sin embargo, de todo lo dicho, es necesario que al lector le quede claro un punto. Los que tuvieron la inmensa gracia de convivir con Mons. João conocieron a un varón todo sobrenatural, de fe ardiente, *hors-série*, en quien siempre se sentía intensamente la presencia de Dios. En definitiva, apoyados en los grandes santos y teólogos de la vida mística, afirmamos sin recelo: lo que veíamos ya no era un hombre corriente, sino la Santísima Trinidad viviendo en él y amando a aquél con quien María quiso ser un solo corazón.

¡Oh, Mons. João, «dichosos los que te conocieron y fueron honrados con tu amistad»! (Eccl 48, 11). ♦

¹ Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Ré-ginald. *Les trois âges de la vie intérieur: prélude de celle du Ciel*. Paris: Du Cerf, 1938, t. I, pp. 307-336.

² Cf. AFRAATES. «Sobre la oración». In: ODEN, Thomas C; SHERIDAN,

Mark (Ed.). *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Antiguo Testamento*. Madrid: Ciudad Nueva, 2005, t. II, p. 273.

³ Cf. GONZÁLEZ ARINTERO, OP, Juan. *La evolución mística*. Madrid: BAC, 1959, p. 23.

⁴ *Idem*, p. 17.

⁵ *Idem*, p. 603.

⁶ GONZÁLEZ ARINTERO, OP, Juan. *Cuestiones místicas*. 2.^a ed. Salamanca: Calatrava, 1920, p. 58.

⁷ GONZÁLEZ ARINTERO, OP, Juan. *La evolución mística*, op. cit., p. 204.

⁸ El P. Juan González Arintero explica que ese «ver a Dios» en una «familiaridad estupenda» es el último grado de la vida mística (cf. GONZÁLEZ ARINTERO, *La evolución mística*, op. cit., p. 603).

⁹ Cf. *Idem*, pp. 529-549.

Monseñor João da la bendición con el
Santísimo Sacramento en la basílica
de Nuestra Señora del Rosario,
Caieiras (Brasil), en enero de 2009





UN VARÓN EUCARÍSTICO

Al ser la Eucaristía el ápice y fin de la vida cristiana, en la relación de Mons. João con el más augusto de los sacramentos podemos discernir el elevadísimo grado al que llegó su vida sobrenatural.



✉ **Hna. Adriana María Sánchez García, EP**

Ana vez le preguntaron al gran San Ignacio de Loyola qué haría si le llegara un decreto del Papa en el que le ordenaba el cierre de la Compañía de Jesús. Con toda sencillez, respondió que necesitaría quince minutos para recogerse en la capilla y rezar ante el Santísimo Sacramento. Luego, asegurado el dominio de sí, lo empezaría todo de nuevo.¹

Santo Tomás de Aquino, por su parte, llegó a afirmar que aprendió mucho más en las horas pasadas en adoración ante Jesús sacramentado que en sus años de estudio.² Así pues, la vida de los santos está marcada por una ardiente devoción eucarística, ideal al que todo bautizado también debe aspirar.

«Dios está ahí»

A petición de sus hijos espirituales, Mons. João contó en varias ocasiones su primer encuentro con Jesús Hostia, cuando tan sólo tenía 5 años. Un día había salido con su madre, y al final de la tarde ambos entraron en la pequeña capilla de Nuestra Señora de los Dolores situada en el barrio de Ipiranga, de São Paulo, en el momento en que estaba terminando la adoración eucarística. Así describe él mismo la escena, en su última obra publicada en vida:

«La capilla se encontraba abarrotada. Todos estaban arrodillados, y las mujeres llevaban velo, en actitud de gran respeto. Contemplaban la hermosa custodia dorada, que relucía en el altar entre velas y flores. El niño también se arrodilló, fijando su mirada en la sagrada especie, que ni siquiera sabía que se llamaba hostia. Se sentía fuertemente atraí-

do y, al mismo tiempo, tomado de un profundo temor religioso. Cuando terminó el canto, se hizo un silencio absoluto. Con la solemnidad habitual del ceremonial litúrgico de aquellos tiempos, el sacerdote se acercó al altar para dar la bendición, mientras los presentes se inclinaban en reverencia».³

Como era muy pequeño, pensaba: «No voy a bajar la cabeza, porque quiero ver qué va a pasar...». Y permaneció atento, observándolo todo a su alrededor. Cuando el sacerdote levantó la custodia y empezó a trazar la solemne cruz, una fuerte convicción se grabó en su espíritu: «Dios está ahí».

Aún no había comenzado a ir a clase de Catecismo, ni le habían dado ninguna explicación sobre el Sacramento del altar; sin embargo, debido a una profunda moción mística, sintió la presencia del Señor —en cuanto grandeza extraordinaria, aliada a una bondad sin límites— y tuvo ganas de pasar allí toda la noche.

«Ese primer contacto con la sagrada Eucaristía lo arrebató, y fue el punto de partida de una relación cada vez más intensa con Jesús sacramentado, anticipando en cierto modo las horas y horas que, a lo largo de décadas, pasaría en adoración ante el Santísimo expuesto».⁴

La Primera Comunión

Después de su primera confesión, hecha a los 9 años, el pequeño João regresó a casa con mucho cuidado, porque de ninguna manera quería manchar su alma con alguna falta y, en consecuencia, recibir la comunión de un modo menos digno a la mañana siguiente.

Al asistir por primera vez a la bendición del Santísimo, una fuerte convicción se grabó en el espíritu del pequeño João: «¡Dios está ahí!»



Aquel primer contacto con la sagrada Eucaristía lo arrebató y constituyó el punto de partida de una relación cada vez más intensa con Jesús sacramentado

Al rayar el día 31 de octubre de 1948, se vistió con la ropa propia para la ocasión y se dirigió a la iglesia de San José de Ipiranga, donde comenzaría la misa a las ocho. Ocupó su lugar en los bancos, sintiéndose como en la antecámara del Cielo mientras transcurría la celebración. Al acercarse a la mesa de la comunión, su corazoncito de niño latía con fuerza, pues sabía que sucedería uno de los acontecimientos más importantes de su vida. Cuando el sacerdote depositó la sagrada especie en su lengua, «comprendió que recibía en sí el mayor tesoro de la faz de la tierra, y exclamó interiormente: “¡Dios está en mí! ¡Soy un sacerdorio!”. Y fue colmado de gracias muy sensibles de consolación y de incomparable felicidad, como nada en este mundo puede dar, acompañadas de la noción de que era sacerdicio por dentro».⁵

A partir de entonces encontraría en el Santísimo Sacramento la fuerza necesaria para afrontar las luchas que la Providencia le tenía reservadas, el remedio para todas las dificultades, el consuelo en las aflicciones y un amigo íntimo con el que convivir en cualquier circunstancia.

Creciente devoción eucarística

Esta entrañable devoción no haría sino crecer con el tiempo. A los 16 años, desde el momento que él denominó su «conversión», considerado en otro artículo de esta edición, empezó a comulgar todos los días. Tal era su deleite que a menudo ayudaba como acólito en dos o tres misas seguidas, y sólo después regresaba a casa para desayunar y estudiar. Este hábito de la comunión diaria nunca se interrumpiría, ni siquiera, como hemos visto, durante el período en que tuvo que hacer el servicio militar.

Ya como miembro de la obra del Dr. Plinio, en cierto momento, Mons. João fue admitido como ministro extraordinario de la sagrada comunión, habiendo distribuido la Eucaristía por primera vez en 1973. Tanto asombro lo invadió ante la insigne gracia de tocar la sagrada forma, en la que, bajo la apariencia de pan, Nuestro Señor Jesucristo está realmente presente, que tembló de emoción.

En numerosas ocasiones dijo en confianza que la adoración eucarística solemne tocaba su alma incluso más que la comunión. Y, al respecto, escribió en la carta en la que solicitaba la admisión al orden del presbiterado: «Junto al Santísimo Sacramento expuesto —ante el cual me encuentro— mi ser no sólo entraba en calma, sino que siempre me sentía angelizado y dispuesto a todos los holocaustos».⁶

Irresistible atracción

Siendo la vida misma (cf. Jn 14, 6), Jesús sacramentado vivifica a todos los que se acercan a Él. Por eso Mons. João, siguiendo las huellas de tantas almas eucarísticas, muchas veces lo comparaba con el sol, que da vida a todos los seres. Y así como el astro rey quema inexorablemente el rostro de quienes se exponen a sus rayos, el Santísimo ilumina y embellece el alma —*mens impletur gratiae!*— del que se pone ante Él, lo que permitía a nuestro fundador discernir, por su gran sensibilidad eucarística, a aquellos de entre sus hijos que tenían la costumbre de frecuentar la capilla con asiduidad.

Movido por una atracción irresistible, siempre que surgía una oportunidad, Mons. João se dirigía a la capilla de la casa donde residía, para hacerle compañía a aquel que prometió: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20). En una época en la que el Santísimo Sacramento aún no era expuesto con frecuencia, tenía la costumbre de encender las velas del altar, abrir la puerta del sagrario y permanecer un tiempo largo en estado de quietud, conviviendo con el Señor.

En algunas ocasiones, solía acercar su cabeza dentro del sagrario, a semejanza de lo que otra vez hiciera Santo Tomás de Aquino, «como para sentir palpitar el Corazón divino y humano de Jesús».⁷ Permanecía así, según afirmó, enteramente envuelto por la atmósfera creada por Jesús Hostia y libre de las preocupaciones demasiado terrenas del día a día. ¡Cuántas gracias recibió en esta bendita intimidad eucarística!



Reproducción

João en el día de su Primera Comunión, el 31 de octubre de 1948



Cumpliendo un viejo deseo de su padre y maestro, Mons. João procuraba estar cerca de Jesús eucarístico incluso cuando realizaba sus trabajos diarios. De hecho, así decía el Dr. Plinio en 1965: «Cómo me gustaría entrar en la capilla y ver a los miembros del Grupo dibujando, leyendo, escribiendo, estudiando, todo con mucha discreción, evidentemente. Sería un paso más: no sólo rezar ante el Santísimo Sacramento, sino vivir en su compañía, porque la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo es algo, por así decirlo, “transincomparable”. Es propio de nosotros no sólo rezar, sino introducir todas las actividades de la vida en la atmósfera de lo sagrado. Una capilla que tuviera algo de sala capitular, de oratorio preponderantemente, de salón de armas y de despacho, esa sería nuestra capilla».⁸

Los artículos de su autoría publicados en esta revista, *verbi gratia*, Mons. João los escribía invariablemente en la capilla de la casa madre de los heraldos, ante el Santísimo Sacramento expuesto. Ponía una mesa y una silla en un sitio discreto y allí pasaba largas horas trabajando y, con su ejemplo, incentivaba a sus hijos a hacer lo mismo.

Obra consagrada a Jesús sacramentado

Con la muerte del Dr. Plinio, la responsabilidad del destino del movimiento que él había iniciado recayó sobre los hombros de Mons. João. Al sentirse, en su humildad, incapaz de sostener él solo a los que lo seguían y de afrontar las dificultades de todo tipo que esta tarea le acarrearía, comprendió que sólo había una salida: consagrarlo todo al Santísimo Sacramento. Plenamente concentrado, en el

silencio de su habitación, se puso en espíritu ante el sagrario de la capilla de la casa y entregó toda la obra en manos de Jesús Hostia, seguro de que sería atendido.

Se abriría una nueva etapa en la vida de Mons. João. Privado de la presencia física del Dr. Plinio, se aferraría más que nunca a Jesús eucarístico como a un ancla inamovible, apoyo firme y consejero infalible en todas las circunstancias. Y muchas de las gracias que anteriormente había recibido en el trato con su padre espiritual, empezó a sentir las, con mayor intensidad si cabe, delante del Santísimo.

En 1998 expresó su deseo de instituir la adoración perpetua en alguna casa de su obra, lamentando, no obstante, que la realización de este deseo pareciera posible sólo en un futuro lejano. Pero la espera no se hizo sentir. El 1 de noviembre de 1999, a instancias de quien sería el asistente espiritual internacional de los Heraldos del Evangelio, esta devoción comenzó en la casa madre de la institución, el Éremo de São Bento, y luego se extendió a otras dos comunidades.

Tras la aprobación pontificia de los heraldos en 2001, promovió que la adoración eucarística solemne se realizara diariamente en el mayor número posible de casas, fomentando en sus hijos espirituales dicha devoción sin la cual nada se consigue, sea en el campo sobrenatural, sea en lo material. En efecto, «la Eucaristía, figurada por el maná, contiene también todo género de virtudes; es remedio contra nuestras enfermedades espirituales, fuerza contra nuestras cotidianas flaquezas, fuente de paz, de gozo y felicidad».⁹

Mons. João procuraba estar cerca del Santísimo incluso durante sus trabajos cotidianos, y promovió que la adoración eucarística solemne se realizará en las casas de su obra



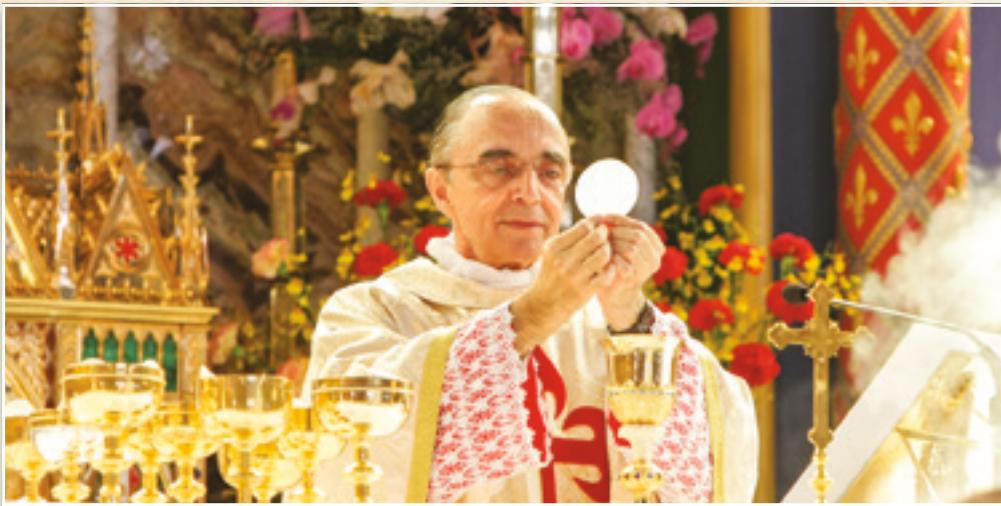
Rodrigo Solera

Monseñor João trabajando en la capilla de la casa madre de los heraldos, en agosto de 2003



Ordenado sacerdote, lo que más le conmovía al consagrarse era el hecho de que un simple mortal, «prestandole» sus cuerdas vocales al Señor, hiciera que el propio Dios encarnado bajara a la tierra

Archivo Revista



Monseñor João en una misa celebrada en enero de 2009

Años más tarde, al entrar en la capilla de la adoración perpetua de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, la primera iglesia erigida por él, Mons. João se emocionaría al ver realizado su sueño, y como oyendo al Señor decirle: «¡He asumido esta obra!».

Dos comuniones diarias... ¿y por qué no?

Llevando aún más lejos su devoción eucarística, a principios de 2004 Mons. João invitó a un sacerdote amigo a celebrar la santa misa después de su reunión diaria con los miembros de los Heraldos del Evangelio, costumbre que no existía hasta entonces. Esto se repitió durante varios días, y muchos se preguntaban si no estaría rezando por una intención especial.

En un momento de intimidad, algunos de sus hijos más cercanos, deseosos de penetrar en el corazón de su padre espiritual, le preguntaron el motivo de aquella secuencia de misas. Con toda sencillez, respondió que no buscaba una gracia específica, sino que deseaba que todos pudieran comulgar una segunda vez, conforme lo permite el derecho canónico.¹⁰ Y explicó que sentía que, así como el mal avanzaba a pasos agigantados con vistas a perder las almas, el bien necesitaba hacer un progreso proporcional, porque de lo contrario los buenos no resistirían estos nuevos embates.

En una ocasión propicia, expuso lo mismo durante una reunión plenaria, subrayando que a partir de entonces adoptaría personalmente esta costumbre, sin querer imponerla de ningún modo a los demás. Sin embargo, enseguida la mayoría de sus hijos siguieron su ejemplo.

Hacer que Dios mismo baje a la tierra

Cuando recibió la ordenación sacerdotal en 2005, Mons. João, que siempre se había extasiado con el Santísimo Sacramento expuesto, no dudó en afirmar que la consagración del pan y del vino durante la misa lo arrebataba de una manera aún más sensible.

Al pronunciar las palabras de la consagración, como que constataba, a través de los velos de la fe, cómo Nuestro Señor Jesucristo realmente se hacía presente sobre el altar, impresión sobrenatural que se acentuaba con la especie del vino, por su semejanza con la sangre.

Lo que más le conmovía en esos momentos era el hecho de que un simple mortal, «prestandole» sus cuerdas vocales al Señor, hiciera bajar a la tierra al propio Dios encarnado. En sus manos se hallaba aquel que había obrado tantos milagros y que podía santificar, sanar cualquier dificultad y resucitar a todos los hombres al final de los tiempos. Eran gracias tan sensibles que, en el breve interin hasta la comunión, hacía varias comuniones espirituales, movido por una santa avidez de recibir cuanto antes a Jesús sacramentado.

Hacia la plena configuración con Jesús eucarístico

Bastaba asistir a una misa celebrada por Mons. João para constatar su fe ardiente y su amor apasionado por la Eucaristía. ¡Con cuánta concentración pronunciaba las palabras de la consagración, consciente de que, a su voz, Jesús «nacía» de nuevo sobre el altar! ¡Con cuánta piedad levantaba la hostia y el cáliz, con la mirada como transfigurada por tener el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Señor en sus manos! ¡Con cuánto recogimiento

hacía la acción de gracias después de la comunión, a menudo contemplando con ternura un crucifijo o una imagen de la Virgen!

No obstante, esta devoción tan sincera, que movía a quienes la presenciaban e invitaba a imitarla, se sublimaba aún más cuando sobre ella se posaba la sombra austera y luminosa de la cruz de Cristo.

«El sacerdote es *alter Christus* y, a semejanza de su divino Maestro, debe ser una hostia inmolada a la gloria de Dios y consagrada a la salvación de las almas».¹¹ Monseñor João era plenamente consciente de esa realidad y con semejante objetivo fue por el que entró en las vías sacerdotales, como él mismo declaró: «Quiero ser consumido como una hostia al servicio [de Jesús] en beneficio de mis hermanos y hermanas».¹² Toda su existencia había sido una constante inmolación, pero el Señor anhelaba aún más, porque «tal es la perfección que corresponde al sacerdote».¹³

En este sentido, como consecuencia del accidente cerebrovascular que sufrió en 2010, la Provi-

dencia le pidió que hiciera uno de los mayores sacrificios de su vida: abstenerse de celebrar la santa misa durante casi un año. Y a este sufrimiento se sumó una completa aridez con relación al Santísimo Sacramento, que duraría meses. Sin embargo, nada de esto hizo que tambaleara su amor por Jesús eucarístico.

Habiendo vuelto a ofrecer el santo sacrificio, un día Mons. João invitó al P. Bruno Esposito, OP, su íntimo amigo, a una de sus misas. Era una eucaristía inusual en todos los sentidos. El celebrante se hallaba en silla de ruedas, padeciendo las secuelas del ictus que le sobrevino, pero en nada disminuiría la compostura, la sacralidad y la devoción que siempre lo habían caracterizado. Toda la misa fue cantada y el ceremonial se distinguió por su esplendor. El sacerdote invitado siguió todo con gran respeto e incluso veneración. Terminada la celebración, se arrodilló ante Mons. João y gritó: «¡Gracias por la homilía!».

Nuestro fundador lo miró con cierta extrañeza, pues no había dicho ni una sola palabra a los asistentes... ¿A qué se refería? El sacerdote explicó entonces que la homilía era su «testimonio», es decir, el amor demostrado a la eucaristía y a sus hijos espirituales al celebrarla con tanta perfección y piedad en aquellas circunstancias.

Y así lo hizo hasta que sus fuerzas ya no se lo permitieron. Hasta el último momento no dejó de asistir, siempre que le fue posible, al santo sacrificio y de comulgar atentamente, con un fervor que sorprendía a sus acompañantes al trascender claramente su estado físico en el transcurso del día.

Quizá la devoción eucarística de Mons. João haya alcanzado entonces su apogeo, configurándolo con Jesús Hostia no sólo como sacerdote, sino también como víctima, y preparándolo para el encuentro definitivo con el Redentor. ♦



Monseñor João con el P. Bruno Esposito después de una misa, en diciembre de 2017

¹ Cf. DAURIGNAC, J. M. S. Santo Inácio de Loyola. 4.^a ed. Porto: Apostolado da Imprensa, 1958, p. 334.

² Cf. JOYAU, OP, Charles-Anatole. *Saint Thomas d'Aquin*. Tournai: Desclée; Lefebvre et Cie, 1886, pp. 162-163.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Carta a Mons. Lucio Ángelo Renna, OCarm*. São Paulo, 25/4/2005.

⁴ *Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. I, pp. 37-38.

⁵ *Idem*, pp. 38-39.

⁶ *Idem*, pp. 50-51.

⁷ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Carta a Mons. Lucio Ángelo Renna, OCarm*. São Paulo, 25/4/2005.

⁸ BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 23/6/2010.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla. Amparo*, 12/10/1965.

¹⁰ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD. *Obras eucarísticas*. 4.^a ed. Madrid: Ediciones Eucaristía, 1963, p. 312.

¹¹ Cf. CIC, canon 917.

¹² BEATO COLUMBA MARMIÓN. *Jesucristo, ideal del sacerdote*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1953, p. 74.

¹³ CLÁ DIAS, *Carta a Mons. Lucio Ángelo Renna*, op. cit.

¹⁴ BEATO COLUMBA MARMIÓN, op. cit., p. 75.



El amor a la eucaristía demostrado al celebrarla con tanta perfección y piedad, en circunstancias tan difíciles, se convirtió en su más elocuente homilía



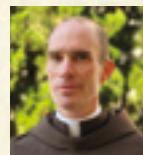
Monseñor João venera una imagen de Nuestra Señora Auxiliadora de los Cristianos, en la casa de formación Thabor, Caieiras (Brasil)





EN LOS BRAZOS DE MARÍA

Al contemplar tan elevados pináculos, ¿deberíamos hablar sólo de devoción o podríamos reconocer en tal relación con Nuestra Señora una verdadera unión mística?



℟ P. Santiago Ignacio Morazzani Arráiz, EP



n las primeras páginas de su obra dedicada a María Santísima,¹ la última que nos dejó antes de partir hacia la eternidad, Mons. João describe el itinerario de su devoción mariana mencionando la figura bíblica de la escalera de Jacob, cuyos extremos tocaban la tierra y el Cielo. Así, los misteriosos peldaños contemplados en sueños por el patriarca (cf. Gén 28, 11-19) simbolizarían, para nuestro fundador, los sucesivos episodios que tuvieron lugar en el recorrido de su unión con Nuestra Señora.

De hecho, se puede afirmar que su vida espiritual consistió en una larga e ininterrumpida ascensión en el conocimiento y en el amor a aquella que fue llamada la «Montaña de Dios».²

Esperanza y encuentro

Para el pequeño João, los albores de su devoción mariana surgieron durante el período en el que se vio obligado a afrontar arduas batallas en defensa de su inocencia, tema tratado en un artículo anterior.

Presionado por parientes y compañeros para que abandonara su buen comportamiento y rompiera con su propia rectitud, resistió apoyado en la esperanza de encontrar, por fin, a la persona a la que debía seguir, la que se le figuraba como un hombre idealista y desinteresado, movido exclusivamente por el amor a Dios y al prójimo. En esos momentos de terrible lucha interior, se arrodillaba en su cama y, entre lágrimas, rezaba avemarías y le suplicaba a la Santísima Virgen la gracia de conocer a ese varón.

Cuando se produjo el tan esperado encuentro, el 7 de julio de 1956, se abrió ante João el camino luminoso que lo conduciría a la entrega total y definitiva a Nuestra Señora: la consagración como esclavo de amor según el método de San Luis María Grignon de Montfort, que realizó teniendo al Dr. Plinio como mediador.

Ahora bien, el guía y formador al que se confió no era un personaje de éxito según el mundo. Al contrario, se trataba de un profeta perseguido y calumniado, como ocurre a menudo con los hombres de Dios (cf. Mt 5, 12). En medio de las tormentas de la adversidad que se abatían sobre el maestro sería cuando Nuestra Señora conduciría al discípulo a una mayor unión con Ella.

La devoción por excelencia

Durante la violenta crisis de diabetes que sufrió el Dr. Plinio en 1967 es cuando Mons. João ve por primera vez una reproducción del milagroso fresco de Nuestra Señora del Buen Consejo, venerado en la pequeña localidad italiana de Genazzano. Con la salud seriamente quebrantada, rodeado por las apariencias de un irremediable fracaso en su vocación y en su obra, y oprimido por una terrible prueba interior, el Dr. Plinio es obsequiado por un amigo con una estampa de *Mater Boni Consilii*, que contempló durante largo tiempo. Mientras estaba mirando la fisonomía de la Virgen, recibió en el fondo de su alma la promesa que lo sustentaría hasta la muerte: Ella lo conduciría al pleno cumplimiento de su misión.

Monseñor João estaba a su lado en aquel momento y acompañó la intensa acción de la gracia

La vida espiritual de Mons. João consistió en una larga, luminosa e ininterrumpida ascensión en el conocimiento y en el amor a María Santísima

sobre él. La contemplación de esta gracia mística recibida por su padre espiritual dejó huellas indelebles en su alma, abriendo un nuevo horizonte en su relación con María Santísima:³ el trato íntimo con la Reina del Cielo, más especialmente bajo la invocación de la Madre del Buen Consejo.

El vivísimo interés que la historia de la imagen de Genazzano despertó en Mons. João estuvo en el origen del libro que escribiría más tarde, *Madre del Buen Consejo*,⁴ en donde narra las maravillas obradas por Dios a través de esta devoción. Sin embargo, su mayor encanto era la expresión de amor maternal que trasluce en el rostro de Nuestra Señora, como él mismo describió:

«Es precisamente este desbordamiento de amor y cariño que el autor experimenta cada vez que se acerca a *Mater Boni Consilii*. Estar delante del sagrado fresco, dejarse penetrar por el intercambio de miradas entre Madre e Hijo, sentirse de algún modo inserto en esa inefable convivencia, constituye para él una especie de “pre-visión beatífica”, que le llena el alma de consuelo y reaviva todas sus esperanzas interiores. ¡Cuánta alegría, cuánto amparo, cuánto sustento espiritual recibe ahí en los largos coloquios con su Madre!».⁵

«Hijo mío... ¡confianza!»

En noviembre de 1978 Mons. João tuvo la dicha de venerar por primera vez en Genazzano la imagen original de Nuestra Señora del Buen Consejo. No obstante, fue en 1984 cuando experimentó hasta qué punto el amor de María incidía en él y le ofrecía la solución a todos sus problemas y dificultades.

Debido a una innoble campaña de calumnias desencadenada ese año contra el Dr. Plinio, Mons. João tuvo que partir hacia Europa con el fin de obtener pareceres de teólogos de renombre que ayudaran a demostrar la inocencia de su padre espiritual y, de esta manera, proteger su figura y su obra. Con todo, creyéndose culpable de la terrible



Archivo Revista

Monseñor João en 2001

tormenta por la que atravesaba la institución, emprendió el viaje en medio de una gran angustia y prueba interior. Con la esperanza de recibir alguna inspiración de la Virgen, decidió visitarla en Genazzano.

Cuando entró en la capilla del sagrado fresco, inmediatamente se sintió atraído por la maternal expresión de la Madre del Buen Consejo. En cierto momento, no obstante, fue interrumpido en su contemplación por uno de sus acompañantes, quien le dijo que tenía en sus manos comunicaciones de Brasil, grabadas en cinta casete, y que le pedía que las conociera sin demora. Monseñor João permaneció

indeciso unos instantes, porque deseaba prolongar aquella íntima convivencia con su celestial protectora, pero no podía dejar de oír los mensajes, sin duda referentes a las arduas y delicadas luchas que se libraban en ese momento. Finalmente, encontró la solución: los escucharía a bajo volumen, allí mismo, con la grabadora muy cerca del oído.

¡Qué sorpresa! Era la voz del Dr. Plinio, tan conocida y tan paternal: «Mi queridísimo João: ¡Salve María! Sé que estás angustiado, debatiéndote con los problemas relacionados con el *estruendo*.⁶ Y no habría mejor sitio que Genazzano para pedirle gracias a la Virgen a este respecto. Quería transmitirte una noticia que te va a llenar de satisfacción». Y le explicó que una de las situaciones más peligrosas y preocupantes se había resuelto. «El caso está cerrado —concluyó—, por lo que ha quedado atrás en tu historia y en la mía. Y creo que esto se debe a la intervención de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano».

Esa noticia supuso para Mons. João un inmenso alivio y la confirmación de sus esperanzas. La experiencia de la bondad de María Santísima, unida a un sentimiento de inexpresable gratitud, inundaba su alma de alegría. Mientras fijaba la mirada en el rostro de la Virgen, le pareció que ésta le sonreía diciendo: «Hijo mío, he sido yo quien lo ha conseguido. De ahora en adelante, ¡confianza!».

La contemplación de aquella gracia mística recibida por su padre espiritual abrió un nuevo horizonte para Mons. João: el trato íntimo con la Reina del Cielo



Promesas de auxilio

Tomado por aquella consolación, Mons. João se acercó aún más al fresco y se arrodilló. Estaba contemplando los discretos cambios que se obraban en la fisonomía y en los colores de la imagen de la Virgen y del Niño Jesús, fenómeno bien conocido por los devotos de *Mater Boni Consilii*, cuando, en cierto momento, tuvo la fuerte impresión de que los dos respiraban como personas vivas, incluso con ligeros movimientos del pecho. Y, por si fuera poco, le pareció que Nuestra Señora estaba a punto de hablar. «¿Será mero subjetivismo mío?», se preguntaba cuando uno de sus compañeros le comentó: «¡Están respirando! ¿Usted también se ha dado cuenta?». «No hay duda. ¡Están respirando de verdad!», concluyó Mons. João, convencido con ese testimonio de que el hecho no podía ser atribuido a su propia imaginación.

«Era como si la Virgen le dijera: “Has visto respirar a mi imagen? Esto sucede después de una terrible probación. Bien, ¿por qué te he dado esta señal? Con ella quiero decirte que, incluso en medio de durísimas pruebas, nunca te faltará el aire en los pulmones, o sea, la gracia, el sustento y el ánimo. Tras la tempestad, vendrá la bonanza; luego de la aflicción, la consolación; terminada la guerra, la paz. Podrá ocurrir cualquier cosa, dando la impresión de que la obra se deshará en pedazos, pero yo la sostendré».⁷

Desde aquel día mantuvo la firme convicción de que nada en este mundo podía causarle temor, ya que la Virgen lo acompañaba con mucha protección, afecto maternal y garantías de auxilio. Y cada vez que la visitaba en Genazzano, Ella no dejaba de favorecerlo con inspiraciones interiores, guiándolo en las diferentes circunstancias e incluso indicándole el rumbo para el futuro.

Confianza en medio de la tempestad

Entre tantas palabras sueltas por el amor materno en el corazón de su dilecto hijo, una de las más claras, sin duda, fue la pronunciada el 1 de agosto de 1995. Se encontraba rezando a los pies de la santa imagen cuando recibió, con toda nitidez, un aviso de Nuestra Señora: «El Dr. Plinio va a morir, pero no te preocunes, porque yo misma

me encargaré de todo con mucho auxilio y protección». Efectivamente, dos meses después su padre espiritual, maestro y guía partía hacia la eternidad. Gracias a la Madre del Buen Consejo, el discípulo fiel se había preparado y, con total acierto y seguridad, pudo sostener a sus hermanos de vocación en aquel momento crucial.

Conforme será narrado en el próximo artículo, tras el fallecimiento del Dr. Plinio, su obra se vio sacudida por grandes tormentas, que afectaron especialmente a la persona de Mons. João. Sin embargo, confió el futuro de la institución al cuidado de Nuestra Señora y así fue testigo, en los años siguientes, de un extraordinario desarrollo en los diversos campos de actividad de los Heraldos del Evangelio —la asociación de fieles fundada por él—, así como un sorprendente crecimiento en el número de vocaciones. El manto de la Santísima Virgen lo protegió más que nunca, y sus manos celestiales lo bendecían en todos sus emprendimientos.

La mayor de todas las gracias

Julio de 2008. En la iglesia de Nuestra Señora del Rosario⁸ llegaba a su fin un retiro espiritual predicado por nuestro fundador, en el que participaron más de un millar de miembros de los Heraldos del Evangelio. El día 12 de ese mes la jornada estuvo dedicada especialmente a la administración del sacramento de la Penitencia, y el propio Mons. João se dispuso a atender a los hijos que a él acudieran. Ahora bien, como los sacerdotes presentes habían ocupado todos los confesionaria-



Tal era la sensación de protección y bienquerencia que sentía a los pies de Ella, que en su interior nació esta firme convicción: «No hay nada en este mundo que pueda hacerme daño»



Luz Francisco Beccari

Mons. João en el santuario de la Madre del Buen Consejo, Genazzano (Italia), en marzo de 2005



rios disponibles, decidió oír las confesiones en el presbiterio de la iglesia, entre el altar principal y el sagrario. Sin que él pudiera sospechar, allí lo esperaba la Virgen para darle la mayor de todas las manifestaciones de su amor.

Mientras uno de los penitentes declinaba sus faltas, Mons. João alzó la mirada hacia la imagen de Nuestra Señora de Fátima que se hallaba en lo alto del retablo. Entonces se sintió arrebatado, completamente ajeno al entorno que lo rodeaba. Vio a la Santísima Virgen estrechándole en un abrazo de indecible cariño y acariciándolo con sus manos. En medio de tan immense, inefable y perfecta consolación, le fue imposible contener las lágrimas.

«Los que solícitos la buscaren, gozarán de su suavidad» (Eccl 4, 13, Vulg.), dicen las Escrituras al hablar de la sabiduría. ¡Durante cuántas décadas Mons. João no ha sido solícito procurando siempre la gloria de María Santísima! Y Ella recompensaba tanto amor haciéndole *gozar de su suavidad* de manera superabundante. Era, sin duda, la más sublime manifestación de afecto, la mayor gracia de toda una vida, concedida por la «Madre del hermoso amor» (Eccl 24, 24) a aquel hijo tan dilecto. ¿Quería Nuestra Señora fortalecerlo en vista de los acontecimientos futuros? Podemos conjeturarlo, pues para él comenzaría en breve un doloroso y terrible calvario.

Años de sufrimiento y de retiro espiritual

«Las aguas caudalosas no podrán apagar el amor, ni anegarlo los ríos» (Cant 8, 7). De hecho, Dios suele exigir que los amores más puros y celestiales sean golpeados por los torrentes de la prueba y sumergidos en el aparente abandono, pero es precisamente en estos momentos cuando las llamas de la caridad refugan con su más bello esplendor.

Dos años después de aquel místico abrazo, Mons. João fue nuevamente visitado por la cruz. Como ya se ha mencionado en esta edición, en junio de 2010 sufrió un accidente cerebrovascular que mermó sus movimientos y afectó su capacidad de hablar hasta el final de sus días.

No obstante, por una singular disposición de la Providencia, lo que le era quitado a sus miembros le era concedido al mismo tiempo en los dominios del espíritu con una abundancia inimaginable. Monseñor João ya no podía valerse de las palabras, pero su mirada parecía penetrar en los corazones y en las conciencias, y conmovía a cada uno de sus hijos e hijas más de lo que otrora les habían encantado las predicaciones, las conferencias y los consejos. Su mano derecha paralizada daba el arrebatador ejemplo de un inmenso sacrificio afrontado y aceptado hasta el final, y así convocaba a todos a seguir sus pasos y a desear ardientemente la santidad.

Para Mons. João, los años posteriores a 2010 no sólo fueron un largo y doloroso calvario, sino también un gran recogimiento, un verdadero retiro espiritual ofrecido a la Virgen. ¿Deseaba la Madre del Buen Consejo pasar un tiempo con su hijo muy amado, hablándole con mayor intimidad en la soledad y en el silencio?

Ininterrumpida convivencia con María

Con el paso del tiempo, los hijos e hijas más especialmente beneficiados de una estrecha relación con Mons. João notaban que su unión con María Santísima alcanzaba alturas misteriosas. En ciertas ocasiones abría su alma y, haciendo grandes esfuerzos por superar las barreras impuestas por la dificultad de locución, ora exponía las peticiones que le dirigía a la Madre de Dios en la oración, ora improvisaba bellísimas canciones en su alabanza. Y así, a veces con gestos muy

Mientras el penitente declinaba sus faltas, Mons. João vio a la Santísima Virgen estrechándose en un abrazo de indecible cariño

Lugar donde Mons. João fue abrazado místicamente por María Santísima, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil); en el destacado, imagen de la Virgen de Fátima que se encontraba en el altar mayor

Mauricio Reis



Thiago Tamura



Monseñor João en septiembre de 2019

simples, como besar una imagen de la Virgen o elegir una estampa de Ella para instalarla en su habitación, nuestro fundador revelaba el crecimiento enternecido y ardiente de su devoción.

En particular, las fotografías de *Mater Boni Consilii a Genazzano* siempre le atrajeron mucho, como cuando resumió en breves palabras la historia de su amor filial: «El primer contacto con Ella fue en noviembre de 1978. A partir de entonces... una convivencia ininterrumpida. ¡En esta pintura hay algo vivo! ¡Qué hermosa es! ¡Parece que está viva!».

Casa de Dios y puerta del Cielo

Al contemplar tan elevados pináculos, ¿deberíamos hablar sólo de devoción? ¡O sería más apropiado reconocer en tal relación una verdadera unión mística, un altísimo desposorio espiritual?

Todo parecía indicar que la gran gracia del 2008 había traído consigo una promesa de la Santísima Virgen: lo visitaría una vez más, para estrecharle en otro abrazo, superior al primero. Pero ¿cuáles

eran sus deseos y esperanzas, después de tantos años, en la consideración de esta perspectiva? El respeto y la delicadeza les impedían a sus hijos ahondar en tales profundidades, pero muchos se preguntaban cómo se produciría esa nueva manifestación de su amor. Hoy entendemos que el segundo abrazo de Nuestra Señora sería definitivo y eterno, sellando para siempre el desposorio místico.

Sí, Mons. João cumplió por entero su vocación, recorrió el camino que Dios le había trazado, llegó a lo alto de la escalera y se unió a María Santísima por toda la eternidad.

Y así se realizaron también en él las promesas hechas al patriarca Jacob en su misterioso sueño: «Tu descendencia será como el polvo de la tierra, y te extenderás a occidente y oriente, a norte y sur; y todas las naciones de la tierra serán benditas por causa tuya y de tu descendencia. [...] No te abandonaré hasta que cumpla lo que he prometido» (Gén 28, 14-15). Verdaderamente, Mons. João erigió en esta tierra una inmensa obra, toda dedicada a la Virgen, y condujo a multitudes de almas por la gloriosa escalera de la devoción a Ella.

Al entrar en las magníficas iglesias y basílicas construidas por él; al contemplar el esplendor de las ceremonias promovidas por él; al presenciar los maravillosos frutos de fidelidad, pureza, perseverancia y tantas virtudes, obtenidos por iniciativa y conquistas suyas, innumerables personas «de occidente y de oriente» son arrebatadas por el encanto, sienten revitalizada su fe y descubren en la obra de Mons. João la fisonomía de la Santa Iglesia, resplandeciente de belleza, espejo immaculado del rostro celestial de María Santísima, garantía del triunfo de su Inmaculado Corazón en la tierra.

Y todos ellos, extasiados, bien pueden hacer suyas las palabras de Jacob cuando despertó de su sueño profético: «¡Verdaderamente ésta es la casa de Dios, y la puerta del Cielo!» (Gén 28, 17). ♦

Hoy entendemos que el segundo abrazo de Nuestra Señora, superior al primero, sería definitivo y eterno, sellando para siempre su desposorio místico

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. I, pp. 25-29.

² SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONT FORT. «*Prière Embrassée*», n.º 25. In: *Oeuvres*

Complètes. Paris: Du Seuil, 1966, p. 685.

³ Cf. CLÁ DIAS, op. cit., p. 109.

⁴ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Mãe do Bom Conselho*. 3.^a ed. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2016. La primera edición de la obra se publicó en 1992.

⁵ CLÁ DIAS, *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, op. cit., pp. 116-117.

⁶ La expresión *estruendo publicitario* era utilizada entre los miembros de la institución fundada por el Dr. Plinio para designar las feroces campañas de calumnias y ataques

mediáticos contra su persona y su obra, llevadas a cabo a lo largo de varias décadas.

⁷ CLÁ DIAS, *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, op. cit., p. 123.

⁸ Hoy basílica menor, situada en Caiearas, Brasil.

Monseñor João en marzo de 2013





CON CRISTO SUFRÍO, PARA SER GLORIFICADO CON ÉL

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo se perpetúa en los miembros de su Cuerpo Místico que es la Iglesia. En este holocausto, su rostro llagado fue presentado a Mons. João, pidiéndole que se dejara clavar en la cruz y sufriera con ella y por ella.



✉ **Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP**



Al seguir atentamente los artículos de este número especial de la revista *Heraldos del Evangelio* y considerar las numerosas conquistas atribuidas a la persona de Mons. João, un lector que lo conozca poco podría imaginar que su vida discurrió en línea recta, de triunfo en triunfo hasta su partida hacia la eternidad, sin haber sido atravesada en ningún momento por la perplejidad, por la contradicción, por el sufrimiento. Se engaña el que así pensara, pues desde su más tierna infancia aprendió el lenguaje del dolor, el cual sería el inseparable compañero de su existencia.

Con tan sólo 8 años, le sobrevino una misteriosa enfermedad —nunca diagnosticada satisfactoriamente— que lo dejó postrado en cama durante largos meses, hasta el punto de hacerle perder el año escolar. Más tarde aún recordaría la fuerte carga preternatural que acompañó esa indisposición.

Si no le faltaron los sufrimientos físicos, poco representaron éstos en comparación con los morales. Ya hemos visto cómo, al ser hijo único, el aislamiento era el sello distintivo del pequeño João. Y cuando empezó a relacionarse con sus compañeros de clase, vecinos e incluso algunos familiares, vio abrirse ante él un mundo enteramente opuesto a la inocencia, en el que dominaban el interés, el oportunismo y la maldad. ¿Cómo sería el resto de sus años?

Llegados a este punto, nos encontramos ante un problema de difícil solución: ¿cómo narrar con detalle las nueve trombosis, las tres embolias, la mononucleosis y la tuberculosis que le afectaron en su primera madurez, además de las innumerables pruebas que acrisolaron su mente incluso ya en esa época? Ninguna de ellas nos parece menos importante o carente de significado; ninguna de ellas, desvinculada de la perspectiva sobrenatural que estamos siguiendo en estas páginas. Pero avancemos un poco más en la vida de Mons. João, hasta un período que, bien por su gravedad, bien por su carácter parabólico, exige más atención.

«Las cuentas están saldadas y ahora ha llegado tu fin»

El año de 1994 estaba a punto de terminar. Monseñor João había promovido una semana de homenajes al Dr. Plinio con motivo de su cumpleaños, conmemorado el 13 de diciembre, sin imaginar que sería el postrero en esta tierra.

En el último día de las celebraciones, que transcurrió brillantemente, dirigía el coro y orquesta. Cuando en medio de vítores y aplausos se cerraron las cortinas del escenario, se inclinó exhausto sobre el atril de las partituras y dijo: «Ahora, después de este reconocimiento hecho al Dr. Plinio en público, ¡ya puedo morir!». En su devoción filial había demostrado, tanto como le era posible en aquel momento, toda su admiración y arroamiento por

*Mons. João
aprendió,
desde su
más tierna
infancia,
el lenguaje
del dolor, el
cuál sería el
inseparable
compañero de
su existencia*



Monseñor João dirige el coro y orquesta en el último día de las celebraciones del cumpleaños del Dr. Plinio, en diciembre de 1994

su padre espiritual y, sintiendo una descomunal debilidad orgánica, cantaba como Simeón el *Nunc dimittis* (cf. Lc 2, 29-32). Ya en su habitación, le asaltaron dolores en la espalda y en el pecho. Así llegó a las fiestas de fin de año...

Después de la cena del 31 de diciembre se retiró icon el cuerpo ardiendo de fiebre! Durante la noche el malestar fue agravándose, hasta sentir el sabor de la sangre en su paladar. Llamó al médico, que inmediatamente lo llevó al hospital, donde, tras erróneos diagnósticos de embolia y de cáncer, le comunicaron que padecía sarcoidosis, una enfermedad cuyo origen y evolución eran muy poco conocidos.

Sin expectativas de recuperación en Brasil, viajó a Estados Unidos para recibir tratamiento, que consideraba sólo una escala en su irremediable viaje hacia la eternidad. Estando en el hospital, vio a las enfermeras deshacerse del material usado en un vendaje y, llevado por el tremendo abatimiento que le causaba la dolencia, se decía: «Soy un esparadrapo que ha cumplido su cometido y ahora seré arrojado por la Providencia, no al purgatorio, ni al infierno, sino a un “abandonorio” cualquiera».¹

A la lenta y terrible agonía de sus fuerzas físicas se siguió el apagamiento de las luces interiores, hasta que la más cruel noche oscura se posó en el alma de Mons. João. Privado de la compañía de los que más apreciaba, se sentía morir poco a poco y en el exilio. En una comunicación dirigida a su padre y fundador, describía algo de esos tormentos espirituales: «He perdido toda sensibilidad a las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Los propios actos buenos o exitosos de mi vida, cuando afloraban en mi memoria, eran para mí nuevos instrumentos de aflicción: “La Providencia te ha

permitido estos resultados para recompensarte el poquitín de bien que hayas podido hacer, al corresponder a algunas gracias recibidas. Las cuentas están saldadas y ahora ha llegado tu fin”».²

Además, Dios permitiría, como había procedido en el pasado con Job, que sus amigos lo atormentaran. En el auge de la fiebre, brotándole sangre por la boca y con los nervios sacudidos por la dolencia, cierta persona, con autoridad en el Grupo de Estados Unidos, lo visitó y le dijo que debería hacer un minucioso examen de conciencia para descubrir la causa más profunda de su enfermedad, pues ésta probablemente tenía su origen en alguna infidelidad a la gracia de la vocación...

El futuro habría de desmentirlo. Monseñor João no padecía como malvado, sino como hijo de Dios y coheredero de Cristo: sufrió con Él, para ser glorificado con Él (cf. Rom 8, 16-17).

De la confianza sin límites nace un milagro

La salida del oscuro túnel de la sarcoidosis se produciría de la forma más inesperada. En abril de 1995, cuando aún se encontraba en Estados Unidos, Mons. João sufrió una violenta trombosis, que derivaría en una embolia pulmonar. Ingresado nuevamente en el hospital, fue sometido a numerosos exámenes. El día 26, fiesta de la Madre del Buen Consejo, le llevaron una fotografía de esta advocación. Sosteniéndola en sus manos, rezó fervientemente pidiendo una orientación en medio de esa terrible situación.

En el otro extremo del continente, una oración ardiente se elevaba del corazón paternal del Dr. Plinio a los pies de María: «Ya que está expuesta aquí la imagen de Nuestra Señora del Buen Consejo, no puedo olvidarme [...] de nuestro João, que todavía sigue en Estados Unidos. Pidámosle a la Virgen que, según sus designios, lo reintegre, con la salud restablecida, a nuestro ambiente lo antes posible».³

En María, las oraciones de padre e hijo se encontraron, y el Cielo no pudo resistirse a ellas. Aquel mismo 26 de abril, los médicos revelaron un sorprendente prodigo: las pruebas requeridas por las circunstancias demostraron no sólo la recuperación de la embolia, sino también la curación de la sarcoidosis, de la que, inexplicablemente, no quedaba ni rastro.

Esa horrible etapa concluiría con la sabia intervención de Mons. João para resolver un problema muy distinto: el secuestro de un miembro del Grupo, del que el lector ya ha tomado conocimiento. Su estancia en el extranjero se prolongó

*A la lenta
agonía de sus
fuerzas físicas
causada por
la sarcoidosis
se siguió el
apagamiento
de las luces
interiores,
hasta que
la más cruel
noche oscura se
posó en el alma
de Mons. João*



garía hasta finales de agosto, y sólo regresaría a Brasil para acompañar otro vía crucis: el de su padre espiritual. El reencuentro se produjo en la puerta de la ambulancia que trasladaba al Dr. Plínio al hospital donde pasaría sus últimos días.

«Mi amigo, de quien yo me fiaba...»

«La mayor manifestación del amor es el perfecto don de sí mismo».⁴ En la nueva fase que comenzaba con el fallecimiento del Dr. Plínio, Mons. João no escatimaría esfuerzos, gastando su propia salud, tiempo y atención en tender la mano a quien necesitara su ayuda, y ofreciendo su amistad a los que luchaban por el bien.

Uno de los mayores dolores que sufrió durante este período fue el hecho de que algunos miembros del Grupo, envidiosos de la prominencia que le confería la situación, decidieran impedirle sus actividades e influencia. Así, una vez más, se cumplían las palabras del salmista: «Mi amigo, de quien yo me fiaba, [...] es el primero en traicionarme» (40, 10).

Varios de los que hasta entonces había considerado sus hermanos de ideal se mancomunaron para destruir su honor y se dedicaron a difundir graves calumnias morales, desprovistas de todo fundamento. Santo Tomás ya había afirmado con razón: «Los malvados, [...] incapaces de criticar la vida de los justos, tienen la costumbre de calumniarlos acusándolos de no actuar con recta intención».⁵

A pesar de todo, pasados los años y cesadas las relaciones con aquellas personas, Mons. João todavía rezaba por ellas y se preocupaba por su salvación eterna, como lo haría por sus amigos fieles.

«Señor, sólo una gota, ino!»

Como consecuencia de su ordenación sacerdotal en 2005, el dolor, que siempre había estado presente en la vida de Mons. João, encontró su significado más sublime, permitiendo que se le aplicara, en cuanto *alter Christus*, la enseñanza de la teología: «La amistad de Jesús [...] es tan fuerte como tierna, tiende a purificar por la prueba y a asociar a las almas al misterio de la Redención por el sufrimiento».⁶ Su existencia se convertiría, a su manera, en una prolongación del santo sacrificio. Pero para ello el Redentor le pediría su consentimiento.

El año de 2009 estaba en curso. En los primeros días de mayo, Mons. João había ido a Europa para ocuparse de los intereses de la obra. Estando en Roma, celebraba la santa misa. En el momento de la comunión, con el cáliz en las manos, dio un paso en falso y un poco de la preciosísima sangre

salpicó su vestidura blanca. Mientras purificaba el tejido, sintió que el Señor le decía: «Hijo mío, he derramado toda mi sangre por ti; ¿podrás derramar unas cuantas gotas por mí?».

El sacratísimo cuerpo de Jesús está en la gloria del Cielo y, por tanto, ya no puede padecer; entonces, en su Cuerpo Místico es donde Cristo sigue sufriendo su Pasión. En ese momento, el rostro llagado de la Iglesia le era presentado a Mons. João, pidiéndole que se dejara clavar en la cruz y sufriera con ella y por ella. «Señor, sólo una gota, ¡no! Por ti quiero derramar toda mi sangre», fue su pronta y generosa respuesta.

Completo abandono en las manos de la Providencia

Un fuerte malestar lo consumía cuando regresó a São Paulo. Fue al hospital pensando que sus ojos veían las luces de la ciudad por última vez, y allí le diagnosticaron una neumonía avanzada.

Su aceptación, no obstante, permanecía intacta. A dos heraldos que le llevaron algunas pertenencias, les dijo: «Debemos estar dispuestos a aceptar cualquier sacrificio que la Providencia nos pida, y a cumplir sus designios». Siguiendo al pie de la letra este propósito, lo aplicaba hasta en las pequeñas cosas: «Ni siquiera sé qué hora es, no sé nada; he decidido abandonarme en manos de la Providencia», le comentó a uno de sus hijos que lo visitó en la UCI. A otro, que manifestó su pesar por el dolor que estaba soportando, le respondió: «Lo que hace la vida de un hombre es el sufrimiento. El resto no vale nada».

Uno de los mayores dolores que sufrió tras la muerte del Dr. Plínio fue el hecho de que algunos hermanos de ideal se coligaran para impedir su actuación e influencia



Sergio Miyazaki

Monseñor João en 1998



*Al serle
presentado el
rostro llagado
de la Iglesia
pidiéndole que
sufriera con
ella y por ella,
la respuesta de
Mons. João
fue inmediata:
«Señor, Por
ti quiero
derramar toda
mi sangre»*

Los primeros pasos de su lenta recuperación estuvieron acompañados de una intensa prueba. Una vez más se sentía como «un esparadrapo desechado». Sin embargo, una tarde cuando fueron a visitarlo encontraron un brillo especial en sus ojos, señal de que alguna luz se había encendido en su alma. Después reveló que la gracia había hecho resonar en su interior la certeza de que no moriría en esa ocasión: «Todavía quiero utilizarte».

La consumación del sacrificio

Después de una ardua recuperación, siguió un breve intervalo de bonanza. ¿Sabía Mons. João que le quedaba poco tiempo para llevar a buen término parte de su misión en esta tierra? Lo cierto es que en ese interin luchó por las dos conquistas que más quería: la glorificación de su padre espiritual y la perpetuidad de la institución que había fundado. El inicio de su obra maestra sobre el Dr. Plinio, escrita de su puño y letra, y la aprobación pontificia de dos sociedades de vida apostólica coronaron sus esfuerzos.

En este período, durante el ofertorio de una misa celebrada por él, Mons. João recibió una señal misteriosa: escuchó, con los oídos del espíritu, sonar una campanilla. Una intensa alegría acompañó el fenómeno, haciéndole comprender

que la Providencia le avisaba de que algo muy grandioso, impensable para la mente humana, estaba a punto de suceder. Pero para que tal visión se hiciera realidad y las campanas tocaran de júbilo en la tierra o, tal vez, en la eternidad, tendría que enfrentarse a una terrible tormenta, sólo proporcional a la gloria que estaba por llegar.

Como ya se ha mencionado en varios de los artículos de esta edición, después de la misa matutina del 2 de junio de 2010, mientras desayunaba en compañía de algunos de sus hijos, Mons. João sufrió un ataque cerebrovascular. Comenzaba un período doloroso, que se extendería por más de catorce años.

La prueba que lo asumió a partir de entonces nunca sería desvelada del todo. Dios le pedía que, aunque siempre estaría acompañado del afecto y del cuidado de los suyos, sufriera solo: dotado otrora de una privilegiada facilidad de expresión, se encontró prácticamente privado de la palabra. Una gran angustia resultaría de esto. ¡Cuántas veces, al discernir en sus hijos los problemas que los afligían, su corazón paternal se oprimía al no conseguir llegar hasta ellos! ¡Cuántas aflicciones padecía al contemplar desde su atalaya profética los graves acontecimientos que sacudirían el orden eclesiástico y temporal, y sentirse impedido de alertar, como quería, al mundo!

Apuros menores se volverían corrientes. En no pocas circunstancias se veían frustrados los intentos de expresar mínimos deseos y de hacerse entender sobre asuntos tan comunes como el menú, la meditación o el cambio de un simple reloj. Para alguien poco familiarizado con el dolor, estas dificultades pueden parecer diminutas. Sin embargo, ¿alguna vez se ha imaginado el lector cuánto heroísmo se le ha exigido para soportarlas ininterrumpidamente, con paciencia y ánimo fuerte durante más de una década, sin proferir una sola queja jamás?

Otro serio obstáculo se sumaría: su personalidad se caracterizaba por una diligente agilidad, que lo llevaba a estar presente junto a sus subordinados en las situaciones de mayor riesgo, para después eclipsarse cuando las solucionaba. En el combate por los intereses de la Iglesia nunca midió esfuerzos ni distancias. No obstante, debido a la inmovilidad del lado derecho de su cuerpo, se vio obligado a usar una silla de ruedas y a depender en todo de la ayuda de otros. En tono jocoso, llegó a afirmar que, solo, no era capaz ni siquiera de ahuyentar a un mosquito...

Las dificultades de locomoción generarían mil y un inconvenientes y agravarían muchos otros.



Archivo Revista

Monseñor João cinco meses después de haber sufrido el ictus, en 2010



Cada día Dios le requería una nueva renuncia, otra aceptación más. Y lo que no le era pedido, lo mortificaba espontáneamente. En lo referente a su alimentación —pequeña satisfacción que sería tan legítima en su estado—, adoptó la costumbre de reducir considerablemente la cantidad cada vez que la comida servida le agradaba especialmente. Algo similar ocurría con el descanso: nunca lo extendía más allá del tiempo habitual, aunque hubiera perdido horas de sueño por insomnio o malestar. Y los ejemplos podrían multiplicarse... Por cierto, Mons. João había establecido el límite: a la Providencia le daría «toda su sangre».

Sus últimos meses se asemejaban a una batalla espiritual en que parecía querer ofrecerle al Cielo, en vigencias, oraciones y sufrimientos de los más diversos órdenes, todo lo que estuviera a su alcance, sin ceder jamás al desaliento. Mientras sus ojos carnales se iban cerrando a este mundo, su espíritu experimentó una elevación sin precedentes, evidenciada en la sublimación de su trato tanto con las realidades sobrenaturales como con sus circunstancias.

Al fin y al cabo, al no tener nada más que ofrecer sino su propia vida, Mons. João pronunció serenamente su *consumatum est* para, después de personalizar de alguna manera los dolores de la Esposa Mística de Cristo en la tierra, unirse por entero al Salvador en la eternidad.

Corredentor con Cristo

Bien podría decir con San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo,

en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24). De hecho, en los padecimientos sufridos con tanto amor y generosidad por nuestro fundador, hemos visto cumplidas las palabras de un eminente teólogo contemporáneo al comentar esa osada —y cuan real!— afirmación del Apóstol: «Nosotros podemos utilizar nuestros sufrimientos poniéndolos al servicio de la obra redentora de Cristo. [...] Podemos y debemos ser corredentores con Cristo».⁷

Los sufrimientos de Mons. João, unidos a aquellos de valor infinito de la divina Víctima del Gólgota, conquistarán frutos de gracia a lo largo de los siglos y perpetuarán su presencia por medio de su legado, de sus hijos y de su acción en las almas y en los acontecimientos.

Ojalá quienes se beneficien de este ofrecimiento estimen el alto precio que se pagó por ellos, pues cuando la santidad parecía extinta de la tierra, hubo un varón que hizo del ideal de perfección divina propuesto por Jesús (cf. Mt 5, 48) su meta; cuando

do los hombres pisoteaban la ley de Dios, hundiéndose en el fango de los placeres ilícitos, alguien sufría por ellos sin que lo supieran; cuando la Barca de Pedro se veía amenazada por la peor tempestad de su historia, los dolores de un justo se convirtieron en prenda, ante el Padre, de su victoria.

La Iglesia nació cuando la sangre brotó del costado abierto de Cristo en la cruz, se expandió a través de la sangre de los mártires, y hasta el fin del mundo la sangre será la única garantía del triunfo de la esposa del Cordero sin mancha, del León de Judá. ♦

Sus últimos meses fueron una batalla espiritual en donde se ofrecía al Cielo todo cuanto estuviera a su alcance, hasta el momento en que, habiendo sorbido enteramente el cáliz del dolor, entregó su propia vida



Monsenor João en una misa en 2016

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Carta al Dr. Plínio*, 15/3/1995.

² *Idem, ibid.*

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio.

⁴ *Conferencia*. São Paulo, 26/4/1995.

⁵ GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *El Salvador y su amor por nosotros*.

Madrid: Rialp, 1977, p. 380.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Commento al Libro di Giobbe*, c. I. Bologna: Studio Domenicano, 1995, p. 38.

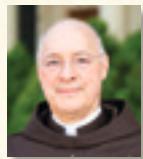
GARRIGOU-LAGRANGE, op. cit, p. 492.

⁷ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Jesucristo y la vida cristiana*. Madrid: BAC, 1961, pp. 575-576.

¿OCASO O AURORA?

Después de considerar la riquísima personalidad de Mons. João, surge una pregunta: ¿su partida para la eternidad significaría el fin de una luz?

✠ P. Marcos Faes de Araújo, EP



H1 lector que haya recorrido con diligencia esta edición especial de la revista *Heraldos del Evangelio*, homenaje póstumo a Mons. João, muy probablemente lo ha hecho impulsado por un deseo más o menos consciente de adquirir una visión completa de su persona. Sin embargo, al llegar al presente artículo, quizá experimente la impresión contradictoria de no haber conseguido ese objetivo. Después de todo, ante su polifacética personalidad, surge la pregunta: ¿quién fue exactamente Mons. João?

Esclavo de María, padre, fundador, caballero, apóstol, formador, sacerdote... Monseñor João reunía en sí todos estos atributos, es cierto. Pero ninguno de ellos le explica por entero. Es más, incluso sumados, uno tiene la impresión de que no agotan la riqueza de su figura, ni nos proporcionan una síntesis acabada de ésta. Falta algún elemento, una clave de interpretación para conocer el *unum* de su personalidad.

Acerca del gran fundador de los salesianos, con quien había convivido mucho, San José Cafasso dijo de él con razón: «Don Bosco es un enigma...».¹ Insinuaba así que nadie había abarcado del todo la fisonomía moral de este

sacerdote, dados los variados matices que presentaba y lo mucho que escondía detrás de un carácter altamente accesible. Parafraseando al santo italiano, bien podríamos decir: «Mons. João es un enigma...». ¿Cómo descifrarlo? Guiados por los principios de la doctrina católica, especialmente de la teología de la historia, arriesguemos al menos un intento que, como conclusión de estas páginas, pueda ofrecernos una imagen más completa de él.

La luz primordial

Entre las muchas explicaciones hechas por el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira, se halla la que denominaba *luz primordial*. Acompañemos cómo nuestro fundador la describió resumidamente en una de sus principales obras, la que trata de su padre espiritual y maestro:

«Conforme explicaba él, siguiendo a Santo Tomás de Aquino,² Dios, al ser infinito, es tan rico en sustancia que no podría reflejarse adecuadamente en una sola criatura, aun cuando ésta fuese favorecida por los dones más preciosos. Luego, al considerar desde toda la eternidad la multitud de ángeles y hombres que crearía a fin de participar de su felicidad, también determinó los distintos aspectos de sí mismo que cada uno de estos seres inteligentes estaría llamado a adorar

y representar de manera particular, en la tierra y en el Cielo.

»Ésas son las luces primordiales, verdaderas vocaciones específicas, que, en su conjunto y de manera limitada, reflejan las maravillas que existen en Él en grado infinito. Son llamadas *luces* por ser modalidades peculiares de la luz divina, y *primordiales* porque deben constituir el principal objeto de la atención de quien las recibe. [...]

»Así, para una persona la luz primordial será la fortaleza en uno de sus matices, mientras que para otra podrá ser la suavidad en el trato y, para una tercera, cierta forma de reconocimiento y contemplación.³

Dotado de un agudo carisma de discernimiento de los espíritus, el Dr. Plínio percibía con facilidad el llamamiento específico de cada persona que se acercaba a él, hasta el punto de que se hizo costumbre entre sus discípulos preguntarle acerca de su propia luz primordial en conversaciones de dirección espiritual.

«Es la armonía»

Como hemos visto, en los años de su juventud Mons. João experimentó abundantes consolaciones sobrenaturales en el contacto con aquel que se constituiría guía de sus pasos. Así pues, en una ocasión en la que conversaba en

privado con su padre espiritual, le preguntó cuál era su luz primordial, recibiendo sin titubeo una respuesta concisa pero profunda: «Es la armonía».

Siendo aún muy joven, el sentido más amplio de esta afirmación no estaba muy claro para Mons. João en aquel momento, lo que le llevó a pensar que se trataba de una referencia a su conocida afición por la música. Sin embargo, el tiempo demostraría el enorme alcance de esa particular vocación suya, así como —y sobre todo— manifestaría el grado de clarividencia que encerraba el aparentemente sencillo análisis del Dr. Plinio.

Entonces, ¿cómo Mons. João reflejó la perfección divina de la armonía a lo largo de su existencia? Ciertamente no fue sólo por su apostolado a través de la música... Quien convivió con él se sorprendería al contemplar su capacidad para conciliar las más diversas realidades, con miras a la realización de los ideales a los que se había entregado.

Por citar uno entre miles de ejemplos, no era raro que Mons. João congregara a su alrededor un vasto auditorio de ambos sexos, con una franja de edad que abarcaba desde el comienzo de la adolescencia hasta la sexta o séptima década de la vida. Con total soltura, disertaba sobre elevados conceptos teológicos, presentándolos con tal atractivo que la parte más joven de la audiencia podía seguirlos con interés, sin que los mayores dejaran de sacarle provecho para su propia instrucción y progreso espiritual.

Este particular me recuerda la ocasión en que un ilustre visitante, distinguido prócer del mundo académico eclesiástico, se pasaba enfática e inconscientemente la mano por el rostro, lleno de estupor, al ver cómo Mons. João mantenía la atención de un público tan diferente, tratando —por cierto, de un modo inédito—

materias que, sólo con mucho esfuerzo, lograba transmitirles a sus alumnos universitarios de posgrado...

Más allá de la mera relación humana

No obstante, si la luz primordial de Mons. João brilló en su relación con el prójimo, armonizando a miles de personas de los más variados orígenes culturales y sociales, también es

fiere a toda la creación, desde el más ínfimo mineral hasta el más alto de los ángeles, a María Santísima y al mismo Jesucristo hombre. Además, abarca la idea de la finalidad de estos seres: deben relacionarse *en función del orden querido por Dios*, para que se produzca la verdadera armonía. En otros términos, la perfección divina que Mons. João estaba llamado a representar, alcanza su apogeo sólo cuando los planes de la Providencia para el universo se realizan plenamente.

Esa meta estuvo presente en cada momento de la vida de nuestro fundador, que, según sus palabras, se caracterizó por el deseo de «establecer, por amor a Dios —nunca por amor a sí mismo—, una relación ordenada entre distintos seres, tanto mayor cuanto más elevados fuesen éstos, [...] realizando el encanto de la gran armonía que debía existir en el paraíso terrenal entre todos los hombres».⁵ Y si parece una exageración filial extender ese anhelo al orden de la creación entera, para disipar tal impresión basta considerar el empeño expresado por Mons. João por ordenarlo todo según los designios divinos. Y cuando hablamos de todo incluimos minucias como un manjar culinario, una verja, una granja de animales o la decoración de una sala.



Su vida se caracterizó por el empeño de ordenarlo todo según los designios divinos, realizando la armonía que debía existir entre los hombres en el paraíso terrenal

Monseñor João en mayo de 2014

verdad que ella trascendió el mero ámbito de las criaturas humanas.

Leyendo cierta vez un artículo escrito por el Dr. Plinio, nuestro fundador encontró una definición de armonía que le ayudó mucho a entender su vocación: «Existe armonía cuando las relaciones entre dos seres son acordes a la naturaleza y el fin de cada uno. La armonía es el obrar de las cosas unas en relación con las otras, según el orden».⁴

Por consiguiente, el concepto de armonía se revelaba extremadamente profundo. En primer lugar, se re-

Aspiración a la armonía universal

Un anhelo tan osado no surgió por casualidad; tiene una génesis sublime.

Con acuidad profética, el Dr. Plinio penetró en los arcanos de la Santísima Trinidad y allí discernió la plenitud, nunca realizada, del plan de la creación. Su percepción se reveló de tal manera completa que llegó a abarcar, en una visión de conjunto, no sólo el presente, sino toda la historia. Ahorra bien, al considerar el recorrido de la obra divina desde sus comienzos, pudo comprobar, consternado, cuán-

Teresa Morezzani

tas veces el demonio logró contrariar los designios de la Providencia, conquistando ilusorios triunfos en la gran guerra de los siglos.

Hecha esta explicación, el Dr. Plinio decidió constituir como ideal de su vida llevar a cabo el emocionado rescate de ese venerable legado que comprendía todo lo que, a lo largo de los tiempos, formó parte de aquel plan original aparentemente frustrado por las artimañas de Satanás y por las infidelidades de los hombres. Para ello congregó seguidores y lanzó una reconquista que llegó a designar como el llamamiento a levantar los estandartes caídos al margen de los caminos de la historia. Consideremos algunos de sus comentarios al respecto.

«Mi misión, nuestra misión, que es una, se perfiló ante mis ojos de un

modo muy sencillo: encontré a lo largo de mi camino una serie de estandartes arrojados al suelo, derrotados, maltrechos, pisoteados, que simbolizaban las diversas causas que habían tenido defensores en el pasado y que ya nadie defendía».⁶ De la indignación ante semejante ultraje a Dios nació el deseo de «recibir con amor todas las cosas contrarrevolucionarias que el mundo rechaza, acogerlas con transportes de amor. [...] Debemos querer albergarlo todo. [...] Agasajar todos los estandartes arrojados al suelo y, por amor a la Virgen, restaurarlos y llenarlos de luz. [...] Todo, todo, todo. Todo lo que está siendo negado, todo lo que está siendo pisoteado, tiene un altar en nuestras almas».⁷ Y concluía: «¿En qué representa esto una victoria? En el hecho de que todos los ideales traicionados o abandonados, todos los deberes no cumplidos, todas las causas no defendidas, que parecían muertos o agonizantes, regresaron al campo de batalla».⁸

Dotado de una especial comprensión y amor por esta altísima misión, Mons. João pronto percibió que su llamamiento era plasmar en realidades concretas las maravillas que habitaban el alma del Dr. Plinio, llevando sus deseos hasta su consumación. Así, muchos de los «estandartes» cuyo abandono constituía un desafío del demonio a Dios a lo largo de la historia, fueron erguidos de nuevo y vengados por las realizaciones de nuestro fundador, mediante una eximia fidelidad a gracias extraordinarias y a la persona de su maestro.

Desde este prisma se explica la odisea esbozada en las páginas de la presente edición. Las construcciones, el nuevo estilo de vida, la aprobación pontificia de tres instituciones, las mil y una formas de apostolado, la doctrina inatacable, la absoluta integridad moral, los innumerables servicios prestados a la Santa Iglesia: todo nació de este anhelo de instaurar el orden y la armonía deseados por Dios, cumpliendo su plan para la creación.

Una meta sublime, sin duda, pero no del todo concluida. De hecho, considerada en su amplitud, tal misión trasciende con creces todo lo que Mons. João consiguió realizar en vida. ¿Cómo podemos entonces entenderla como algo plausible? ¿Sería una genuina esperanza o una mera ilusión?

En Dios es donde los hombres cumplen sus misiones

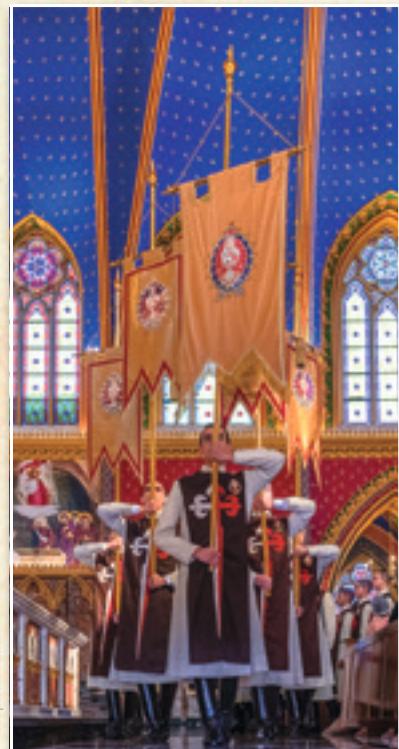
Aunque decisivas, porque definen su destino eterno, todas las misiones específicas que un hombre puede cumplir en la tierra son, a los ojos de Dios, tareas menores. Cuando el individuo las desempeña adecuadamente —sirviendo, alabando y reverencianto al Señor— salva su alma y, al llegar al Cielo, conoce su verdadera misión. Ésta se cumple junto a la Santísima Trinidad, en la visión beatífica.

Tal afirmación podría sorprender, pero algunos ejemplos pueden hacerla más comprensible. Santiago el Mayor, a pesar de haber ejercido durante muy poco tiempo un apostolado —aparentemente— no muy exitoso, recibió una apasionante misión *post mortem* como «jefe de una cruzada y protector de una nación»,⁹ con incalculables frutos para la Santa Iglesia y la civilización cristiana. ¿Y qué decir de Santa Teresa del Niño Jesús o de tantos otros santos que, según una visión humana, no hicieron más que asentir a un llamamiento que nunca lograrían cumplir en vida?

Ahora bien, ¿cómo podemos aplicar, sin retroceder en el tiempo, este principio a Mons. João? ¿Cómo pronosticar la realización *post mortem* de su misión? La respuesta a esta pregunta —como a todas las demás que podríamos plantearnos sobre la persona de nuestro fundador— está en Nuestra Señora.

Monseñor João y el Reino de María

Primogénita de la creación y espejo cristalino de las perfecciones divinas, María Santísima realiza, en plenitud y en todos sus pormenores, el plan



Stephen Nami

¡Cuántos «estandartes» de los ideales contrarrevolucionarios, abandonados o traicionados a lo largo de la historia, fueron erguidos de nuevo por las realizaciones de Mons. João!

Ceremonia en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



Teresita Morazzani

La Providencia quiso que Mons. João previera el futuro reinado de la Virgen, lo ideó en su corazón y, de alguna manera, lo inició incluso en medio del imperio de la Revolución

Monseñor João en enero de 2022

original de Dios para su obra.¹⁰ Ella, junto con Nuestro Señor Jesucristo, es el arquetipo no sólo de la humanidad sino también de la Santa Iglesia. De estos supuestos se infiere que la historia constituye el proceso por el cual el rostro visible de la Esposa Mística de Cristo se asemejará enteramente a su sublime modelo, la Virgen Madre, «gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5, 27).

Como parte de este proceso, la Providencia hizo que, a través de luces sobrenaturales, que tanto el Dr. Plinio como Mons. João previeran el futuro reinado de Nuestra Señora, lo idearan en sus corazones y, en el germen que para ello significaron sus proezas, de alguna forma lo empezaran incluso en medio del imperio de la Revolución.

En efecto, cuando debido a la creciente decadencia generada por este proceso cinco veces secular y en avanzado estado de éxito, la humanidad parecía encaminarse hacia su ocaso, Dios llamó a Mons. João para que fuera como un istmo mediante el cual todas las maravillas del pasado que parecían muertas encontraran, renovadas, una continuidad. Aparentemente derrotadas en otro tiempo, hoy causando asombro a los corifeos del falso progreso, se yerguen ufanas en una obra que durante años desafía los tifones del mundo, convencida de que al proceder así se convierte en la semilla más fértil del grandioso porvenir entrevisto no sólo por su fundador, sino por tantos otros grandes profetas a lo largo de la historia.

Bien podemos decir que, en sus insondables designios, Dios sometió el futuro a la limpida correspondencia de un varón. Cumplida su misión en la tierra, y de alguna manera prolongada en todos aquellos que lo siguen sin pretensiones, a pesar de sus miserias, Mons. João depositó su decisiva contribución con vistas a la efectiva realización del plan divino para la creación, que no es otro sino el Reino de María, en el cual se verá atendida la súplica formulada por el Redentor en la oración perfecta: «Hágase tu voluntad, así en tierra como en el Cielo».

De tal convicción, apenas esbozada en estas pobres líneas, brota un himno filial de gratitud a aquel que, a partir del 1 de noviembre de 2024, inició su *post misión*, en la eternidad. ♦

¹ AUFFRAY, Augustine. *Un grand éducateur: Saint Jean Bosco*. 6.^a ed. Lyon-París: Emmanuel Vitte, 1947, p. 485.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 47, a. 1.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. IV, pp. 52-53.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «A cruzada do século XX». In: *Catolicismo. Campos dos Goytacazes*. Año I, N.^o 1 (ene, 1951); p. 1.

⁵ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Conferencia*. São Paulo, 19/2/1998.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. Amparo, 16/12/1985.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 25/8/1977.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunión*. São Paulo, 5/8/1986.

⁹ GUÉRANGER, OSB, Prosper. *El Año Litúrgico. El Tiempo después de Pentecostés. Primera Parte*. Burgos: Aldecoa, 1955, t. IV, p. 648.

¹⁰ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *J María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, pp. 36-39.

Solemnes exequias por



RECEPCIÓN DEL CUERPO

Numerosos hijos e hijas espirituales procedentes de distintas naciones, así como incontables fieles acudieron el día 1 de noviembre de 2024 a la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Cachoeiras (Brasil), para las solemnes exequias de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP. Las ceremonias comenzaron con la recepción del cuerpo, que fue homenajeado con honras fúnebres en el patio contiguo a la iglesia, seguida de la aspersión del cuerpo de Mons. João con agua bendita, en memoria de su bautismo y de su participación en la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.



el alma de Mons. João



MISA Y APERTURA DE LA VIGILIA EXEQUIAL

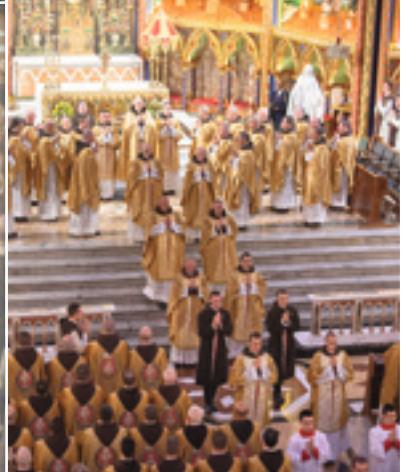
Recordando que vivimos como peregrinos en esta tierra del exilio, y que la muerte es un paso hacia nuestra Patria definitiva, la Jerusalén celestial, el féretro ingresó procesionalmente en la basílica y fue depósito a la entrada del presbiterio. Junto a él permaneció el cirio pascual, signo de la victoria de Cristo sobre la muerte. Tras la solemne eucaristía concelebrada, comenzó la vigilia exequial.



SANTA MISA EXEQUIAL

En medio de una afluencia constante de fieles, el 2 de noviembre se celebró la segunda misa exequial. Finalizada la solemne concelebración, le siguió el canto de las letanías ante el féretro por el eterno descanso de Mons. João. Inspiradas en la Sagrada Escritura, estas oraciones tienen como objetivo consolar a los fieles mediante la consideración de las alegrías eternas junto a Dios y a sus ángeles y santos.





MISA CON EL RITO DE LA ÚLTIMA ENCOMENDACIÓN Y DESPEDIDA

La santa misa celebrada el día 3 de noviembre ponía fin a las ceremonias exequiales de Mons. João. Tras la solemne eucaristía, le siguió el rito de la última encomendación y despedida, en el que el cuerpo era aspergido con agua bendita e incensado una postrera vez, antes de partir al entierro. Se diría que todo había acabado. Para los que tienen fe, no obstante, en ese momento todo empezaba. Sí, la biografía de Mons. João no terminó con el fin de su vida terrena, pues la parte más activa de la existencia del hombre consiste en actuar y obrar en Dios, después de la muerte.

SOBRE LA PIEDRA EDIFICARÉ MI DESAFÍO

Junto a una de las ciudades más grandes del mundo —la São Paulo de los edificios aplastantes, del hormigón, del asfalto, del alquitrán, de lo ceniciente, en definitiva— surge un edificio rebosante de colores, de luz, de vida. ¿De qué se trata?

✉ Raúl Eduardo Ríos Portillo



El universo mineral siempre ha ejercido una misteriosa y paradójica fascinación sobre la humanidad. El hombre es incomparablemente más noble que las piedras, que ni tienen vida ni se mueven; sin embargo, esos mismos títulos que las hacen inferiores a nosotros les confieren un modo de superioridad: al ser inmóviles, se vuelven en cierto sentido inmutables; muertas, se revisten de perennidad.

En consecuencia, el hombre ha buscado desde tiempos inmemoriales eternizarse en monumentos. Cierto autor clásico tenía razón cuando afirmaba que la arquitectura ha sido, desde el origen de la civilización hasta el siglo xv, «el gran libro de la humanidad».

Como toda obra de autoría colectiva, este libro presenta una notable diversidad de estilos. En sus primeras páginas sólo figuran letras dispersas: por recordar un hecho de la Antigüedad, se erigía una simple estela. Pero estos jeroglíficos aislados se fueron agrupando poco a poco y, según el desarrollo natural de cada nación, formaron

frases, párrafos, capítulos enteros: entonces surgieron las pirámides de Egipto, el Partenón de los griegos, el templo de Salomón.

No obstante, el «libro de la humanidad» tiene una curiosidad: aunque variado, conserva un mismo lenguaje a lo largo de todas sus páginas. Irónicamente, no hubo una torre de Babel para los edificios. Éstos siempre se han comunicado y hasta el día de hoy se comunican en un único idioma: el del símbolo. Cada una de esas construcciones representa una concepción de la vida, del universo y —principalmente— de Dios que, a su momento, es situado por el hombre en el lugar que le corresponde en la historia.

El templo de Salomón tuvo su época, pero hubo de curvarse ante el zigurat babilónico. Más adelante, vemos al Partenón griego imponiéndose, seguido por el Panteón romano. Éste último también fue barrido a su vez y, sobre las cenizas de la gloria latina, surgió el románico.

Ahora bien, toda narrativa tiene momentos de clímax. Si podemos comparar la historia de la arquitectura con un libro, sin duda el período que siguió al románico fue uno de

esos auges. Por toda Europa, de las paredes oscuras de las iglesias brotaron luz y colores: los vitrales. Las arcadas, que adquirían altura y levedad, se convirtieron en estructuras que apuntaban al cielo. En la arquitectura cristiana sucedió lo mismo que con el bastón seco de San José: un milagroso florecimiento de lirios. Por eso Raúl Glaber, contemporáneo de estos hechos, afirmó admirado: «Era como si el mundo se sacudiera y, despojado de su vetustez, se revistiera de un blanco manto de iglesias».¹

Nacía el gótico, una obra conjugada de un pueblo. Ahí la escultura, la pintura, la música, en fin, todas las artes se aliaban al servicio de la arquitectura, porque ésta servía a Dios. Se trataba de un símbolo perfecto de la sociedad medieval, una época en que la jerarquía humana unía esfuerzos para dedicarse mejor al Altísimo y «la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados».² La catedral era una teocracia plasmada en edificio.

Parecería entonces que el tejido arquitectural de la humanidad había alcanzado un ápice. Después de todo, se había establecido allí el Reino de Cristo. Sin embargo, el curso vital del gótico se interrumpió. A partir del siglo XVI, la arquitectura se volvió un insípido arte clásico, inspirado en la Grecia y Roma paganas. Comenzaba la fase de decadencia que llaman Renacimiento, el ocaso que tantos toman por aurora.

Sí, ocaso, porque a partir de ahí la arquitectura religiosa dio paso a la arquitectura profana. Poco a poco se acabó la fase de los templos y empezó la fase de los palacios. Las construcciones se volvieron hacia este mundo y se olvidaron del Cielo. Pronto se acordarían

de él de nuevo, es verdad; pero ya no con amor, sino con hostilidad. No se trataría ya de elevarse para alcanzar el Paraíso, sino para agredirlo: llegaría la era de los rasca-cielos.

Si el Renacimiento constituyó un crepúsculo, la época contemporánea es noche. Si seguimos a este ritmo, ¿qué vendrá después? Se diría que el libro de la humanidad sólo podría terminar en tragedia; pareciera mejor interrumpir su redacción como mal menor. Pero no.

De repente, en un continente que no conoció el gótico —o al menos no lo conoció vivo— se produce un fenómeno aún más admirable que el ocurrido en el período medieval. Junto a una de las ciudades más grandes del mundo —la São Paulo de los edificios aplastantes, de las avenidas cacofónicas, del hormigón, del asfalto, del alquitrán, de lo ceniciente, en definitiva— surge un edificio rebosante de colores, de luz, de vida. ¿De qué se trata? *Mirabile dictu*, de una iglesia.

A una velocidad sorprendente, construcciones similares se multiplican por todo Brasil y más allá: las obras aumentan en América y llegan hasta África! Se diría que es una especie de incendio, a modo del fuego nuevo que se propaga en la ceremonia de la Vigilia pascual. ¿Cómo definir este fenómeno? ¿Un renacimiento? No. Una resurrección.

Habría mil maneras de presentar la génesis del estilo arquitectónico de los Heraldos del Evangelio. De entrada, sería imposible no mencionar a Mons. João, el cual —cumpliendo el deseo de su padre espiritual y maestro, el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira, de ver nacer construcciones que, de alguna manera, reflejaran las gracias conquistadas

por el Inmaculado Corazón de María para su Reino— fue capaz de idear y poner en marcha esta obra titánica, estando presente a cada paso, dirigiendo, perfeccionando, estimulando, entusiasmado. No hay duda de que las formas, los colores, los diseños, todo nace de su audaz corazón.

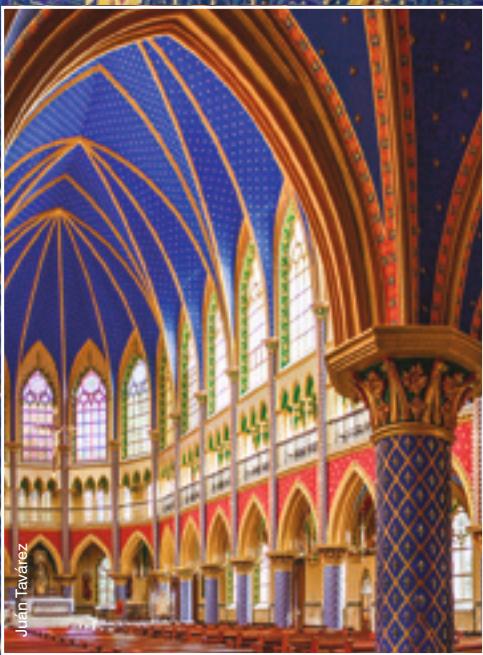
Como toda causa es mayor que su efecto, parece lógico concluir que estos maravillosos templos se extienden hoy por el orbe porque en su origen hay un alma «mayor que el templo» (Mt 12, 6). No obstante, tal afirmación constituye únicamente una parte de la realidad. Si nos detuviéramos aquí, veríamos a un genio, pero nos olvidaríamos del luchador; tendríamos a un visionario, pero se nos escaparía el profeta.

«*Le ciel est gothique*» —el cielo es gótico—, afirmó de manera análoga nuestro fundador en 2013, en una entrevista a determinada revista francesa, cuando le preguntaron acerca de la razón de nuestro estilo. Si el mundo piensa que ha conseguido enterrar lo sobrenatural, sellando su victoria con una losa de hormigón, hay quien proclama lo contrario.

Pero las palabras no bastan. Vuelan, y tal vez alguien pueda fingir no haberlas escuchado. Pues bien, que quede escrito en la roca el desafío: hay un Cielo, y llegará el día en que transformará la tierra. Así, la respuesta a la insolencia de este mundo se transforma en el prenuncio de un nuevo orden de cosas. Y las construcciones ideadas por Mons. João se convierten en gigantescas profecías de piedra. ♦

¹ RAÚL GLABER. *Historiarum sui temporis*. L. III, c. 4: PL 142, 651.

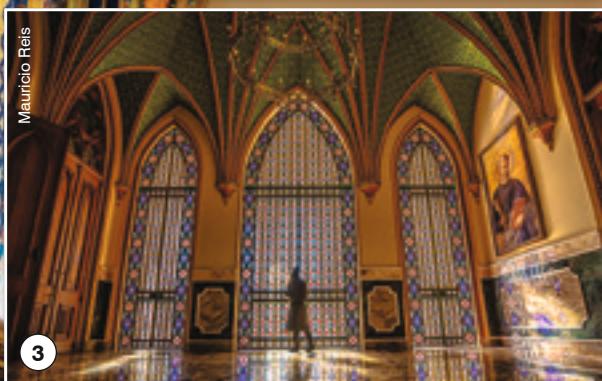
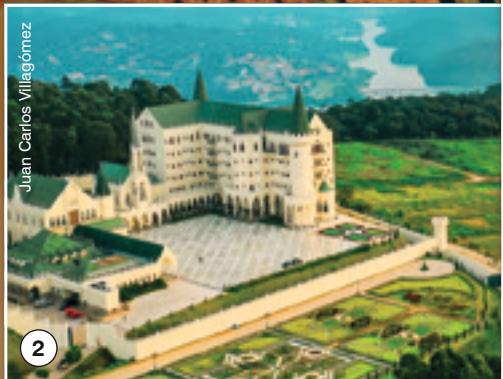
² LEÓN XIII. *Immortale Dei*, n.º 9.



Iglesia de Nuestra Señora de Fátima,
Tocancipá (Colombia)



Capilla de Nuestra Señora del Pilar,
Ubatuba (Brasil)

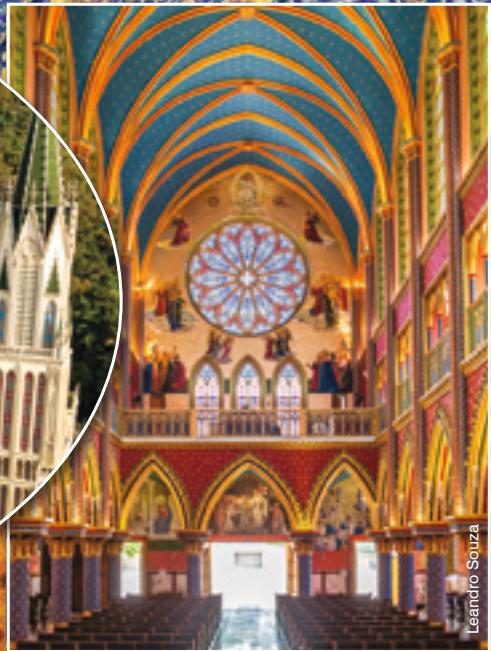


1. Casa Monte Carmelo, Caieiras (Brasil); 2. Casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil);
3. y 4. Vestíbulo y comedor de esta misma casa

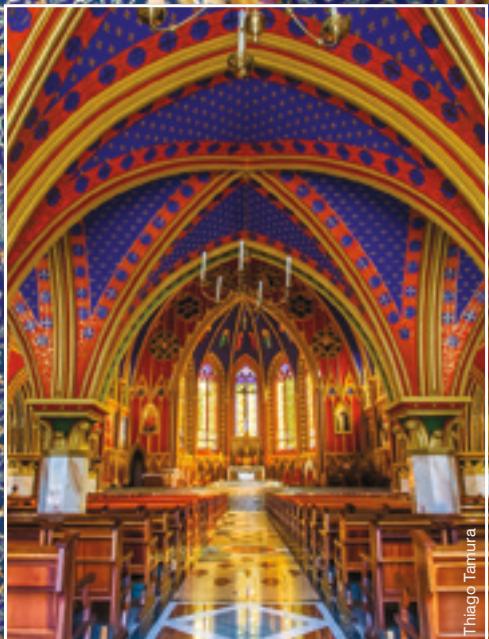


5. Triunfo Marial; a la derecha, Salón de la casa de formación Thabor, Caeiras (Brasil).

Salón de la casa de formación Thabor, Caeiras (Brasil).



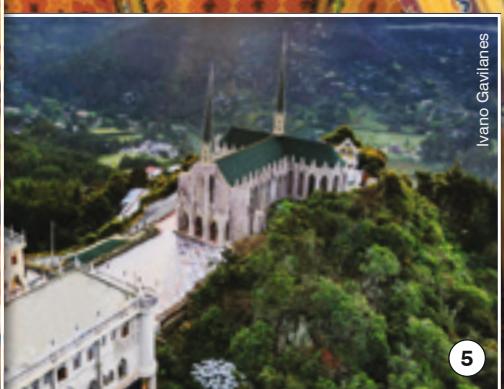
Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)



Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)



6. Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil); 7. Uno de los salones de la casa de formación Thabor;



8

5. Oratorio de Nuestra Señora de la Reconquista, Medellín (Colombia); 6. Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil); 7. Uno de los salones de la casa de formación Thabor; 8. Pasillos del edificio Triunfo Marial



iSeréis abrazados como yo lo fui!

Llegará el día, y no está lejos, en que María abrazará a sus hijos fieles, como tuvo la bondad de abrazarme a mí. He aquí una promesa que, apoyado en lo que la gracia sopla en mí, les hago a quienes lean estas líneas: «Si sois verdaderos hijos de Nuestra Señora, es decir, si os dejáis amar por Ella, seréis abrazados como una vez lo fui yo». Y este abrazo nos preparará para el abrazo eterno que Ella nos dará en el Cielo cuando, no por nuestros méritos sino por su misericordia, lleguemos allí.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP